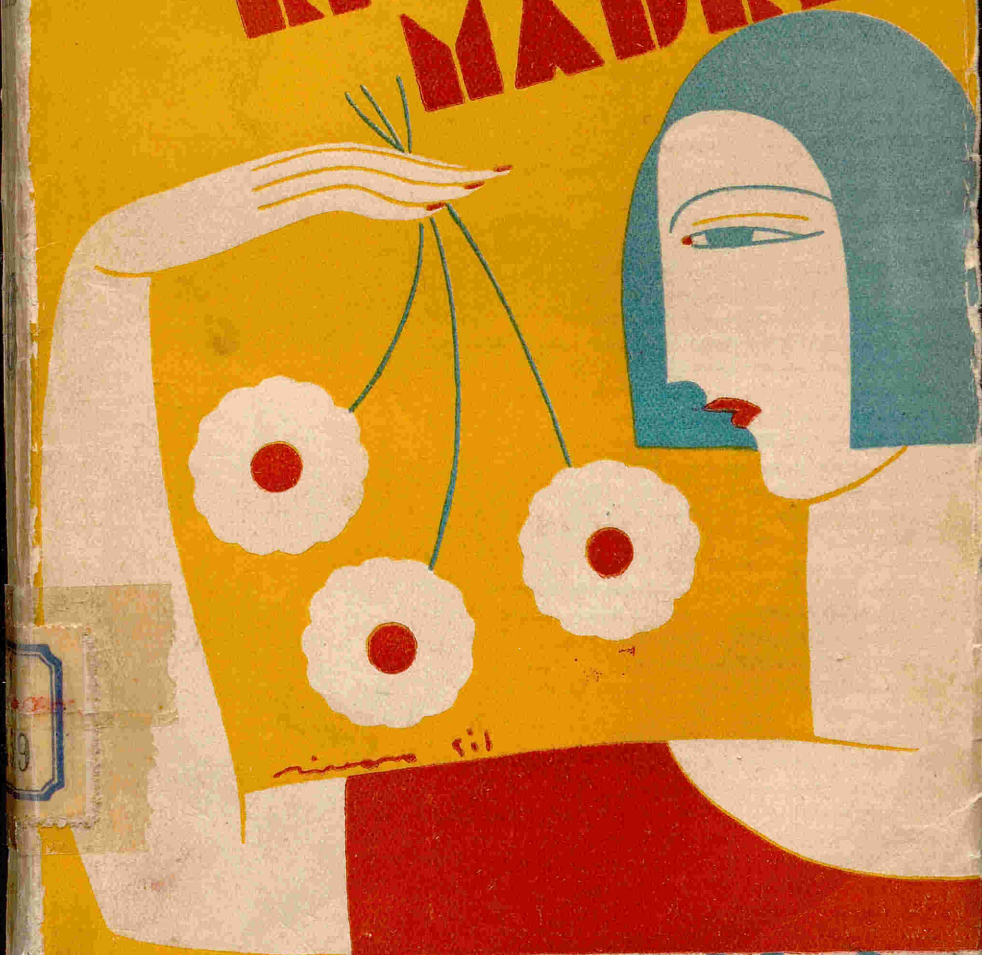


MARIA ENRIQUETA

BRUJAS
LISBOA
MADRID



E S P A Ñ A - C A R T E S . A .

Espasa-Calpe, S. A.

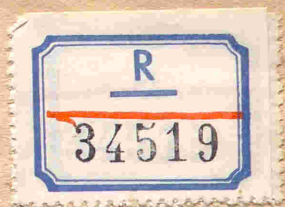
COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA

Volúmenes publicados

- ALBINANA (DOCTOR).—Aventuras tropicales.
 ALCALA GALIANO (A.).—Entre dos mundos.
 ALVAREZ DEL VAYO (JULIO).—La nueva Rusia
 (2.^a edición).
 — La senda roja.
 — Rusia a los doce años.
 ARNOUX (ALEJANDRO).—El "cabaret".
 BARRIOS (EDUARDO).—El hermano asno.
 — Un perdido. Dos volúmenes.
 BELLO (LUIS).—Viaje por las escuelas de España.
 (Extremadura).
 BENDA (JULIAN).—La ordenación.
 BRANDAO (RAUL).—La farsa.
 CANCELA (ARTURO).—Tres relatos porteños.
 CASTELUM (B.).—Inteligencia y símbolo.
 COIMBRA (LEONARDO).—La Alegría, el Dolor y
 la Gracia.
 CHEJOV (ANTON).—El jardín de los cerezos.
 CLERMONT (EMILIO).—Laura.
 DONOSO (ARMANDO).—La otra América.
 D'ORS (EUGENIO).—Oceanografía del tedio e His-
 toria de las Esparragueras.
 DUHAMEL (GEORGES).—Confesión de media noche.
 DWINGER.—Lejos de las alambradas.
 ENRIQUETA (MARIA).—Album sentimental.
 — El misterio de su muerte.
 — Enigma y símbolo.
 — Lo irremediable.
 — El arca de colores.
 — Brujas, Lisboa, Madrid.
 FIALHO D'ALMEIDA.—El funámbulo de mármol.
 FRANK (LEONARD).—La partida de bandoleros.
 GIACOMO (SALVATORE DI).—Tres dramas.
 GIMENEZ CABALLERO.—Carteles.
 GIRAUDOUX (JUAN).—La escuela de los indiferen-
 tes (novela).
 HARDY (TOMAS).—La bien amada.
 HEARN (LAFCADIO).—El romance de la Vía Láctea.
 — Kwaidan (cuentos fantásticos del Japón).
 JAMMES (FRANCIS).—Rosario al sol.
 JIMENEZ RUEDA.—La silueta del humo.
 KUPRIN (ALEJANDRO).—Yama. (De la mala vida
 en Rusia.) Tres tomos.
 LYNCH (BENITO).—El inglés de los güesos.
 MADARIAGA (S.).—Guía del lector del "Quijote".
 — Arceval y los ingleses.
 — Ingleses, franceses y españoles.

1

R-Literature R/ 34519





BRUJAS, LISBOA, MADRID

ESQUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA

Obras de MARÍA ENRIQUETA

RUMORES DE MI HUERTO (poesías).

RINCONES ROMÁNTICOS (poesías).

ROSAS DE LA INFANCIA (lecturas escolares en seis tomos.

Obra de texto en las escuelas de la República Mexicana).

MIRLITÓN (novela).

JIRÓN DE MUNDO (novela).

SORPRESAS DE LA VIDA (novelas).

EL SECRETO (novela).

ENTRE EL POLVO DE UN CASTILLO (cuentos).

ENIGMA Y SÍMBOLO (novelas).

EL MISTERIO DE SU MUERTE... (novelas).

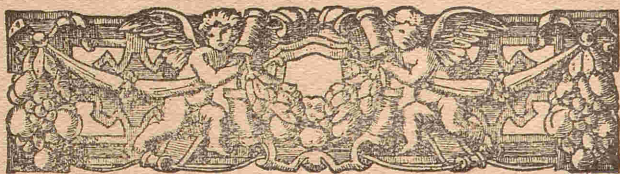
ALBUM SENTIMENTAL (poesías con ilustraciones de la autora).

LO IRREMEDIABLE (novelas).

CUENTECILLOS DE CRISTAL.

EL ARCA DE COLORES (novelas).

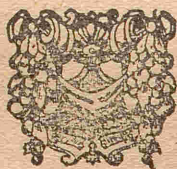
BRUJAS, LISBOA, MADRID.



MARIA ENRIQUETA

BRUJAS, LISBOA,
MADRID

PRIMERA EDICIÓN



COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA.—ESPASA-CALPE, S. A.

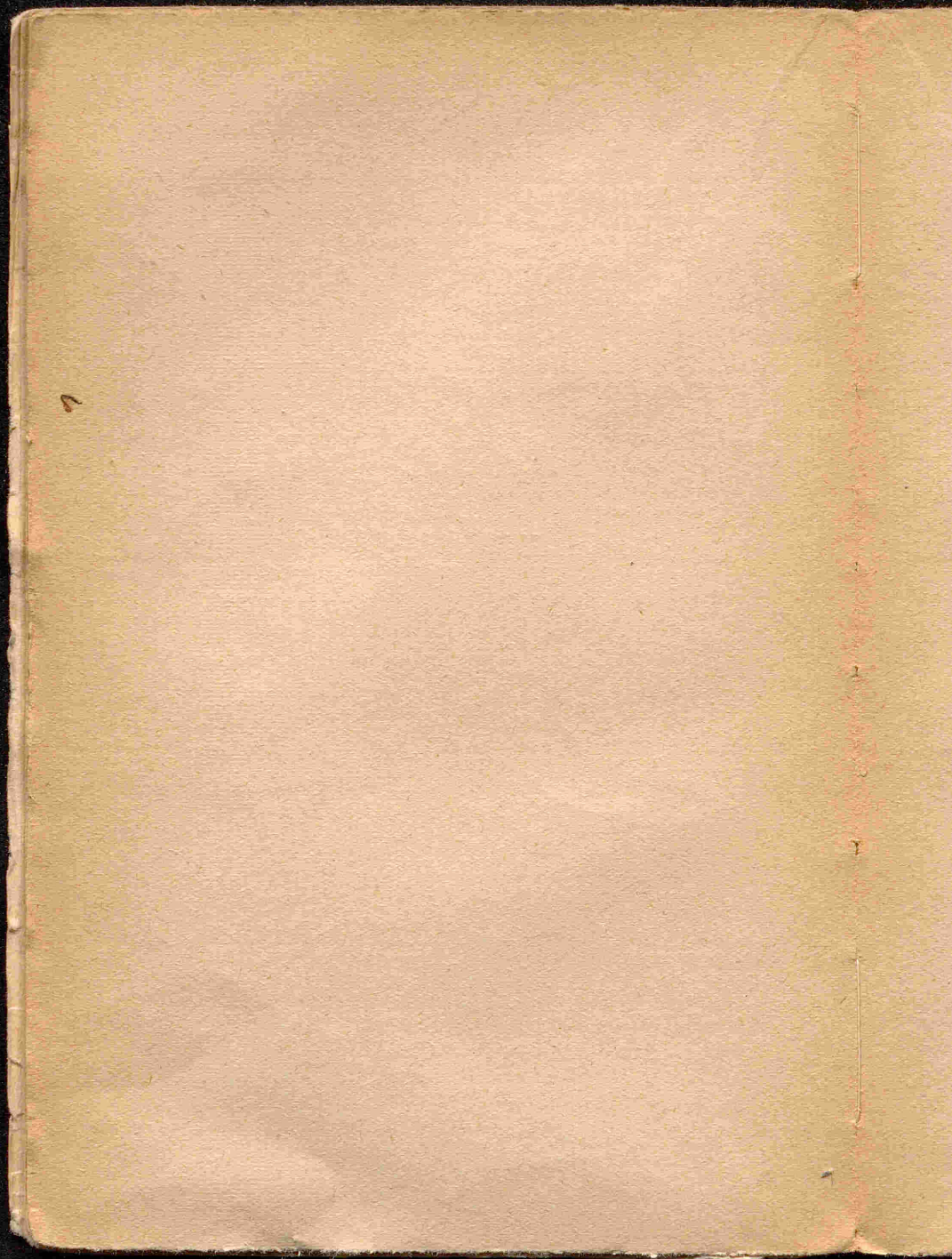
ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA

ES PROPIEDAD

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24. — MADRID

BRUJAS



BRUJAS Y SU DRAMA DE AMOR

A LA SEÑORA DOÑA PIEDAD FERNÁNDEZ
DE MONTERDE.

Los dramas de amor no están sólo reservados a los seres que tienen corazón.

Yo vi una vez cómo desfalleció y murió cierto rosal de mi jardín, porque alejé de su lado una enredadera silvestre que se abrazaba estrechamente a su tronco.

El heliotropo, amante del sol, morirá si no ve en mucho tiempo al astro de sus ansias. Un girasol puesto a la sombra, perece...

Creo para mí que de los dramas de amor no se escapan ni las moléculas...

Es Amor un ídolo cruel que no se conforma con ofrendas plácidas: quiere que se le pague su tributo de llanto. Es un Huitzilopochtli de semblante bello, que sólo pide palpitantes corazones bañados en sangre.

Y por esta que yo creo ley ineludible, Brujas,

la reina del Norte, la ciudad creada ex profeso para conservar su amor bajo el patrocinio del ambiente misterioso que la envuelve, Brujas no es sino una fracasada, una triste mujer que llora su bien perdido, una abandonada que aun tiende los brazos hacia el mar para reclamarle el amante que sus ondas pérfidas le robaron...

Un drama intenso, un drama de amor está matando a Brujas de melancolía incurable.

Muchos siglos hace que ese drama quedó consumado; pero la desolación que aflige a la triste ciudad, en vez de minorar con el tiempo, cada día se aferra más a su alma. Y ahora, el viajero que cruza sus calles puede muy bien decir lo que las hijas de Sión al volver a su patria: "¿Dónde, dónde están tu grandeza y poderío?..."

El drama de Brujas, intenso y doloroso, se remonta a muchos siglos atrás. La historia pareciera de fábula; pero allí están para aseverar su verdad, los canales que ya ningún bajel cruza; los muelles solos, que han olvidado el ruido de la carga y la descarga; los puentes, donde crece la hierba; la gigantesca torre de atalaya, el viejo *Beffroi*, donde ya el vigía no observa las llanuras distantes para acechar al enemigo; donde ya no vibra la poderosa campana cuyo bordón sonoro llamó al combate a nobles y a pecheros...

Todos a una voz contarán, si pudieran hablar, la historia de la dolorida ciudad medieval, his-

toria que, como casi todas las de amor, comienza con epopeya gloriosa.

Es así la de la que fué opulenta reina del Norte, y que hoy llora indigencia y desvío, escondiendo el bello rostro entre las brumas...

Veréis si no es de amor su drama:

El Zwin, ese brazo de mar llamado el Zwin, era el amante de Brujas en el siglo XII.

Escapado del océano, sus aguas se llegaban a la hermosa ciudad para darle un abrazo de amor, para envolverla en caricias, para poner a sus pies las riquezas que todos los amantes poderosos ofrendan a sus damas.

Porque el Zwin, en sus ondas que Amor movía, arrastraba hacia Brujas los más grandes bajeles que por entonces vieran ojos humanos. Y porque dentro de aquellos barcos, según cuentan las antiguas crónicas y lo repiten los historiadores de hoy, se amontonaban, en montañas altísimas, los más finos paños de Tartaria; la plata y el oro arrancados a las minas de Hungría; el armiño y la marta de Bulgaria; los higos, el aceite, las uvas, el cordobán, todos los más ricos productos de los siete reinos de España.

En el fondo de aquellos bajeles que el Zwin mecía con majestad, se apretaban en grupos inquietos los más hermosos caballos de Dinamarca. La vainilla y las especias de Berbería exhalaban a raudales su penetrante aroma. Las latas con dátiles de Arabia, y las barricas con vinos de

Chipre y del Rhin, descansaban sobre el plomo y el cobre de Irlanda. Los tapices de Persia, los chales de Turquía, los arenques del mar bretón, las pieles de Suecia, las maderas preciosas, la lana, el alumbre, el trigo, la seda..., todas las riquezas del mundo entero, por obra del amor, por obra de aquel amante real que palpitaba en el Zwin, iban rendidas a arrojar sus ofrendas a los pies de la reina del Norte, de esa altiva y opulenta dama de Flandes, que llamaron Brujas...

Traficantes suecos, persas, ingleses, italianos, árabes, indios, se daban cita en la ciudad del agua; y el Zwin les traía para que dejaran en ella sus caudales.

Por varios siglos corrió el oro en abundancia. A su poderoso influjo las industrias ganaban la cúspide; telas finísimas y encajes delicados extendían sus mallas con tal profusión, que con ellos se hubiese podido alfombrar las calles. El arte llegaba a su apogeo. Gerardo David, Memling, Umberto y Juan Van Eyck pintaban cuadros grandiosos que los siglos respetan aún en los museos. La arquitectura alzaba sus palacios góticos haciendo de la piedra florones, agujas, alas que pugnaban por huir hacia el espacio. Todo llevaba el vuelo en su interior; todo aspiraba a levantarse, y todo lograba alcanzar la cumbre para estar al habla con el cielo...

Las fiestas ducales se sucedían. El lujo fastuoso hacía exclamar a Juana de Navarra:

—Creí ser aquí la única reina, y veo a otras muchas en mi rededor...

A los banquetes, seguían las justas, donde nobles caballeros, armados de punta en blanco, medían sus lanzas.

Entre bailes, torneos y festines, la corte y sus súbditos caminaban dichosos, embriagados con el olor de las flores que enguirlaldaban los muros, deslumbrados por el brillo de los espejos y por el esplendor de las joyas que damas y caballeros ostentaban.

Los mismos leones del escudo de Flandes se hinchaban de orgullo ante grandeza tanta.

El bienestar era tal, que los habitantes comenzaban a dolerse ya, porque "el lujo desordenado —exclamaban temerosos— engendra a veces la ambición y la insolencia".

Era Brujas, por aquel entonces, una de las ciudades más opulentas de la Europa Occidental.

Todos los idiomas del mundo se hablaban en sus muelles. Grupos abigarrados los recorrían, dejando en los ojos una visión de grandeza digna solamente de ostentarse en los cuentos de *Las mil y una noches*.

Hubo vez que en un solo día anclaran en el puerto más de cien navíos, procedentes de Hamburgo, el Havre, Burdeos, Bizancio, Amsterdam, Túnez, Venecia, Egipto, el Asia Menor...

En el espacio amurallado de 22.600 pies vivía

una población de 150.000 habitantes, cifra enorme para un pueblo de la Edad Media.

Inmensa animación reinaba en las calles, sobre todo a la hora en que los cincuenta mil obreros de la ciudad entraban o salían de su trabajo. Para evitar los accidentes, una grave campana sonaba en la punta del *Beffroi*, advirtiéndolo a las madres el peligro que corrían sus pequeños, si en aquel instante salían a la puerta de sus casas.

Brujas, con sus ciento cincuenta mil habitantes, sus incontables edificios, sus sesenta y dos iglesias y el arca abierta de sus tesoros, era verdaderamente la metrópoli de toda Europa. El brillo de su grandeza deslumbraba al mundo entero.

Y era el Zwin, aquel amante rendido, el que lo daba todo a la egregia señora. Su amor, como la hermosura de Brujas, tocaba la cumbre. Había llegado ya a la cima, y desde allí paseaba sus miradas en rededor para ver quién otro podía medirse con él en esplendidez, en brío, en impulso generoso, en sed y en fuego de amor... Y en todo lo que su vista alcanzaba, no descubría más reina que Brujas, ni más esclavo que él mismo, el propio Zwin, que se tendía a los pies de su señora para besar rendidamente sus plantas...

Mas ¡ay! que cuando la felicidad traspasa el justo límite, se debe temblar, porque un genio malo acecha en la sombra...

Así fué como la Mar, enojada, celosa de Brujas, mandó a sus hijas, las olas, para que le trajesen de nuevo a aquel infiel que, escapado de sus dominios, iba a ofrendar su amor a una advenediza... Era preciso arrastrarle de nuevo hacia el palacio, traerle a la fuerza, aniquilarle, matarle si era necesario, pero arrancarle de una vez para siempre a los falsos atractivos de aquella aventurera que cubría sus hombros con charles carnavalescos, que olvidaba el idioma patrio, que se vendía a los extranjeros...

Y la obra comenzó... Mas no con lealtad, luchando de oleaje a oleaje, sino sorda y cobardemente, en la sombra, en el fondo silencioso...

Cada ola ponía su puñado de arena en la obra fatal... Y no por mero símbolo, sino así, arrastrando real y efectivamente capas de fina arena, que iban tendiéndose sobre el lecho del agua...

El Zwin se asfixiaba, se ahogaba... El instinto de conservación le impelía a buscar un respiradero por la boca del Mar, y sus aguas corrían hacia ella, sin saber que aquel era el principio de una muerte segura...

El Zwin, como inocente ciervo al que persiguiera una Diana celosa y cruel, desalojaba sus aguas y se lanzaba hacia el océano...

Su lecho subía, subía... Mas como el caudal del agua era inmenso, no parecía sino que no iba a agotarse nunca. Los bajos no se tocaban aún.

La lucha duró más de un siglo. Pero al termi-

nar el año mil quinientos, la Mar venció al fin; porque un día, con asombro de todos, los buques no pudieron ya avanzar por aquel canal casi cegado, que movía lentamente sus espesas y turbias aguas...

Un calofrío recorrió a la multitud.

Traficantes, industriales y banqueros abandonaron la ciudad. Las puertas de comercios y mercados se cerraron. Sobre los grandes muelles no se amontonaron ya más sacas ni barriles. El pueblo se moría de hambre, y hubo que recurrir a las distribuciones de pan para evitar la última catástrofe. Las damas vendían sus joyas. Los torneos se refugiaban en las páginas de la historia, con esperanza de volver a vivir un día, si quiera fuese en el engaño de las reconstrucciones... *La campana del trabajo* enmudeció en la punta del *Beffroi*; el vigía bajó de allí tristemente humillado; creció la hierba en las calles, y el Silencio, al igual de la ceniza en Pompeya, descendió con misterio, amortajando la ciudad para siempre...

El drama estaba consumado. El amante Zwin había huído, y Brujas se encontró de pronto sola, abandonada, indigente, llevando en el alma una incurable herida de amor...

Y es así como hoy la ve el viajero: llorosa, triste, pálida, arrebujaada eternamente en un velo gris de neblinas, bajo el cual pretende esconder su quebranto.

El opaco cielo, cuya luz no está en él, sino *tras él* —a semejanza de una mortecina lámpara de alcoba—, se inclina, se baja —hasta cree uno alcanzarlo con la mano—, para formar una urna a la ciudad de los rincones solitarios y de los sauces melancólicos.

En los canales, los puentes, con sus grandes ojos entristecidos, que parecen contemplar el pasado, miran deslizarse el agua negra, donde los blancos cisnes, al llegar la noche, semejan fuegos fatuos...

Hay que cruzar esos canales para conocer íntimamente a la Brujas del agua. A veces reflejan en su linfa —que es verde, si la mañana la alumbra—, filas de casas terminadas en punta, llenas de ventanas pequeñas, adornadas por cenefas pálidas, con sus medias muestras al realce, rematadas por grifos o por leones, diminutas, pulidas, repujadas como un facsímil de capilla gótica trabajado en cobre.

Pero no son éstas las casas que los canales copian con frecuencia. Ellos gustan más bien de correr entre muros sombríos, en los que la humedad extiende sus lamas; entre empalizadas que se vienen abajo, vencidas por el tiempo; entre casas viejas que tienen a veces, por ventanas, boquetes sombríos donde las arañas piadosas extienden sus telas para suplir las cortinillas que no tendrán jamás esos agujeros negros. Hay grupos de follajes tiernos, que avivan

de cuando en cuando el paisaje, y hay huertecillos con flores tristes y con enredaderas, separados del agua por muros bajos sobre los que se ven macetas, estatuillas, tibores y hasta *bibelots*, propios del *boudoir* de una dama. En otras ocasiones los árboles son negros y están despojados de hojas. Yo vi, al pasar, uno, extraño, encorvado y retorcido, que tendía hacia mí su única rama esquelética, muy semejante a una mano crispada que pretendiese atraparme... No dejé de estremecerme al ver esa amenaza sobre mi cabeza; me incliné mientras pasaba la barca, y un instante después, la impresión huía, borrada por la vista de una legión de cisnes que parecían bogar en peregrinación devota con rumbo hacia algún santuario invisible, levantado en lejano recodo a la orilla del agua...

Al verlos, recordé la leyenda que los envuelve. Pierre Lanchals, cuyo escudo heráldico llevaba grabado un hermoso cisne, fué ejecutado por los brujeses enemigos de Maximiliano de Austria. Más tarde, al ver que la vindicta pública se había engañado condenando a un inocente, la ciudad, como una reparación a ese crimen injusto, se impuso la obligación de sostener *ad perpetuam* todo cisne que vagase por los canales. Y hace cuatro siglos que esos poéticos habitantes del agua viven de los fondos comunales de Brujas. Quizá no olvidan que su hermano, el del herál-

dico blasón, fué manchado con sangre; y por eso a veces van en peregrinación a orar por él.

Los jardinillos vierten el agua; la humedad chorrea por todas partes. Suele haber entre huerto y huerto una vieja columna que los separa, sosteniendo un fauno de piedra, una ninfa o un dios Término. Estas figuras parecen soñar entre el silencio y la soledad de aquellos sitios; porque en los diminutos jardines no se ve jamás una alma.

Al pasar bajo los puentes, el eco de la voz simula martillear la vieja pared abovedada. Algunos de estos puentes son anchos, como túneles, y tan bajos, que hay que inclinarse mucho en la barca para no chocar contra la mampostería. El agua se riza a los lados, fingiendo misteriosos cuchicheos, y al salir del antro, sale también a veces una pareja de cisnes negros, arrastrada a la luz por el paso de la barca... Todo es fantástico en Brujas; todo respira poesía y misterio.

Las calles nunca ofrecen perspectivas de distancia, porque todas son torcidas. Si el viajero quiere ver el final de la calleja que empieza a recorrer, tiene que seguirla en su serpenteo, y sólo así le encontrará la punta. Algunas calles son tan angostas, que con dar dos pasos, ya se las puede medir. Y es en algunas de ellas donde he visto balcones para liliputienses, que no llegan a medio metro, y a los cuales no falta ni su

balaustrada, ni su fila de macetas diminutas, donde crecen begonias y geranios.

Para hallar el contraste de esta arquitectura de juguete, hay que llegarse a la Gran Plaza, lugar de una amplitud majestuosa, en cuyo fondo están los dos antiguos mercados —hoy desiertos—, y en medio de los cuales se ostenta, como un coloso, como un soberbio gigante de granito, el viejo *Beffroi*, esa histórica torre del atalaya, que ha visto resbalar por sus negros muros la pátina de seis siglos.

Hay quien vaya a París y no quiera subir a la torre Eiffel; pero no se da el caso todavía de que un turista que llega a Brujas, deje de escalar las alturas del *Beffroi*. Es preciso subir a él para respirar, dentro de los pulmones mismos del coloso, el aire que él respira. Es preciso entrar en íntima comunicación con él, sondear sus interiores, palparlos con la propia mano.

Llevada por este anhelo vehemente, medí con mis pies —que la voluntad fortificaba— los ciento veinte metros de altura que cuenta el gigante.

Pegado a la amplísima torre, en su interior, camina una especie de antro cerrado, como un tubo, dentro del cual va una escalera angosta que a duras penas mide un metro de ancho.

Pequeñas claraboyas iluminan de cuando en cuando aquellos tramos de escalones que no parecen acabarse nunca. A veces, la obscuridad es completa, y sólo a tientas se sigue la angustiosa

ascensión, no teniendo para apoyarse sino un grueso cable que, a guisa de barandal, corre pegado al muro negro y tosco. De éste se desprende a veces alguna piedra que rueda de escalón en escalón, hasta que su ruido se pierde en el abismo... No falta alguna ave nocturna que estropee sus alas en las paredes, queriendo huir de los que han venido a sorprenderla en el misterio de su nido; y suele algún gato medroso saltar a las claraboyas para buscar salida hacia las cornisas de la torre.

Todo esto amedrenta el espíritu, pero a la vez le obliga a saborear una grata impresión, extraña y única, que después no ha de olvidarse jamás.

Tras de contar y contar escalones, se sale de pronto al primer cuerpo de la torre, hermoso, con filas de ventanas ojivales, dispuestas en los cuatro lados. Pero ¿quién querrá asomarse a ellas, cuando quedan por medir otros muchos cuerpos del coloso, que mientras más altos están, más bella perspectiva ofrecen?

Hay que cerrar los ojos a fin de no caer en tentaciones que puedan minorar el placer de la sorpresa, y hay que entrar de nuevo en el estrecho túnel, para seguir la ascensión por aquella escalera que parece llevar hasta el cielo...

Y no es un engaño ciertamente, porque después de subir sin descanso y de vencer nuevos impulsos tentadores al ir pasando por los demás

hermosos cuerpos del gigante, se sale otra vez de la boca negra del boa, y se encuentra uno de pronto entre las nubes...

Es el momento de abrir los ojos. Pero antes de lanzar la mirada hacia el infinito, deteneos; contemplad este rincón de la torre: es el sitio que antaño ocupó el vigía; desde aquí observó atentamente las distancias, listo para lanzar el toque de rebato si alguna mesnada enemiga nublaba el horizonte. Aun creemos oír sus pasos monótonos, midiendo la terraza; aun nos parece ver en las losas la huella de sus pies...

Pero es tiempo ya de contemplar el espacio.

Algo como un vértigo, pasa por los ojos y baja hasta el corazón, al dirigir la mirada hacia el vacío... El paisaje, hermoso y amplio, se muestra en rededor, matizado de colores suaves. Arriba, el cielo, escalado ya, porque es muy poco o nada lo que falta para llegar a él, extiende su bóveda apagada; abajo está la planicie inmensa, manchada por las tierras de labor, cruzada en todas direcciones por los largos canales, rayada por carreteras y caminos, poetizada por los molinos de viento, que mueven sus brazos como haciendo amables señas.

Aquí se ve el verde tierno de un campo bien cuidado; allá, una llanura gris; acuyá, una espesa arboleda, tocada con sepia y ocre; a la izquierda, una pradera extensa, donde el otoño ha pintado los follajes con tonos rojizos y dorados;

a la derecha, un bosque de pinos negros; atrás, un valle dilatado que la distancia tiñe de violeta; y al frente, allá en las lejanías del horizonte, abarcando una extensión considerable, el mar, el ancho mar del Norte, gris, hosco, sombrío, amenazante, trágico...

¿Acaso está tramando un plan para tragarse a Brujas, no satisfecho aún con haberle robado el amante?

La torre del atalaya endereza su altiva frente, y le observa en silencio... El gigante de granito simula retarlo con su actitud severa y enigmática...

Y Brujas, a los pies del coloso, parece arrojarse, empequeñecerse, volverse nada, como para dejar toda la gloria al gigante legendario que la patrocina y cuida.

El humo de los techos vuela hacia él como incienso consumido en su honor; todos los ojos le miran reverentes, cual si fuese el patrono del pueblo; y los pájaros que suben hasta sus cornisas, con las alas en cruz, parecen llevar las peticiones de los atribulados de abajo que han menester de consuelo... No de otro modo vuelan los ángeles para transportar hacia Dios los encargos de los hombres.

Pero el tiempo ha corrido, y es preciso descender de la torre.

Internémonos nuevamente en el túnel, y hagamos un alto en el penúltimo cuerpo del *Beffroi*,

porque es necesario ponernos al habla con el *carillon* y con el torrero, importantes personajes que substituyen ahora a la campana de alarma y al vigía de antaño.

Mirad el *carillon* que cada cuarto de hora deja caer sobre Brujas un trozo delicioso de Mozart, de Weber, de Grieg, de Beethoven.

¿Conocéis los cilindros dentados de las pequeñas cajas de música? Pues bien; pensad en un cilindro de cobre, dentado también, pero enorme, que pesara nada menos que 19.960 libras, y que contase con 30.500 piezas de música, y tendréis idea de lo que es ese misterioso instrumento que se llama el *carillon* de Brujas.

Este cilindro, por medio de la fuerza eléctrica, gira lentamente, y es así como sus dientes, al ir pasando, van moviendo unos martillos o martinetes, los cuales, a su vez, y mediante una combinación larga de explicar, caen sobre las diferentes campanas que, en filas bien ordenadas, esperan su momento para dar la nota precisa en el concierto hermoso que divide en partículas los días de Brujas.

¡El *carillon*!... Vosotros, los que nunca lo habéis oído, pensad en las músicas del cielo, y acertaréis con lo que es esta rara melodía que flota en las alturas, unas veces grave y triste como un presentimiento, otras, insinuadora y suave, como algarabía de pájaros...

Esta caja de música, este *carillon*, es el ju-

guete que el coloso de granito ha dado a Brujas como para entretenerla, como para contentarla —cual si fuese una niña pequeñita— del golpe que le ha quitado riqueza y ventura.

El gigante se enternece mirándola sufrir, y mueve la sonaja maravillosa para divagar los pensamientos sombríos de su hija adoptiva.

Y las notas descienden a cada momento, melodiosas, como ruiñeñores dispersos, dejando en el corazón manantiales de embeleso y poesía.

Debido a esto, siempre que se recuerda a Brujas, no es sino envuelta en armonías exquisitas como llega a la imaginación.

Pero no olvidemos al torrero, un hombre silencioso y hosco, que parece identificarse con los muros ásperos de la vieja torre. Allí mismo, en un ángulo de ella, tiene su cuarto y su cocina. Un gato le acompaña, y un canario —*carillon* en miniatura— le alegra los momentos.

—¿Es dura la vida aquí? —le pregunto al verle atizar fuertemente el fuego de la estufa con que está calentándose.

—Sí, señora —me dice simplemente.

Pero yo insisto:

—¿Por qué es dura? Y si lo es, ¿por qué no buscar otra manera de pasarla?

—No puedo abandonar mi torre —murmura entre dientes.

Y luego agrega, casi en secreto:

—La quiero demasiado...

Comprendo su amor por el gigante, y más, al saber que hace diez años que cuida de él.

—¿Y por qué es dura la vida aquí? —insisto en seguida.

—Por los fuertes vientos que baten la torre; por la humedad que guardan los muros, debido a las continuas lluvias; por el frío, por los ratones...

—¿Y por la soledad, no? —le pregunto.

—No, señora —me dice con segura voz, poniendo la mirada en el vacío.

Acaso no tiene ese hombre ninguna historia interesante que contar; pero yo se la leo en la frente, y me la guardo en cartera para escribirla más tarde... Porque no es posible suponer desprovisto de historia a un torrero que vive solo y que no sufre por su aislamiento.

—¿Es bastante la compañía de ese gato?

—Sí, señora; él es mi mejor amigo...

¿Lo oís bien? ¡Su mejor amigo, el gato...!

—¿Y ese canario?

—También es buen amigo mío.

Pienso que alguien le habrá regalado esa ave-cilla... quizá alguna novia que está lejos, o que ha muerto ya...

—¿Es de Brujas ese canario?

—Sí, señora; dos francos pagué por él en el Muelle Verde...

Cualquiera quedara desconcertado con semejante respuesta; pero yo, no. Y os aseguro que

escribiré la historia del torrero y hasta la del canario...

Pero sigamos la narración.

Es aquel hombre hosco y sombrío el que cada cuarto de hora pone en movimiento el cilindro del *carillon*. Es él quien da al reloj la cuerda; quien toca las campanas; quien barre la torre. En los ratos libres hace zuecos o zapatos; y cuatro veces al día se acerca al hornillo para condimentar sus alimentos.

De pronto, me dice:

—Hay que ver las campanas.

Y me lleva y me trae por todas partes para mostrármelas. Esta suena a las doce; aquélla, a las tres; la de más allá, a las cinco; la otra, a las ocho. Unas son esbeltas, otras anchas. Las hay lisas o con cenefas; algunas tienen figuras en relieve; y todas llevan un número en el centro.

El torrero las conoce tanto, que a oscuras podría llegarse adonde están para tocarlas. Mucho las ama también; y sólo por no dejarlas, no cambiaría de oficio, aunque éste sea tan duro.

Debe de serlo en verdad, porque la torre está a favor de los cuatro vientos.

Ahora, una lluvia menuda comienza a caer sobre la ciudad. Lanzamos una última mirada al paisaje ya nublado, decimos adiós al torrero, y nos internamos en el tubo negro de la escalera. Siglos nos parece que corren mientras descendemos, porque ya la obscuridad es mayor; pero por

fin nos encontramos en el piso bajo. De prisa lo atravesamos, y salimos a la calle.

Desde allí nos despedimos del coloso, que parece hundir la frente en el cielo para coronarse con las nubes. A sus pies nos sentimos hormigas, átomos, nada... Arranco algunas hierbas de las que medran junto a él, y partimos.

La lluvia es fina y desciende silenciosamente. Las calles, que no por el agua están solas, se sumergen en suave melancolía. Son las tres y media de la tarde, y ya los vigilantes comienzan a encender los faroles. En las esquinas, los santos empotrados en el muro simulan arrojarse cuidadosamente con sus mantos de piedra. El canal que corre a un lado de la calle parece que solloza al sentir su linfa picada por los punzones de la llovizna. Pasa un perro temblando de frío; y dos viejas, metidas en una especie de hábito largo y negro, cuya capucha las preserva del agua, atraviesan la calle, rumbo de la iglesia.

Viejas como éstas, de amplios mantos encapuchonados, se ven a todas horas cruzando la ciudad. Su aspecto de Parcas, y la actitud de encomienda que llevan, hacen pensar que se ocupan tan sólo en el entierro de Brujas... No habría nadie mejor que ellas para caminar en grupos fantásticos detrás de la gran carroza negra que definitivamente arrastrase hacia el cementerio a la hermosa desolada... ¿Llegará ese día? Esperamos que no. El arte respetará la poca vida que

la enferma tiene, para que poetas y pintores tejan con ella su gloria.

Pero pasemos junto a los carcomidos muros del "Divino Salvador", y detengámonos ahora frente a la vidriera de un escaparate típico de Brujas. ¿Queréis saber lo que hay en él? Pues oid: molinos de viento fabricados en porcelana blanca y azul; pequeñas campanas de cobre repujado; lagartijas de metal; pipas de marfil en forma de leones, cisnes o bustos; platos de arcilla con el clásico letrero de *Souvenir de Bruges*; caballeros flamencos, de gorguera blanca y botas amarillas, trabajados en porcelanas a colores; holandesas de cartón, con los brazos en jarras; encajes tejidos por las mujeres brujeas; vistas de la ciudad en tarjetas postales; portaplumas, dijes y una multitud de minucias, todas simbolizando alguna cosa, todas curiosas, todas hechas con gracia y primor.

El grito largo y triste de un hombre que vende carbón de piedra, nos saca del éxtasis en que nos ha sumido aquel escaparate delicioso. Volvemos el rostro, y vemos al hombre del grito, envuelto en su bufanda, fornido y alto, llevando un carri-coche que él mismo empuja, donde va la mercancía cubierta con una manta.

Muy cerca de él, una lechera rubia, abrigada con un grueso chal de lana, y calzados los pies con zuecos de madera, que cloquean sobre el pa-

vimiento, camina al lado de otro carro, chiquitín,
del que tiran tres perros en hilera.

Y después de esos viandantes, la calle se queda
sola para llorar con la lluvia sus tristezas...

Mientras la recorremos en silencio, recito en
mi interior aquellos versos de Rodenbach, que
traduje una vez para mi deleite:

Aquí todo parece inanimado.
Cuanto zaguán existe, está cerrado;
y al ver cada morada, se dijera
que está olvidada y sola, si no fuera
por el humo que sube del tejado...

Todo parece antiguo en rededor:
los bancos del paseo,
el tilo, que simula un cabeceo,
los muros del Divino Salvador...

Todo está como antaño...
¿Los ancestros nomás viven hogaño?

Todo aquí se suaviza y se atempera.
¿Es que hay muchos enfermos, y por eso
la campana, al igual de una enfermera,
baja a calmar el corazón opreso
con su blanda caricia plañidera?...

Todo se envuelve en un silencio tal,
que se ve la ciudad como irreal...
Y es tan leve el paisaje,
que parece tejido en fino encaje.

¡Universal silencio en que se fragua
la inercia!... En el espejo
misterioso del agua,

con tedio elude el cisne su reflejo,
y el nenúfar parece estar perplejo...

Arriba, el cielo dice: "Sólo encuadro
colores que se han muerto en las paletas;
con estas nubes quietas,
soy un cielo de cuadro..."

Aquí la soledad está de acuerdo
con el silencio hermano.
Todo se ve lejano,
como tras el recuerdo...
En la ciudad desierta,
todo pasa callado y sin testigo.
Todo se lo llevó el tiempo enemigo...
¡Hace siglos que Brujas está muerta!...

Los hermosos versos de Rodenbach vibran en
mi mente como la música de un discreto violín
con sordina.

Suenan bien en esta calle sola, que atravesa-
mos lentamente, bajo el agua monótona y can-
tante.

Hemos llegado a una esquina, y estamos fren-
te a frente del muelle del Rosario. Avancemos
por él...

Pero no es mi ánimo arrastraros conmigo,
lectores míos, para que recorráis a mi vera las
calles y plazas que yo vi en la ciudad de los ca-
nales; las iglesias majestuosas, que me hablaron
de vejez y de siglos; los museos, donde guardan
sus finas palideces los cuadros de Memling y de
los Van Eyck. Queden para que mejores plumas
os hablen de todo esto, las tumbas de Carlos el

Temerario y de María de Borgoña; la chimenea del Franco; la casa del Pelicano; las majestuosas puertas que antaño cerraban las murallas de la ciudad —anchas torres cargadas de recuerdos, donde anidan hoy los buhos y se prenden las hiedras—; el lago de Amor, fantástico y bello, donde los cisnes bogan quietamente, pintando tras de sí una huella de luz y amplios círculos, que avanzan poco a poco hacia la orilla... Y dejo también, para que otros hablen de él con acierto, el *Beguinage*, extraño pueblo en miniatura, con su iglesia y sus calles vetustas, amurallado, silencioso como un camposanto, tétrico, mustio, lleno de árboles escuetos y de jardinillos incultos, donde hay, por cada casa de aquéllas, una beguina de sonrisa plácida, que mientras no eleva a Dios el espíritu en el rezo divino, labora oficialmente sus encajes, al igual de la abeja labrando su panal en el cerrado misterio de la colmena...

No quiero que miréis a la Brujas entera tras de la tosca red de mis palabras. Para comprender esta ciudad exquisita y única, hay que llegarse a ella y ver su encanto con los propios ojos, o a falta de esto, leer a Rodenbach, cuya obra toda está destilando la misma nebulosa melancolía que envuelve a Brujas, la misma enigmática luz que la amortaja... Porque el alma de Brujas y la de Rodenbach, parecen una misma.

Y ahora, mirad con qué tristeza me acomodo

en el compartimiento del tren que va a arrastrarme lejos de la romántica ciudad...

En mi maleta llevo molinos de viento, lagartijas de cobre, encajes, una medalla de Santa Gúdula, un rosario que me dió la superiora del *Beguínage*, flores, hierbas que arranqué de los patios, vistas, libros, piedras y hasta arena de las calles...

Nunca estuve antes en Brujas, y ahora, por el dolor que siento al partir, me parece haberla conocido y querido siempre... Mis ojos se nublan...

Como para pagar ese arranque, un moribundo rayo de sol entra en aquel momento por la ventanilla, y va a acariciar mis hombros... ¡El sol!... ¿Es posible?... ¿Un rayo de sol, y esto ya al fin del otoño?... Sí, no hay duda; miradle como dora mi abrigo de viaje... Es Brujas que sonríe; es Brujas que levanta por un instante el velo de viuda para mostrarme su sonrisa de enferma agradecida...

—¡Adiós, adiós! —le grito de prisa entre el ruido del tren que ya nos arrastra—. ¡Adiós!...

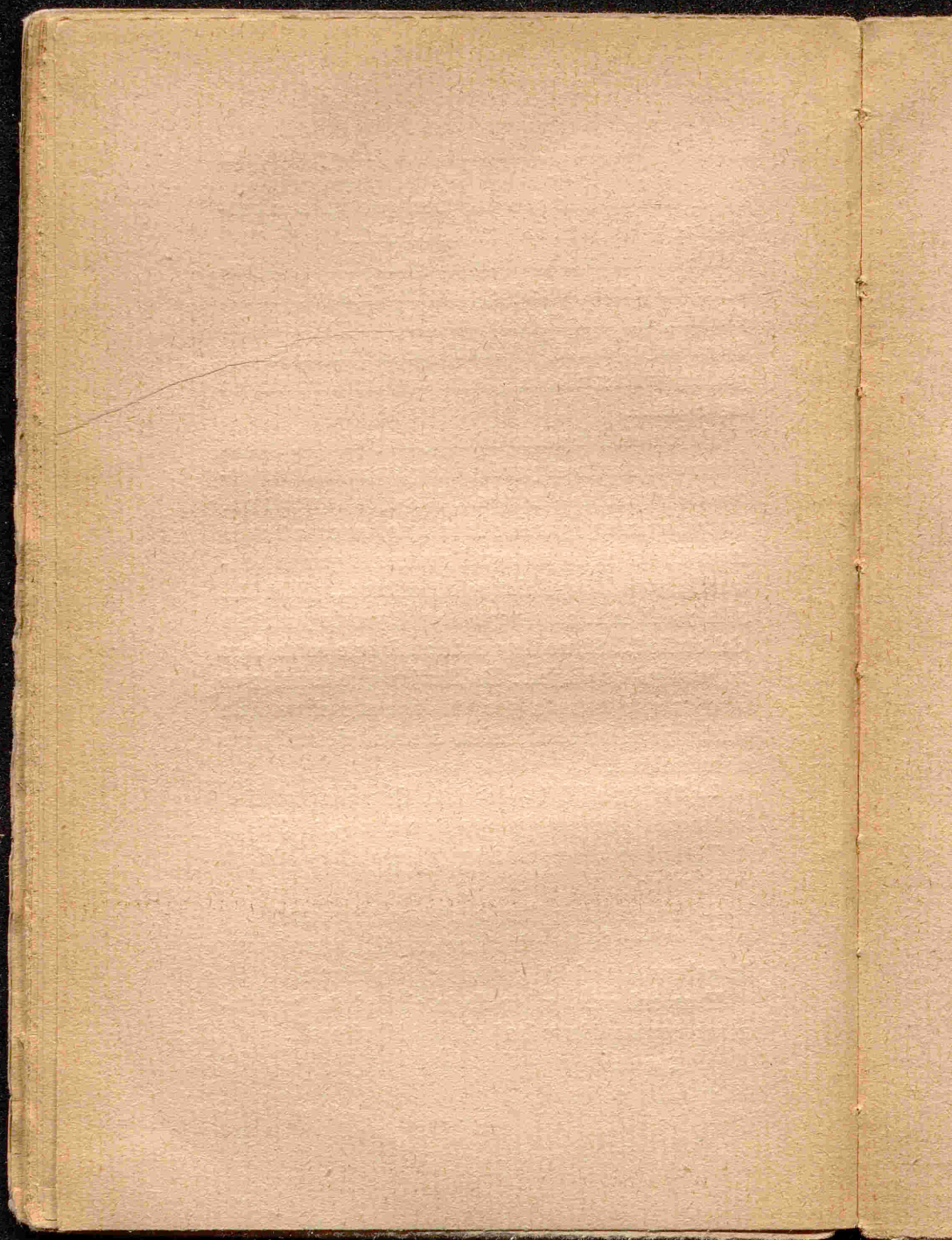
El sollozo ahoga mi voz, y un viajero oficioso pregunta:

—¿Se queda en Brujas alguna hermana?

Yo, después de afirmar automáticamente con la cabeza, hundo el rostro en el pañuelo.

Y es así como salgo de la ciudad de las brujas: conmovida y bañada en lágrimas...

Bruselas.



RODENBACH Y EL AMOR

A MI MADRE ADORADA, CUYAS POSTRE-
RAS ALEGRÍAS FUERON MOTIVADAS POR
LECTURAS DEL POETA.

Después de leer los libros de Georges Rodenbach —el cantor de Brujas—, busco ansiosamente las biografías del poeta belga, para ver si en ellas encuentro lo que falta en sus obras, lo que no está por ningún rincón de sus páginas: los amores que alegraron o entristecieron la vida del artista.

Mas todos mis esfuerzos para hallar ese dato resultan vanos. Por todas partes el alma de Rodenbach se alza sola, como faro que da su melancólica luz en distante orilla abandonada...

Rodenbach, el triste Rodenbach, no tuvo amores. Su viaje por la tierra fué hecho en soledad completa.

Quizá la mujer que pudo comprenderle vivió a distancia. Quizá nació y murió antes que él; quizá nacerá y morirá después... Acaso estuvo muy cerca, y el poeta, envuelto en la bruma de melancolía que le causara el no encontrarla, no

la vió cuando cruzó junto a él, rozándole quizá los finos dedos con la blonda de su traje...

¿La buscó por el mar, cuando ella estaba en la costa? ¿Fué en pos de su huella por las tierras del Norte cuando ella viajaba por el Sur? ¿Entró en la iglesia inquiriendo por esa mujer, mientras ella pintaba su sombra en la arena de un parque solitario? ¿Estuvo en la misma mesa durante algún festejo alegre, y un gran ramo de rosas le privó de ver sus ojos cargados de ensueño?...

¡Misterio doloroso que obligó al poeta a cruzar la vida en soledad profunda!...

De allí la indefinible nostalgia de amor que vaga sobre los libros de Rodenbach. Esa ansia, esa angustia —indefinida a veces, y a veces claramente precisada—, pinta con tonos grises, con colores difuntos, los versos del poeta.

Mirad cómo clava sus ojos tristes en el acuario de cristal, mientras dice al contemplar el agua inmóvil, aislada, que sólo vive de su vida interior:

Ainsi mon âme, seule, et que rien n'influence!...

"¡Así mi alma, sola, en la que nada influye!..."
Y oíd cómo se queja del dolor de ir solitario por las calles, en las tardes tristísimas de los domingos:

*Douleur d'aller, courbé sous la croix de son Art,
sans Madeleine, oignant vos pieds avec du nard!...*

"Dolor de ir encorvado bajo la cruz del Arte, sin una Magdalena que os unja los pies con el perfume del nardo..." El poeta muestra en esta queja dolorida sus ansias interiores, y pone a la vista un jirón del paisaje sentimental que lleva en el alma: una calle sola; un *carillon* que espolvorea en el viento el rocío de sus finas notas; una gran paz sobre las casas, cuyas ventanas discretas no dejan escapar lo que guardan; y en ese ambiente, una pareja que avanza en dulce silencio por la calle... El es alto, rubio; ella es frágil, leve como un pájaro, tierna y deliciosa como una hada. ¿Quiénes son? Rodenbach y ella... La esperada, la mujer de los sueños, la *única*...

Pero, ¡ay!, este jirón de paisaje es arrastrado por la realidad; y el poeta vuelve de pronto a encontrarse solo y triste, atravesando una obscura calle, encorvado bajo el peso de su dolor, sin una Verónica que le enjague el rostro, sin una piadosa hermana que vaya a ungir sus pies con el divino perfume de los nardos...

"Tú, como yo —dice más tarde al agua de un canal olvidado—, no tienes sino soledad, viudez, silencio..."

Moi, dont la vie aussi n'est qu'un grand canal mort!

Otras veces, dolido de que el tiempo pasa y de que la mujer ideal no llega, se pregunta:

*Faut-il laisser passer l'Amour sous ses croisées
et perdre un bien réel pour un rêve incertain?*

“¿Es posible dejar pasar el Amor bajo nuestras ventanas, y perder un bien real por un sueño incierto?...”

Y, obligado quizá por el sentimiento temeroso de que el tiempo se le escapa, y con él los años y la vida, alguna vez se abandona por un instante, haciendo entrega de su corazón; pero al punto la desconfianza —ave de presa— cae sobre él para arrancarle a su engaño; y es así como la voz implacable de la verdad pone en sus labios estas palabras:

*Est-ce bien toi que j'aime ou bien est-ce l'Amour?
Est-ce la cathédrale ou plutôt la Madone?...*

“¿Eres tú a quien amo, o es al Amor? ¿Es a la catedral, o a la Madona?...”

El poeta tiene razón: no ama a esa mujer: ama al Amor solamente. Porque ella, la prometida de su alma, aun no llega.

Mas es tal su dolor al pensar que esa mujer ni está ni ha estado en este mundo, que se consuela con un nuevo engaño, diciendo:

*J'ai la nostalgique pensée
jugant tout amour décevant,
que mon unique fiancée
est décédée encore enfant.*

"La mujer de mis sueños murió cuando era niña aún..."

Rodenbach, mecido por esa idea, sonríe levemente; pero ese consuelo no le dura más allá de lo que vive una rosa, porque a poco, entre suspiros, hace al fin su doliente y definitiva confesión:

*Je fus de ces souffrants que leur langueur isole
sans qu'ils aient pu trouver la Femme qui console...*

"Fuí de los enfermos a quienes el abatimiento aísla, y que no encuentran a la mujer que pudo consolarles..."

En suma: Jorge Rodenbach estuvo solo en este mundo.

Ansiosamente buscó a su compañera de alma; pero ésta se envolvió en el manto del misterio, y el poeta no la vió jamás.

Y así, sus quejas de amor quedaron sin respuesta, vibrando en la soledad, como los balidos de la oveja que se pierde en el monte...

Mas ese amor que grita en el desierto y que se dispersa en el aire, parece, en un más allá invisible, volver a juntar sus partículas y descender, como lluvia generosa, hacia *las cosas*, a las cuales el poeta presta una alma para que puedan con ella resarcirle de daños.

No habiendo encontrado Rodenbach mujer que respondiera a lo que él llevaba en su espíritu,

amó *las cosas*, se dió a ellas; porque las cosas, en su silencio, tuvieron para él mayor significación, más tesoros, más belleza interna que la que a la vista de todos llevaban en sus rostros las mujeres que la vida le puso delante.

Rodenbach da su alma a las cosas, y éstas, animadas ya con ella, le responden...

Es así como el espejo de la alcoba le reprocha dulcemente su tardanza fuera de casa. El reloj le habla; el armario de luna le ve con su gran pupila brillante; la pluma solicita la caricia de su mano; el vaso de cristal le ofrece sus rosas; la suave lámpara le cuenta historias románticas...

Tal fuerza tiene la ternura de Rodenbach, que, a su toque maravilloso, las cosas más pequeñas e insignificantes, como en los cuentos de magia, se alzan para acercarse al poeta, haciéndose así visibles para nosotros...

Si no fuera por él, por su ternura, la cortinilla humilde que vela el cristal, o bien la vieja silla que duerme en un rincón, no tuvieran su momento de vida amable. Porque él las llama junto a sí, pone sus milagrosas manos sobre ellas, y las desencanta, haciendo que vivan, que hablen, que amen...

Piadosamente se inclina al suelo para recoger la silvestre margarita, ajada ya, que todos los pies han maltratado. De ese guñapo de flor, él hará un poema, empleando para ello las tristes

confidencias que de aquel pálido corazón destrozado suban hasta sus oídos atentos.

Todas las cosas le interesan profundamente: la ramazón escueta de un árbol; los cisnes que mansamente divagan por los canales; una calle olvidada; un farol que parpadea lloroso bajo la lluvia; una campana que gime por la luz que se borra...

Se apiada de las casonas viejas que bordean la orilla del camino. ¡Las ve tan destartadas!... Parecen tender la mano hacia el viandante, como para pedirle una limosna...

Se aflige porque la linterna del vigilante, allá en la esquina oscura, no conoce las dulzuras de la pantalla rosa bordada en seda. Los golpes del viento la amenazan de muerte a cada instante, y el frío empaña sus ojos de cristal desportillado... ¡Si ella estuviera como su hermana la afortunada, entre la atmósfera tibia de una alcoba cuyos muros tapiza el raso!...

Si llueve, sufre por la vidriera, pensando que en ella las gotas se clavarán como espinas...

—¡Octubre y la Tarde! —exclama el poeta—. He aquí dos tristes, que vienen juntos a hablar en voz baja de la muerte...

Rodenbach los escucha, y el diálogo, distinto y claro para él, le deja con la cabeza entre las manos...

El lazo de negro crespón que flota en el marco de una puerta, como señal de duelo, le parece

un pájaro colgado!... ¿Por qué dieron muerte de ladrón a ese pajarillo inocente, que sólo tuvo vida para alegrar el paisaje con sus trinos?

El poeta, mirando en esa ave muerta un símbolo de la injusticia humana, sigue a lo largo de la calle, con la frente inclinada, con el pecho henchido de suspiros dolorosos.

Pasa en seguida por un canal cuyas aguas parecen llamarle, ofreciéndole un lecho bien tendido para que en él repose, olvide y duerma eternamente... Pero no: su alma de místico le aparta de ese sitio peligroso; y vuelve a marchar sosegadamente, llevando a la espalda la cruz de su Dolor resignado. Resignado, sí, porque Rodenbach se conforma con todo. Es un bondadoso, cuyos labios no saben de blasfemias.

Allí están las páginas de sus libros en apoyo de ese aserto. Hechas con paz, con mansedumbre, con resignación, jamás dan cabida a la frase incisiva que acusa, al grito que amenaza, a la interjección que reniega. El poeta no se desespera nunca. Jamás maldice de su suerte; jamás increpa a su destino. Santamente va por la vida cumpliendo en ella con la única misión que trajo: *cantar*.

Y canta las hostias, la luna, el corazón del agua, el silencio, las blancas aldeas, las tardes provincianas, las nubes, el viento, la luz...

La blancura le atrae como imán, y hacia ella encamina siempre su verso. Esta tendencia, que

le lleva a levantar la estrofa, a ponerla fuera de la tierra, como para libertarla de las salpicaduras con que a menudo se la mancha en este triste mundo, hace de Rodenbach un nuevo caballero que, a la manera de Thierry de Alsacia, cuando emprende noble cruzada para rescatar la redoma con la Santa Sangre de Cristo, se lanza en valiente lucha para redimir *el verso*, para arrancarlo a la bajeza de este suelo miserable, para rescatarlo y prenderlo en la altura —nuevo broche de luz—, junto a sus hermanas las estrellas.

Rodenbach, para comulgar con el verso, baña su alma en fuentes de aguas lustrales. Cuando lo recibe, se viste de armiño. Además, el espíritu del poeta tiene ya de suyo como un nimbo de claridad. “Mi alma —dice él mismo—, que no ha querido mezclarse a la vida, y que a cada momento se depura más y más, tiene algo del agua y de la luna...”

Y toda esta claridad, y más todavía, lleva Rodenbach a sus rimas. Respeta el verso como si fuese un tabernáculo. Para entrar en él, se descalza...

Y con sus estrofas —que son guirnaldas de azucenas— ha adornado las ventanas solitarias de los beguinajes, las aldeas abandonadas, las aguas que se han muerto en los canales negros, los muelles donde sólo cruza la neblina, los muros de las viejas torres, las frentes de los enfermos y de los tristes...

Y si cada humilde aldea le debe un lirio, Brujas, la Venecia del Norte, la ciudad del silencio, la ciudad de las brumas, le debe, por millares, profusos mazos de rosas blancas.

Porque Brujas la triste, Brujas la viuda, es la preferida del poeta.

Sobre los pliegues del manto luctuoso con que la hermosa ciudad arropa su corazón desolado, Rodenbach apoya la frente, pidiendo a la dama del Norte un consuelo.

Mas ella, que sufre a su vez por un bien que el mar le robó, sólo puede ofrecerle su llanto —vertido en los tristes canales—; su mirada —perdida en el cielo gris—; su aliento —difundido en las brumas frías—; y sus sollozos —que las campanas han recogido, enteros, para lanzarlos después al aire como dolientes responsos...

El poeta, que con todo se conforma, que con todo se resigna, acepta las fúnebres dádivas. Y esos crespones negros, esos lazos luctuosos sirven a Rodenbach para tejer *Brujas la muerta*, libro sugestivo que hará inmortal a su autor.

La mujer soñada no acompañó al poeta en su corto viaje por el mundo; pero la Gloria, divina y fiel amante, irá con él eternamente.

Bruselas.

UNA MIRADA A PORTUGAL

LA BELLA PORTUGAL

A MIS PRIMOS JUANA PALMA DE RODRÍGUEZ Y GUILLERMO RODRÍGUEZ FIGUEROA.

Como soy enemiga de los desentonos, me guardaría muy bien de pintar la belleza fuerte de Nueva York, tras de haber dibujado las líneas esfumadas de la pensativa Brujas. Pero hablar de Portugal después de visitar a la reina del Norte, es como pasar de un preludio de Chopin a un *andante* de Mendelssohn. No se parecen Brujas y Lisboa, por ejemplo; mas estemos seguros de que si un mago transformase en mujeres a las dos ciudades, éstas, al encontrarse de pronto, volarían a darse un estrecho abrazo de comprensión y amistad. Es que las dos, por igual, tienen tal vida interior de ensueño y de poesía, que esa atmósfera les brota por los poros, sale dulcemente de ellas, como un vaho, y las envuelve enteras, haciendo que el viajero, al recordarlas, se pregunte, mirando indeciso a lo lejos:

—¡Las he visto, en verdad, o es sólo un engaño de la fantasía?...

Pero hablemos ya de Lusitania.

Quienes juzguen que, acosado quizá por las prisas de la época moderna, el romanticismo ha huído del mundo para siempre, vayan a Portugal.

Cintra, Coimbra, Lisboa..., cada uno de estos nombres evocadores viene a mis ojos y a mi alma como un rincón de jardín musgoso, donde la vida, aprisionada por el Ensueño, se detiene a meditar con dulzura y quietud en todo lo que atañe al espíritu, a la mente, al corazón, al sentimiento...

Como un reloj parado a voluntad en hora determinada, Cintra, Coimbra y Lisboa parecen haber detenido la marcha de su vida en una época lejana. Y en ella se han quedado, extáticas, mientras el musgo amable sube por sus muros, borda sus tejados, envuelve los troncos de los árboles, pinta las fuentes y engarza las piedras de plazas y calles...

Sí, el reloj de sus torres se paró en lejano tiempo; y Lisboa y sus hermanas sueñan, se idealizan, aman y cantan, viendo el mar a lo lejos con las hermosas pupilas nostálgicas de sus hijos, pupilas en cuyo fondo parecen caber cielos y mares —¡tan grandes son, tan misteriosas, tan hondas!...

(Así son también los ojos mejicanos: inmen-

sos como los horizontes, ardorosos como los ponientes...)

Y así es Lisboa la bella: tanto anhela ser amplia, tanto extiende y abre los brazos, que el viajero necesita un largo tiempo para recorrer sus plazas y parques. No quiere ser trivial, sino honda, y baja por eso a sumergirse en el agua y a sondear el Tajo. Arde en anhelos, en pasión, en ímpetu, y por eso trepa hasta las alturas, arrojando su cabeza con nubes de rosa y grana...

Vista de noche Lisboa, punteada por las chispas de sus luces, semeja un altar encendido.

Vista de día, me parece Grecia, bajando, elegante, por sus calles en pendiente, para darse en ofrenda a las ondas —que no cesan de verla, enamoradas.

Se adorna con camelias y floripondios —como Coatepec, mi adorada tierra natal—. Por eso más de una vez mis lágrimas regaron sus vistosos jardines, donde los jarrones se envuelven con lama.

Las vendedoras de flores y de frutas que recorren la ciudad llevando a la cabeza sus cestas redondas y planas, balanceándose con ritmo armonioso y mostrando los pies desnudos, más blancos que las azucenas, parecen figuras decorativas que la mano de un artista desparramó por las calles para dar a la ciudad gracia y poesía.

¿Y qué decir del *estudiante*, ese tipo genuino

de Portugal que, envuelto en su levita y en su capa, al viento la abundosa melena, erguido, elegante, airoso, va poniendo su nota romántica bajo los árboles de los paseos, en los pórticos de las Universidades, a lo largo de las calles retorcidas, al pie de las estatuas o junto de las fuentes, mientras en ellas tiembla el agua que el verdín colora con matices de esmeralda?...

¿Y qué decir de la mujer portuguesa y del niño, tan suaves, tan dulces, tan alados? No pueden ser de carne estas figuras; parecen trabajadas en la más exquisita porcelana de Sèvres.

¿Y qué decir del idioma? Que no está fabricado por hombres, sino por abejas. ¡Tal es la miel de su acento y la dulzura de sus inflexiones!...

Alguien dijo que la lengua portuguesa es el español *sin huesos*. Y esto es verdad; cuidadosamente fueron extraídas las durezas, y el portugués salió por fin como el caño del agua en el pilón, cantante, persuasivo, mimoso, agraciado, convincente, acariciador.

Y ésta es la voz con que habla Portugal, bellamente timbrada en el hombre, dulcemente acentuada en el niño y en la mujer.

¿Y los pájaros?

Era el invierno cuando visité a Lisboa; pero frente de mi balcón un verdadero conventículo de avecillas canoras, cuyos nombres ignoro, me daban a diario los buenos días, gorjeando con

melodiosa voz canciones de cuatro corcheas o de una sola nota larga y penetrante, que parecía un alerta o una advertencia oportuna.

Desde aquel balcón altísimo recreaba yo mi vista, dejando que ésta bajara, de peldaño en peldaño, por las escaleras de las calles, donde la fantasía del musgo pone alfombras tan ricas como los tapices orientales.

Algún pordiosero, de hermosa cabeza y de manos alargadas, como figura desprendida de un gran cuadro, se apoya contra el muro corroído por la humedad, y pide su parte, más que con la voz, con la mirada melancólica de sus grandes ojos, que parecen ver fuera del plano en que se fijan.

Estas calles en escalera, tan antiguas, tan románticas, hechas para la leyenda, para ser cantadas en romance, no están ni pueden estar profanadas por los automóviles. Las puertas de las casas desembocan en los rellanos de las escaleras, y en el dintel de esas puertas hay, frecuentemente, un gato negro o pardo, que filosofa en quietud, viendo bajar y subir la vida por los altos escalones. Hay también en los muros, a uno y otro lado de la calle, escaparates que no disuenan. En ellos se amontonan cofrecillos, retratos, arcones, molduras, espejos antiguos —¡lo que habrán visto pasar estas lunas deslustradas!...—. O bien, la cueva de un viejo librero se desahoga en tal o cual vitrina, arro-

jando en ella tomos raros, escritos en latín; gruesos cuadernos con grabados; libros en pergamino, que ha picado la polilla...

No rasgarán el ambiente de esas calles los caballos que arrastran berlinas, ni romperá su paz el timbre de las bicicletas. Y como esas calles son angostas, no han de bajar a ellas los aeroplanos... ¡Dichosas mil veces, porque han podido levantar sus puentes levadizos, para impedir que la vida moderna eche abajo lo que el Tiempo labró con mano amante!

Pero veo que divago. Nada han podido arrancar a Lisboa los *autos* y motocicletas que llenan sus plazas y avenidas. El Romanticismo ha escogido a Portugal por morada, y no habrá fuerza bastante que le haga salir de esas tierras. Las mismas ametralladoras de los revolucionarios no lograrán desterrarlo de su hermosa patria. Los cañones no le amedrentarán; las bombas no quemarán su capa caballeresca, y él seguirá reinando a su sabor, convocando al ensueño, predicando en favor del sentimiento y del espíritu, matando a sus hijos del mal de amores..., mientras el musgo amable sube en silencio por los muros, baja las escaleras, se recuesta en los bancos ruinosos, y extiende su alfombra en los vetustos jardines olvidados...

Madrid.

CALLE DE COIMBRA

A MARÍA DO CARMO PEIXOTO.

Me place esta calle angosta, larga y triste, que parece abandonada.

Los que traspasan la línea de lo verdadero para entrar en el terreno de lo irreal, los que sueñan, esos pueden fácilmente concebir una calle como ésta, envuelta en el silencio más profundo, ungida de misterio, sigilosa, expectante...

Cualquiera diría, al cruzarla, que dentro de algunos minutos, quizá dentro de brevísimos instantes, un suceso imprevisto, extraordinario, va a desarrollarse rápidamente en ella, a la viva luz del magnesio, dejando, al apagarse esa flama, un zigzag de vislumbre en la retina, un rumor confuso en el oído y palpitaciones violentas en el corazón.

¿Qué puede ser ese suceso? ¿Un desafío? ¿La presencia de un fantasma que abandonó por

momentos su tumba para venir a desengañarse de la duda con que se fué?

Nada se podría precisar; pero sin proponérselo, sin pensarlo, quien cruza por esta calle, espera, como ella, un acontecimiento extraño que va a realizarse...

Los ojos observan con atención, se esfuerzan por sondear la obscuridad; pero el acontecimiento no llega...

Si la luna no sale, el misterio de la sombra estrecha fuertemente la calle, y ésta finge un río negro que corre sin ruido rumbo hacia el océano resplandeciente de la ancha plaza bañada en luz...

A veces semeja un canal; a veces un túnel. Y tanto se parece a cierta calle mejicana, que yo podría aplicar a ésta lo que para aquella dije.

Las casas, que le ponen valla a uno y otro lado, son como de leyenda. No he visto aún ninguna luz en ellas. Todas sus lámparas están apagadas.

Estas casas fingen haber hecho el voto de la sombra... Ventanas y balcones están cerrados; y el viento que pasa, un poco brusco y otro poco curioso, pretende a veces luchar con las maderas por ver si logra entreabrir las; quiere entrar para saber qué es lo que guardan los interiores de tan quietas moradas. Pero la lucha es desigual, porque en los grandes zaguanes clavetea-

dos hay cerrojos, y en las puertas, aldabones; nada puede el viento contra las maderas pesadas y el herraje que las defiende. Se contenta, pues, con modular algunas cantatas sobre el cristal de las vidrieras, y se marcha luego hacia la abierta plaza para agitar nerviosamente las hojas de los álamos, bañadas en la luz de los focos.

No hay rondadores en esta calle; no hay enamorados: es que no se ven en las ventanas ni mujeres ni macetas con flores. ¿Qué podían buscar aquí los enamorados mozos?

Y los poetas no saben que esta calle existe...

Así, como ellos no lo saben, la calle es mía, sólo mía...

No es de los ricos nada más la gracia de la posesión: los pobres también la tenemos, por virtud de la fantasía. ¡Lo que se adquiere con ella!... ¡Tengo yo unos tesoros guardados!... Y entre ellos quedará esta calle portuguesa.

Cuando en la torre cercana marca el reloj la media noche, abro mi puerta y salgo.

Un gato sigue mis pasos, y el murciélago, con su rápido aleteo, rasga el aire sobre mi cabeza...

¿No dije ya que es de leyenda esta calle?

En silencio, acompañada de mi sombra, la recorro quietamente y la observo.

Ahora, todos duermen. El reloj de la torre descansa; el murciélago huyó; el gato ha des-

aparecido. Ni siquiera la luna baja a disputarme las losas que piso... La calle es mía...

En este instante sagrado, quisiera yo ser el aire mismo, o la sombra, para estrechar fuertemente contra mi alma esta calle que es nido de poesía y fuente de inspiración.

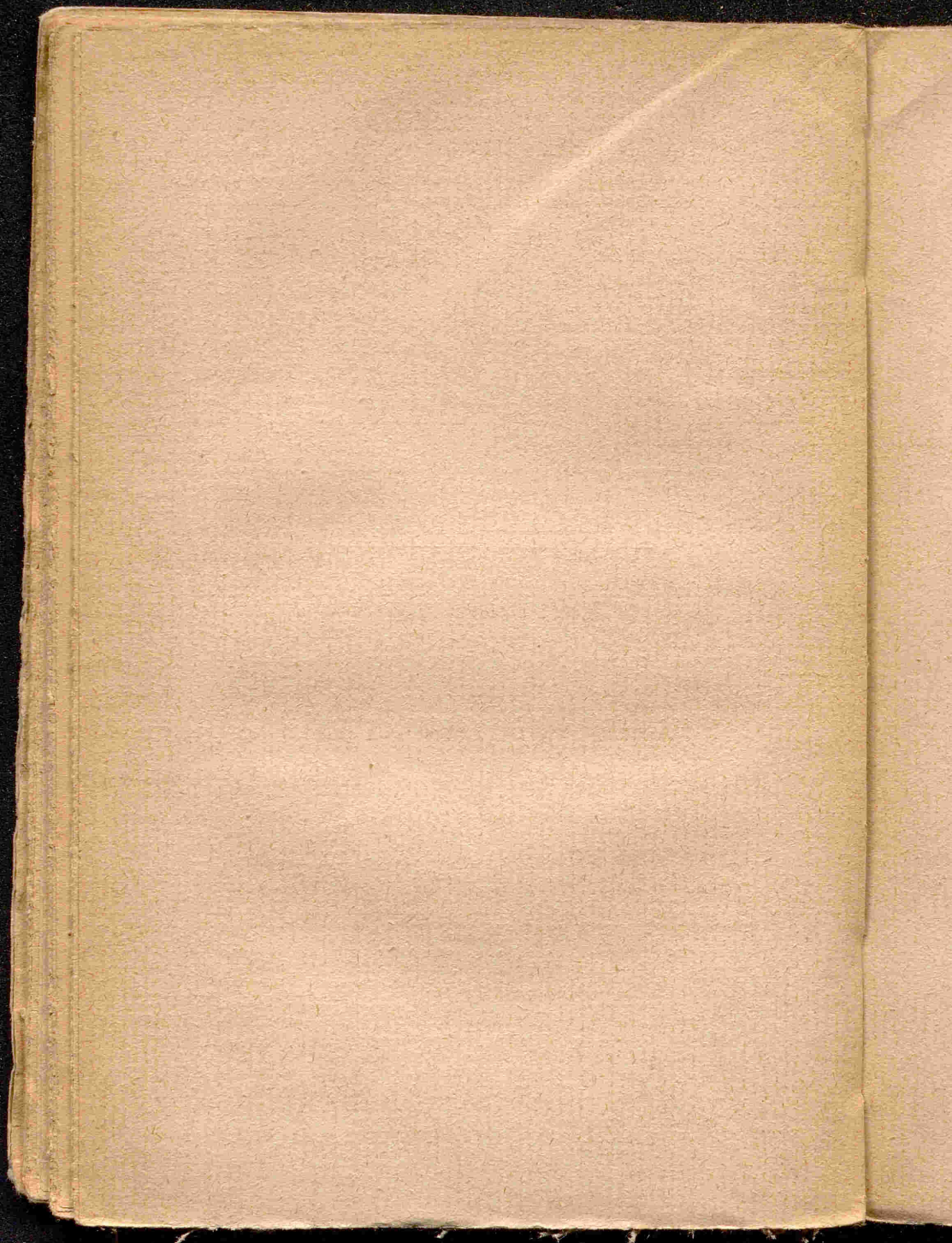
Pero la abarco entera con la mirada, y la calle, con su belleza singular que la noche prestigia, paga y devuelve mi halago.

¡No vengáis a estos sitios vosotros, los frívolos que sólo sabéis reír!... Aquí, las ventanas y los balcones están cerrados; en ellos no hay mujeres asomadas. La música de vuestras serenatas alegres no conmovería las paredes carcomidas de estas casas legendarias... ¡No vengáis! Esta calle no habla de amor terreno. Mas... si os atraen la soledad, el silencio, el dolor, entonces... ya os daré las señas para que vengáis.

Por ahora, la calle es mía, sólo mía...

Coimbra.

LA SUGESTIVA MADRID



LA CALLE MADRILEÑA

A LA SEÑORA DOÑA MARÍA LUISA T. DE
SÁNCHEZ.

Las calles de Madrid no se parecen a ningunas otras calles.

¡Verdad de Pero Grullo!, diréis. ¡Como que todas las ciudades son diferentes!...

¿Eso creéis vosotros? Pues estáis engañados. O, al menos, como cada mortal ve las cosas con sus propios ojos, voy a decir cómo las ven los míos.

Juzgo que, a pesar de que las ciudades son todas diferentes, las calles no dejan de ser nunca las mismas, las idénticas y eternas calles por donde transita, de prisa o despacio, indiferente o atareada, la poca o mucha gente que compone la población de esas ciudades.

Pero las calles de Madrid son únicas; nada tienen de común con las calles de otras partes.

¿Por qué? Vais a verlo.

Seguidme con el pensamiento —ya que no po-

déis efectuarlo de otro modo—, y haceos cargo de que voy a salir de casa.

La mañana está tibia, a pesar de la estación caliente, y el cielo tiene un azul delicioso. Héteme en marcha.

No bien he dado tres pasos por la acera, cuando oigo grandes voces en un altísimo balcón. Es un chicuelo, inclinado, que habla a gritos, desde arriba, con alguien que debe de estar abajo de su casa.

¿Abajo? No; abajo no hay nadie que atienda a lo que dice el chiquillo. Los transeuntes vienen y van sin alzar siquiera el rostro, como si no se diesen cuenta de aquellos tremendos gritos. ¿Con quién habla entonces ese chavalín? Busco ávidamente por todos lados, y como a nadie encuentro cerca, empiezo a extender el radio de mis miradas... Más..., más lejos aún..., mucho más... ¿Pero hasta dónde voy a parar en mi pesquisa? ¿Con quién puede hablar esa criatura, que se halle a distancia de ocho casas, ¡y qué casas!, señor mío?... Pues, no cabe duda, el chiquillo habla con alguien, porque el diálogo está entablado. Llevo más adelante mis miradas, y ¡nada aún! No doy con el compañero del diálogo. Entonces, valientemente, aunque me parece un absurdo, dirijo mis ojos hasta la esquina de la calle, y... no me he chasqueado: allí está lo que busco.

En la puerta de una tienda de ultramarinos,

vestido con un mandilillo blanco, puesta graciosamente la boina y calzado con níveas alpargatas, otro chavalín, más pequeño que el del balcón, recibe atentamente las instrucciones que, en nombre de la madre de los dos chicuelos, le da el hermano mayor desde la bohardilla, a distancia de una calle.

—¡Que traigas judías, en vez de garbanzos!
¿Has oído?...

—¡Sí! —replica el pequeño, haciendo una bocina con las manos.

—¡Que no se te olviden las patatas!

—¡No!

—¡Que si está caro el queso, no lo traigas!

—¡Bueno!

—¡Que no te vayan a dar un duro sevillano!
¡Míralos bien!...

—¡Sí!

—¡Que pases por el vino!

—¡No *pué* ser!

—¿Por qué? —grita el mayor, un tanto indignado, pensando que su hermanillo comienza a rebelarse.

—¡Porque he *olvidao* la botella! —grita el pequeño con más fuerza que nunca, pretendiendo poner en la potencia de la voz lo ajeno que está de cometer un pecado de desobediencia—. ¡La olvidé en el fresquero! ¡Tráemela!

—¡Madre! —grita el chico del balcón, sin moverse de su sitio y en el mismo diapason agudo,

para que su hermano siga el diálogo desde la esquina.

Una mujer que lleva la cabeza cubierta con un pañolillo se asoma inmediatamente.

—¡Que Manolo ha *olvidao* la botella en el fresco! ¡Y que digas si se la llevo!

La madre aprueba, y el chicuelo grita nuevamente, con la voz jubilosa del triunfo:

—¡Allá voy, Manolín!

Y, dicho esto, desaparece del balcón.

Instantes después, un gamo se desbarranca por la escalera, huye por el portal y cruza la calle vertiginosamente, llevando en la mano una botella.

Es el vecinillo de la bohardilla, que va en busca de su hermano.

Y mientras los dos chicuelos departen alegremente en la puerta de la tienda, yo me digó:

—En esa casa van a servirse hoy judías, y además, patatas. ¿Solamente? No: habrá también un trozo de pan y un vaso de vino. Pero no habrá queso, porque está muy caro...

Sería encantador todo esto, si no fuera triste...

Pero ¿os enteráis?

Una escena semejante, que está vertiendo por sus cuatro lados ingenuidad, sencillez, franqueza, confianza, ¿no es capaz de convertir cualquiera calle de ciudad en un delicioso patio familiar, en un íntimo corredor donde se discuten y resuelven los proyectos domésticos?

Pero sigamos adelante.

Al pasar por la esquina, entro en la tienda, compro medio kilo de queso y, poniéndolo en manos de Manolín, le digo:

—Se lo darás a tu madre, pues acabo de oír que te lo encargó...

—Ya lo llevamos aquí, señora —me dicen a un tiempo los dos chiquillos, mostrándome un paquete y rehusando el que yo les presento.

—¡Cómo! —exclamo admirada. Y añadido con reticencia—: ¡Pero si el queso está muy caro!...

Entonces me hago cargo de que al lado de los chicuelos, un caballero de aspecto distinguido sonríe con benevolencia.

—Señora —me dice respetuosamente aquel caballero—. Siento haberme adelantado al deseo de usted... Acabo de regalar a estos chiquillos el queso... Yo también me he hecho cargo del diálogo del balcón... Efectivamente, el queso encarece día por día...

Yo sigo sosteniendo en mis manos el paquetillo, porque los chicuelos, con un decoro extraño a su edad, no se atreven a tomarlo.

—¡Pero, vamos, pequeños! ¿En qué pensáis? —grita el tendero, saliendo a la puerta con las manos llenas de caramelos—. Aceptad lo que os da la señora para vuestra madre, y tomad esto para vosotros...

En tanto, la gente se ha acercado. Los dos chicuelos, como pájaros tímidos, se cierran el

uno contra el otro, sin saber qué partido tomar, y mientras yo les coloco mi paquete en el cesto de la compra, una verdadera lluvia de *perras*, grandes y chicas, cae sobre ellos, entre palabras graciosas y entre risas alegres y buenas, que fortifican, que consuelan, que levantan el espíritu...

Cuantos se hallan en rededor han querido dar su regalo a los chicuelos. ¿Por qué? Porque sí. Porque la gente madrileña es generosa; porque los primeros que se acercaron supieron que está muy caro el queso, y los segundos... porque dieron los primeros. ¿Queréis más?...

Entonces, esa esquina pletórica de gente, donde hablan en gran intimidad unos con otros, como si se conocieran de tiempo atrás, como si se hubieran visto desde que nacieron, no parece un trozo de calle, sino un rincón del paterno techo, donde los amigos y allegados se reúnen para deliberar algún plan salvador...

Y más se acentúa su sello familiar, cuando el carro tiene que abrirse, porque dos grandes carretas, tiradas por bueyes, se detienen para descargar la leña en la orilla de la acera.

Entonces, bien lo veis, esa calle de Madrid, con sus bueyes apacibles, con sus carretas y sus boyeros, a pesar de las altísimas casas de siete pisos que la bordean, no es, ni puede ser, una calle de ciudad: es solamente una estampa, tra-

bajada ex profeso para ilustrar con ella una égloga de Virgilio.

Pero sigamos adelante y demos vuelta a la esquina.

¿Qué pasa? Toda la gente está arrodillada... Los hombres se han quitado el sombrero. Algunas mujeres besan la tierra... Una campanilla argentina viene sonando por en medio de la calle. ¿Qué ocurre?... ¡Ah! Ya me explico: es el Viático. Hay un hombre moribundo en alguna parte de la ciudad, y el Señor va en su busca.

Me arrodillo también con respeto, y contemplo la escena.

Cuatro monaguillos vestidos con sus roquetes de encaje, abren la marcha; después de ellos vienen dos sacerdotes, llevando en las manos grandes cirios encendidos; y a cierta distancia de los sacerdotes, un coche avanza lentamente, con majestad. Dentro de él, otro sacerdote, lleno de unción y con los ojos cerrados, lleva, envuelto en la estola recamada de oro, el divino copón, donde van las hostias curativas que darán salud al cuerpo, si le conviene, o al alma, si le ha llegado la hora de emprender el vuelo.

Verdaderamente, la escena es emocionante.

Los *autos* y tranvías se han detenido; la gente continúa arrodillada e inmóvil; y en ese gran radio en que reina el silencio, la campanilla es algo más que una campana: es una voz que parece llamarnos a cuentas, una voz imprevista

y grave que en una vuelta de esquina nos detiene, nos coge por los hombros y nos recuerda nuestras culpas, esas culpas que tenemos todos, cubiertas con pesados paños, amortajadas entre viejo polvo que la pereza no quiere remover, endurecidas, que no se derriten con nada... Esa campanilla, esa voz inesperada que nos ha tomado por sorpresa sin darnos tiempo para apercibirnos contra sus ataques, comienza por lo primero: por arrancarnos un sincero golpe de pecho, que resuena fuertemente; y después..., ¡quién lo sabe!... Un obrero que está a mi lado, se lleva el pañuelo a los ojos... ¿Pero es posible dudar de la influencia que tiene ese primer escalón que se baja en toda escalera?... Pues bien, el primer escalón se ha bajado ya: nos hemos dado un golpe de pecho. Después... no sabemos lo que vendrá; pero lo que no está por ver, sino a la vista, es el espectáculo edificante que se desarrolla ante nosotros y del cual estamos formando parte.

Contempladlo entero y decidme: ¿no es una amplísima nave de iglesia ese trozo de calle donde gentes inclinadas besan el suelo y lo mojan con llanto?...

Responded vosotros.

Y decid también vosotros mismos si estas calles de Madrid, después de ver lo que estáis mirando, tienen algo de común con las calles de otras ciudades populosas o modestas.

Mas levantémonos del suelo, que ya el santo Viático pasó, y volvamos a casa para tomar un descanso.

El día se ha tornado caluroso; un viento fuerte y abrasador golpea las persianas de los balcones y azota los árboles de la calle. Cierro mis vidrieras para que el fuego de afuera no caliente más el interior de la casa, corro las cortinas, y en una media luz que es casi la sombra, me entrego a mis ocupaciones, almuerzo después, y espero que transcurran las horas terribles del mediodía y de la siesta. Durante ellas, ni una alma pasa por la calle. Nubes de polvo y de hojas arrancadas ascienden hasta las azoteas y nublan por momentos el espacio. Los pájaros que se albergan en los árboles deben de tener el pico abierto... Yo me doy aire con el abanico, recostada en el diván. De pronto, cierro los ojos: el sueño me ha vencido...

Cuando despierto, recibo una agradable sorpresa: llueve. Me levanto entonces, abro la vidriera y salgo al balcón para contemplar el aguacero.

La calle se ha rejuvenecido. Ya no hay polvo; los árboles recuperan el verde alegre que habían perdido, y en todas las puertas y ventanas hay personas que comentan jubilosamente la lluvia.

—¡Ya era tiempo! —exclama un trapero que pasa, después de lanzar su grito y sin impor-

tarle a quién habla—. ¡Ya era tiempo! *¡Parecía que Madrid s'iba a abrasá!...*

Efectivamente, parecía que Madrid iba a quemarse. Pero ahora la atmósfera ha refrescado, la respiración se facilita, la cabeza se despeja, las fuerzas vuelven.

Llueve por algunos momentos, y el aguacero se calma de pronto. Me alegro, porque pienso salir.

Mientras me preparo, el suelo se orea, y cuando pongo los pies en la calle, todo está perfectamente seco.

Indecisa, me pregunto adónde iré, y un orga-
nillo que toca ruidosamente a la vuelta de la
calle me indica que vaya hacia allá.

Pero antes de marcharme, echo una ojeada
en rededor, y observo.

Todos los que habitan la planta baja de las
casas han sacado sus sillas afuera, y al abrigo
de los árboles —porque en Madrid hay árboles
en casi todas las calles—, charlan, ríen, leen,
bromean; las mujeres tejen, bordan, arrullan o
visten niños recién nacidos, mondan fruta y
hasta cosen en máquina...

Las aceras están invadidas.

¿Y los viandantes? ¿Qué hacen los vian-
dantes?...

Lo indicado: bajarse a la calle cada vez que
es preciso, y esto sin protestar, con la sonrisa
en los labios, porque el madrileño no sabe de

enojos ni de rencores. Y he aquí la prueba: "Los comestibles suben", le dicen. "Pues ya bajarán", responde filosóficamente. Y entre tanto, paga por ellos lo que le piden (si lo tiene). ¿Que hay escasez de pan y éste sólo se consigue después de hacer una *cola* de media noche? Pues va a la *cola* pacientemente, sin olvidar su guitarra, y aprovecha ese tiempo para divertirse y divertir a los demás con sus coplas, con sus frases de ingenio, con su gracia, con su simpatía.

Por eso no protesta de que la acera esté invadida con sillas, sillitas y sillones, con cochecillos en que duermen bebés, con cacharros, con juguetes, con cestos y hasta con máquinas de coser...

El se baja tranquilamente y sigue su camino, satisfecho, pensando, eso sí, pensando como nosotros, que aquello no es una calle, sino un taller de costura, una *nursery* o simplemente la sala de una casa...

Y vayamos a la calle donde nos espera el organillo. Avancemos a lo largo y encaminémonos en busca de esa pianola ambulante que suena tan estrepitosa y alegremente.

Es seguro que los chiquillos estarán acudiendo de todas partes, como golondrinas, para saborear de cerca tan deliciosas notas. Vayamos allá cuanto antes, porque esos grupos de niños inquietos tienen un atractivo especial.

Bien pronto llego al sitio deseado; pero ¿qué

veo? No son los pequeños quienes hacen la fiesta: son los grandes. Mozas y mozos, enlazados airosamente, danzan con entusiasmo sano, ya vales cadenciosos, ya mazurkas, ya *fox-trots*.

De las vecinas casas han sacado sillas, y en ellas se ha colocado la gente que no baila. Los abanicos de colores aletean.

Todas las criaditas del barrio están allí. Los pequeños delantales bordados revuelan a cada paso de mazurka; las blusas de batista tiemblan con el viento; los cabellos se desahuecan; los lazos se aflojan; hay un vaivén vertiginoso de faldas oscuras y de medias claras...

¿Y los coches? ¿Y los *autos*? ¿Y las bicicletas?... O minoran la velocidad cuando pasan por allí, escurriéndose por un lado, o los danzantes les abren camino, francamente, como para decirles: "¡Pasad cuanto antes, y no sigáis importunándonos!"

¿Y la Policía? Pero ¿qué tiene que hacer la Policía con el pueblo madrileño?

Hay muchas esquinas sin guardias, tantas, que no se pueden contar; pero si a un guardia del orden público le toca en suerte presenciar un espectáculo de este género, sonríe beatíficamente, porque, ajeno al egoísmo, goza con el bien de sus semejantes, y cada paso que los bailadores dan, es como si lo diera él mismo...

¿Os enteráis?

Pues bien, no volváis a hablar de Policía, y permitid que esa calle de Madrid deje de ser una calle sin significación para convertirse en un salón de baile...

Y si os habéis cansado ya del baile y del salón, busquemos otras perspectivas. Precisamente estoy oyendo en este mismo instante un campaneo que me es muy conocido... Vamos allá. Cerrad los ojos y dejaos conducir. Pronto llegaremos. No hagáis caso del ruido ni de la gente que corre a la par con nosotros. Tened paciencia, que con ella se llega a todas partes.

¿Lo veis? Ya estamos aquí. Podéis abrir los ojos.

La función está empezada; hemos llegado un poco tarde; pero el hilo de la intriga no es para nosotros de mayor importancia: nos interesa lo demás. ¿Qué es ello? Los títeres.

El escenario está forjado en un cajón gigantesco que dos hombres llevan y traen por todas partes.

Donde les conviene, allí se instalan. Convocan a su público tocando una campana, y momentos después, empieza la representación.

El hombre que maneja los títeres es de una habilidad portentosa; y los títeres mismos son figurillas muy bien acabadas.

Pero veamos la representación. Aquel títere que está a la derecha, es Charlot; el de la izquierda, es la Bertini; el otro, Douglas Fair-

banks. Hay, además, un polichinela, un bolchevique y un perrillo de lanas. ¡Vaya un conjunto divertido!

Charlot está vestido de torero. La manzanilla se le ha subido a la cabeza, y creyendo ver un toro en el perrillo de lanas, trata de matar al animalejo, que es el favorito de la Bertini. La espada con que intenta el crimen es más grande que el matador, y la lucha que se entabla entre el bicho y el hombre produce en el público una hilaridad jamás presenciada.

Para defender al perro, la Bertini lucha con Charlot; para defender a Charlot, Douglas Fairbanks se arroja sobre la Bertini; para defender a la Bertini y a Douglas, el bolchevique reparte bofetadas a diestra y siniestra; para defender al bolchevique, el polichinela da palos a todos, y para que el sainete sea verdadera tragedia y termine como es debido, un gran caimán se mete de improviso en la escena y se devora al mundo entero...

El público aúlla, regocijado; y un guardia municipal, que se halla allí porque tiene buena suerte para todo, ríe como el que más, dejando que sus dos blancas filas de dientes se destaquen a satisfacción entre el negrísimo bigote.

El teloncillo ha caído, y la colecta se hace entonces con toda actividad.

El público madrileño, este público hidalgo que es libre, que se detiene donde quiere y que

cuando quiere se pone en marcha, no ha soñado jamás en desaparecer a la hora de una colecta de éstas. El que tiene dinero, da, y el que no lo tiene, no da; pero todos conservan su sitio y esperan un digno momento para retirarse si así les conviene.

Mas ya el platillo de la colecta y la cara del titiritero están rebosantes, el uno de monedas y la otra de satisfacción.

Entra el dinero en los bolsillos del artista, y la campana repica nuevamente. Es que viene la segunda tanda.

Los presentes se preparan a verla, frotándose las manos con júbilo visible; y nosotros nos retiramos ya. Pero no lo haremos sin decir:

—¡Vive Dios que esto no es una calle, sino un teatro de verdad!

¿Y para qué hablar de las verbenas, que ya en ésta o en la otra parte de la ciudad hay a diario y que transforman las calles en pistas de circo, en cinematógrafos, en cafés cantantes, en montañas rusas, en tíosvivos y hasta en fotografías?...

¿Y qué decir de los grupos que pasan cantando a cualquier hora del día y de la noche, o de los que dan conciertos corales, instalados el tiempo que quieren en una esquina o en el centro de una calle?

¿Y qué de las murgas, que lo llenan todo?

¿Y qué de los juegos cordiales, en que hom-

bres barbudos se persiguen como niños o dan vueltas, cogidos de las manos, mientras repiten el obligado estribillo que impone el juego?

¿Y qué de los gitanos que cruzan a veces por las plazas, tocando las panderetas y arrastrando por el cuello los osos o el monillo?

¿Y qué de esos típicos cortejos de bodas, que vemos con frecuencia invadiendo la acera, mientras los chicuelos van detrás, gritando a pulmón abierto: "¡Vivan los padrinos!... ¡Viva la novia!..."?

Convenceos: las calles de Madrid, aunque circulen por ellas diez mil automóviles y un millón de habitantes, no son las calles del resto del mundo: son rincones familiares donde podéis deteneros a saborear una fruta o a entonar una canción, siempre que os venga en gana, contando de antemano con la mirada benévola del guardia —si lo hay— y con la sonrisa acogedora del transeunte, en el cual hallaréis, estad seguros, un camarada servicial, un cariñoso amigo que os tenderá la mano a la primera palabra que crucéis con él.

VOCES DE AFUERA

A LA SEÑORA DOÑA AMALIA G. DE SALAVERRÍA.

Mi primer despertar en Madrid tuvo una graciosa sorpresa. Como hacía calor, había yo dejado el balcón entornado, y no bien abrí los ojos, cuando oí en la calle este grito sugestivo:

—¿Quién quiere dinero, quién, quién?...

A punto estuve de asomarme al balcón para dar la siguiente respuesta:

—Yo.

Pero al instante me rehice y me abstuve de hacerlo, porque el pesimismo —que es la sana razón— nos ha demostrado bien claramente que nadie va, así como así, regalando dinero por en medio de la calle.

¿Qué significaba, entonces, aquel grito insistente que lo llenaba todo y lo alegraba con tan insinuadoras promesas?

Lo más pronto que pude, me asomé para salir de dudas.

Una mujer del pueblo, cubierta completamente con un mantoncillo de tela delgada que ornaban largos flecos de colores vivos, iba ofreciendo por la acera ciertos papelillos que un fuerte viento pretendía arrebatarse.

—¿Quién quiere dinero, quién, quién?... La suerte *p'al* que le toque...

La mujer iba acercándose, y pude notar que eran muchos los que la detenían al paso para comprar su mercancía.

—¡El ocho mil ochocientos ochenta y ocho! ¡El más hermoso capicúa!... ¡La suerte, la suerte aquí va!...

Lo comprendí inmediatamente: era la billettera del barrio, que comenzaba la jornada.

Me guardé de comprar sus capicúas, porque yo no he ganado jamás en la lotería ni una moneda de cobre, y dejé pasar a la mujer para que fuese a engañar a otros más crédulos que yo.

Muchos eran los ilusionados que se detenían para tentar la suerte, porque en Madrid jugar a la lotería es una costumbre que se lega de padres a hijos, una necesidad que casi raya con la de comer. Ricos y pobres tienen puesta su esperanza en el *gordo*: los ricos para acrecentar su fortuna, los pobres para salir de pobreza. Pero el *gordo* es esquivo con unos y con otros. Y hasta parece que no le toca nunca a nadie... Al menos esta es la impresión que a mí

me causa; será porque tengo perdida la fe, ya que jamás he ganado, como antes dije, ni un céntimo de lotería.

No había yo acabado de hacer estos comentarios mentales, cuando un nuevo grito, repetido con gran actividad, me llamó la atención.

Volví el rostro hacia la izquierda para ver quién lo lanzaba, y al punto descubrí a su autor.

Era un hombrecillo delgado y nervioso, vestido con un traje de lienzo blanco, y calzado con alpargatas del mismo color. En vez de sombrero o de boina, llevaba un gran cesto redondo sobre la cabeza, y otros dos canastos de forma alargada colgaban de sus brazos. Tal era el hombrecillo. Y su grito llevaba en el acento y en la actividad con que era repetido, todo el sistema nervioso, toda la psicología de quien lo lanzaba.

He aquí ese grito, nunca oído por mí antes de entonces:

—¡De mar y de río! ¡De mar y de río!

—¿Por qué tanto misterio para anunciar una mercancía? —pensaba yo—. ¿No sería más práctico para el vendedor decir claramente lo que lleva? ¿Qué puede ser?

Pude observar, sin embargo, que lo que era un misterio para mí, no lo era para los madrileños, puesto que a cada momento el hombrecillo del cesto detenía su marcha para atender al pe-

dido que le hacía ya una vieja del pueblo, ya una muchacha, ya un mozalbete, ya un niño.

¿Que podía ofrecer ese hombrecillo de nieve?

—Pronto saldré de la duda —pensé al ver que el vendedor despachaba activamente su mercancía, y luego avanzaba a toda prisa por la calle.

Cuando estuvo debajo de mis balcones, dirigí con ansia los ojos hacia el cesto que llevaba en la cabeza, y vi dentro de él una aglomeración movable y rojiza de algo que no pude definir por el momento, pero que me causó una especie de horror...

—¿Qué es lo que vende usted? —le grité, no pudiendo resistir más tiempo mi curiosidad.

El dió unos cuantos pasos hacia el centro de la calle, porque venía por la acera, alzó los ojos, sonrió, y en vez de responder a mi pregunta, me hizo esta otra:

—¿La señora no es de *Madriz*?

—No —le dije—; pero quiero saber qué vende usted.

—Bien lo conocí —insistió el vendedor—. Porque a un madrileño le basta oírme para saber lo que llevo. ¿De dónde es entonces la señora?

—Ya se lo haré saber después que usted me diga lo que vende —le respondí.

—¿Lo que vendo? ¿Pero aun no se hace cargo la señora de que estos bichitos que van aquí son *cangrejos*? Vivitos están y bien fresquitos... De mar y de río los llevo. ¿Cuántos quiere la se-

ñora y de dónde los prefiere? ¡Dulcecitos, o salados?...

Confieso que mi horror creció al oír aquello, y más aún al ver esos confusos y rojizos montones de patas que se extendían, que luchaban, que protestaban o pedían misericordia...

—¡Líbreme Dios —le dije— de tenerlos en mi mano! Y ya que no puedo volver esos pobres animalejos a su mar o a su río, me guardaré muy bien de ser yo quien les dé su pasaporte para el otro mundo... Pero tome esa propina por el tiempo que ha perdido usted aquí.

El hombrecillo de nieve, que seguramente no había oído nunca semejantes filosofías, me miraba entre risas estrepitosas, y como alguna gente comenzaba a detenerse, abandoné a toda prisa el balcón.

Pero un nuevo grito, femenino y apremiante, me hizo salir poco después:

—¡De campo! ¡De campo! ¡Son de campo!...

Violentamente me asomé, y violentamente me arrepentí de haberlo hecho, ya que sólo fué para persenciar otro espectáculo del mismo género que el anterior, aunque con una ligera variante, pues las víctimas no eran ya cangrejos, sino conejos.

—¡De campo! ¡De campo! —repetía en todo momento la mujer, pretendiendo persuadir con esta explicación a los compradores empedernidos.

—Pues si no son del campo —dije a la vendedora—, ¿de dónde pueden ser los conejos?

—De cualquier corral malsano —me respondió inmediatamente la mujer—. Alimentados de mala manera, presos en jaulas y casi paralíticos, por no tener donde mover las piernas a su antojo. Convénzase la señora de la calidad de los míos. Son del campo y sólo del campo. Sus pieles lo están diciendo a la vista, y después, sus carnes probarán que es verdad cuanto digo.

Los conejos de la vendedora, atados de las patas y en un montón ignominioso, me miraban desde abajo con sus dulces ojos suplicativos, como para pedirme compasión.

Con el pensameinto quité a esos presos sus argollas, y cuando ya corrían en todas direcciones rumbo hacia su valle, dejando a la vendedora atónita delante del cesto vacío, volví en mi acuerdo.

—Perdone usted —dije mentalmente a la pobre mujer—. Perdone usted esta mala partida que mi corazón le estaba jugando...

Y abandoné el balcón a toda prisa para no seguir manchando mi conciencia con actos punibles.

Pero, lo confieso, los ojos de aquellos conejillos desventurados me persiguieron durante la mañana entera, y no me abandonaron ni a la hora de la comida. Concluída ésta, cuando me

retiraba ya del comedor, vi que llegaba hacia mí, radiante de júbilo, Anita, la cocinera.

—Espero —me dijo— que la señora habrá comido con buena gana, porque era de campo el conejillo que le serví. Muy de mañana pasó por aquí la mujer que los vende, y me apresuré a comprárselo. Por el gusto de sus carnes habrá visto bien la señora que era de campo y sólo de campo...

Desde entonces, siempre que oigo por la calle el comienzo de este grito, me tapo los oídos para no escuchar el resto...

Pero como los vendedores de Madrid desaparecen prontamente por cualquier esquina, poco molestan los gritos que nos causan daño.

El del trapero, por ejemplo, que es agudo y un tanto sostenido, sólo tres veces resuena en una misma calle. Quien se interese por ese hombre sabe de sobra que ha de salir a llamarle prontamente; de otro modo, cuando quiera buscarle, ya no le encontrará. El trapero va por todas partes como una exhalación. Y hace bien.

Pero hay un grito que me transporta a Grecia, ignoro por qué causa. El autor de este grito es un hombre que lleva siempre en la mano dos cantarillos de artística forma, aunque trabajados en un barro bien humilde, y su grito, rebotante de poesía, parece ofrecer un alimento para los dioses.

—¡Miel de la Alcarria! ¡Miel, miel de la Alcarria!...

He llamado al hombre muchas veces, y he comprado y bebido su delicioso néctar, imaginando estar, mientras lo saboreaba, en alguna montaña del Peloponeso, en el pleno corazón de la Arcadia... El hombre no sabe por qué le compro su miel, pero a vosotros lo digo: es para viajar por Grecia sin necesidad de billete ni de pasaporte.

Y para volver violentamente a Madrid, me ha bastado escuchar una voz que oigo siempre con gran placer, aunque su acento es monótono y hasta un poco caricaturesco. Es la voz, casi afónica y muy baja, de un viejo filósofo que, así llueva o truene, pasa murmurando su relación, siempre igual, como si fuera un rezo:

—Los bonitos poemas de Campoamor, a veinte céntimos. *El tren expreso. La historia de muchas cartas... La guía de Madrid. El matrimonio de una andaluza y un gallego: risa para todo el día. Los piropos. Los colmos. Los apuros y las fatigas de un paleta en Madrid. Los mejores modelos para escribir cartas de amor. El consultor del destino. El relicario. La canción del Waya-Wais...*

Sería interminable si yo pretendiera citar el catálogo completo de los cuadernos y hojillas sueltas que va vendiendo este hombre típico, tan especial, tan madrileño.

Escuchar su voz es como recorrer Madrid, entrando a la Puerta del Sol por la calle de Alcalá, y saliendo después por Carretas, para internarse en Atocha y seguir por Lavapiés.

Este hombre es como un símbolo; toda la vieja Madrid está representada en él.

¡Y vaya si vende! Por la calle lo asaltan todos, y cuando le llaman de alguna casa para comprarle los *bonitos* poemas de Campoamor, el vecino de la derecha le pide la *Guía*, el de la izquierda los *Colmos*, un estudiante que vive enfrente los *Piropos*, una doncella, la *Canción del Waya-Wais*, que es la que está de moda, y cuando ya baja para salir, la hija de la portera le detiene y le compra, a hurtadillas, *Los mejores modelos para escribir cartas de amor...*

Este hombre es el indispensable en las calles de Madrid. Lo necesita el provinciano, si no quiere perderse en la ciudad; el galanteador de oficio, si desea aprender el floreo de ingenio; la niña iliterata, que no es capaz de dar el *sí* por su propia boca, sino que ha menester para ello de *Los mejores modelos...*, etc.; el mozalbete que quiere la risa para todo el día; el grafológico-maníaco, que gusta de consultar su destino; el poeta, que a través del pésimo papel de la edición, sabe encontrar, siempre joven, al viejo Campoamor; el chiquillo, que se aprende de memoria los *Colmos*; el madrileño experto, que se divierte con las ingenuas ridiculeces del pa-

leto; la cancionetista de bohardilla, que anda siempre a la caza de la nueva letra para las nuevas coplas; todos esperan algo de él.

Yo he adivinado en su rostro tranquilo la perfecta seguridad que abriga de no morir de hambre. Madrid le sostiene, y él sostiene a Madrid; la ciudad y el hombre se completan. Quitar de en medio a este vendedor, sería tanto como echar abajo la fuente de la Cibeles, tanto como raspar la pátina que ha dejado el tiempo en los viejos monumentos de Madrid. Este hombre es y debe ser inmortal, como la ciudad que le ampara.

Pero demos paso a la florista campesina, que es la que a mí me interesa más; porque la otra, la florista de la ciudad, no tiene voz, sino que se dedica en silencio a prender sus claveles en las americanas de los caballeros, o a ofrecer sus diminutos ramos, interceptando el paso de los transeuntes.

La florista campesina, que no va peripuesta, sino ataviada sencillamente con una falda obscura y un pañolillo en el pecho, lleva en cada brazo un enorme canasto rebosante de flores. Por el grito se la conoce a distancia:

¡Rositas, rositas,
de olor, y qué bonitas!...

Su voz es dulce, melodiosa; evoca el canto del pájaro y el correr de los arroyuelos.

En los cestos lleva lilas, claveles, geranios y, principalmente, rosas. Por veinte céntimos, o por diez, la florista hunde sus manos morenas en el cesto, y os da un hermoso manojo de flores variadas, donde tiemblan aún las gotas de rocío. Porque las *rositas de olor* que lleva, fueron cortadas al despertar de ese mismo día, cuando aun estaba obscura la mañana...

Esta florista campestre es la alegría de la calle. A mí me parece que se marcha más pronto que los otros vendedores; pero después que ella parte, queda su estela: un fuerte perfume de lilas recién cortadas...

—Por aquí ha pasado la florista —dice el afilador, poco después.

Y como para llorar su partida, se lleva a los labios el caramillo, y deja escapar las cuatro notas de su lamento.

Una gran dulzura se extiende en el ambiente. Mucha es la poesía de la calle en ese instante; pero ya viene a desvirtuarla un personaje extraño, casi estrambótico.

Es un hombre regordete y bajo, vestido de negro, con sombrero de fieltro del mismo color, y una maletilla oscura en cada mano. Cualquiera diría que este caballero va a tomar un tren para salir de viaje; pero no hay tal cosa: el caballero enlutado anda en su negocio. ¿Qué es lo que vende? Nada; este caballero no vende; por el contrario, compra. Y si no lo creéis, oídlo:

—¡Compro plata y oro! ¡Compro dentaduras!...

Sí; compra dentaduras... ¿Os estremecéis? Lo comprendo, porque yo también me estremezco.

Cuando pienso que dentro de esas maletillas que lleva en la mano, puestas en series, amenazadoras, espeluznantes, van algunas filas de dentaduras descubiertas, mostrándose unas a otras, como si estuvieran dispuestas a destruirse en el primer momento que les venga en gana, siento calofríos. Y luego... mi imaginación me lleva más lejos aún. He visto al hombre negro de las maletas salir de la ciudad cuando ya se acaba la luz, salvar unos altos bardales y penetrar en un recinto cerrado lleno de cruces... He asistido después a su tarea fatigosa al excavar la tierra, y luego... ¿para qué seguir? Bien adivináis el resto, bien comprendéis que ese hombre no ha salvado nuevamente esos bardales sin llevar en los bolsillos tres, dos, o, por lo menos, *una* dentadura...

Comprendo que estas inmaginaciones macabras constituyen un crimen, y procuro por eso arrancarlas de mi cerebro. Porque seguramente ese hombre honrado no ha soñado jamás en transponer los umbrales de un cementerio para ir en busca de su mercancía; es indudable que se la proporciona por medios legales. ¿Cómo? Recorriendo las calles de la ciudad y demandándola a voces. Mirad, si no, hacia aquel balcón:

hay en él una señora enlutada que acaba de hacerle una seña. El hombre se vuelve, entra en el portal y desaparece. La escena en el interior de la casa puede suponerse.

—Mi marido ha muerto —dice la señora—, y... ¿qué quiere usted? Estamos pobres... La necesidad me obliga a vender cuanto era de él... hasta su dentadura...

El comprador vacila, porque el precio que se pide por la pieza es alto; pero, al fin, hay un arreglo entre los dos contratantes; y el hombre de las dentaduras sale de allí con una más... Ya veis que los medios son permitidos.

¿Qué hace después ese hombre con su mercancía? ¿Adónde va a venderla? Porque yo no he oído nunca que la ofrezca por las calles. ¿Qué hace entonces?... Un gran silencio cae sobre él, y nada más se sabe. Sin embargo, mi imaginación podría seguirle hasta descubrir sus combinaciones... Pero dejemos ya tranquila a mi víctima, y cedamos el paso a *Perico*.

¿Quién es él?

Perico es el borriquillo del verdulero.

Si queréis habas verdes, espinacas, tomates, repollos, escarolas o judías, esperad solamente que una voz cariñosa y casi enternecida, lance en la calle esta simple exclamación:

—¡Arre, *Perico*!...

Entonces ya lo sabéis: *Perico* ha llegado; *Perico* está ya abajo esperando vuestras órdenes.

Momentos después, una verdadera nube de muchachas cuyo principal adorno es el delantalillo blanco, baja de todas las casas con la cesta al brazo, para rodear a *Perico* y ayudarle a descargar sus verduras.

El cuadro es interesante, porque nadie se acerca al borriquillo sin pasarle una mano por la frente o por el cuello. Los niños piden que se les levante para darle un beso. No falta quien le lleve un trozo de pan o un terrón de azúcar, ni quien entable un diálogo con él o haga el justo elogio de sus ojos aterciopelados.

Perico es agasajado de mil modos, y la venta es estrepitosa. Las cornetas de los automóviles y el ruido de los coches y carros, no logran apagarla. Una muchacha se queja de que el peso de los guisantes no es exacto; otra pide que se le cambien los tomates; la de más allá regaña con el verdulero porque no ha traído acelgas; la otra no quiere cierto repollo, porque está *picao*...

—¡Pero *vamo*, rica —dice el vendedor, que es sevillano—, tome *uté* el que *má* le agrade!

Y las manos vienen y van sobre los cuévanos que está cargando *Perico*.

La actividad es grande; pero poco a poco la venta va minorando; y cuando ya no queda ningún comprador, el verdulero guarda sus balanzas, ajusta bien las correas que sostienen los cuévanos sobre el lomo del borriquillo, y dando

en el anca de éste una palmada cariñosa, lanza nuevamente su grito estimulante:

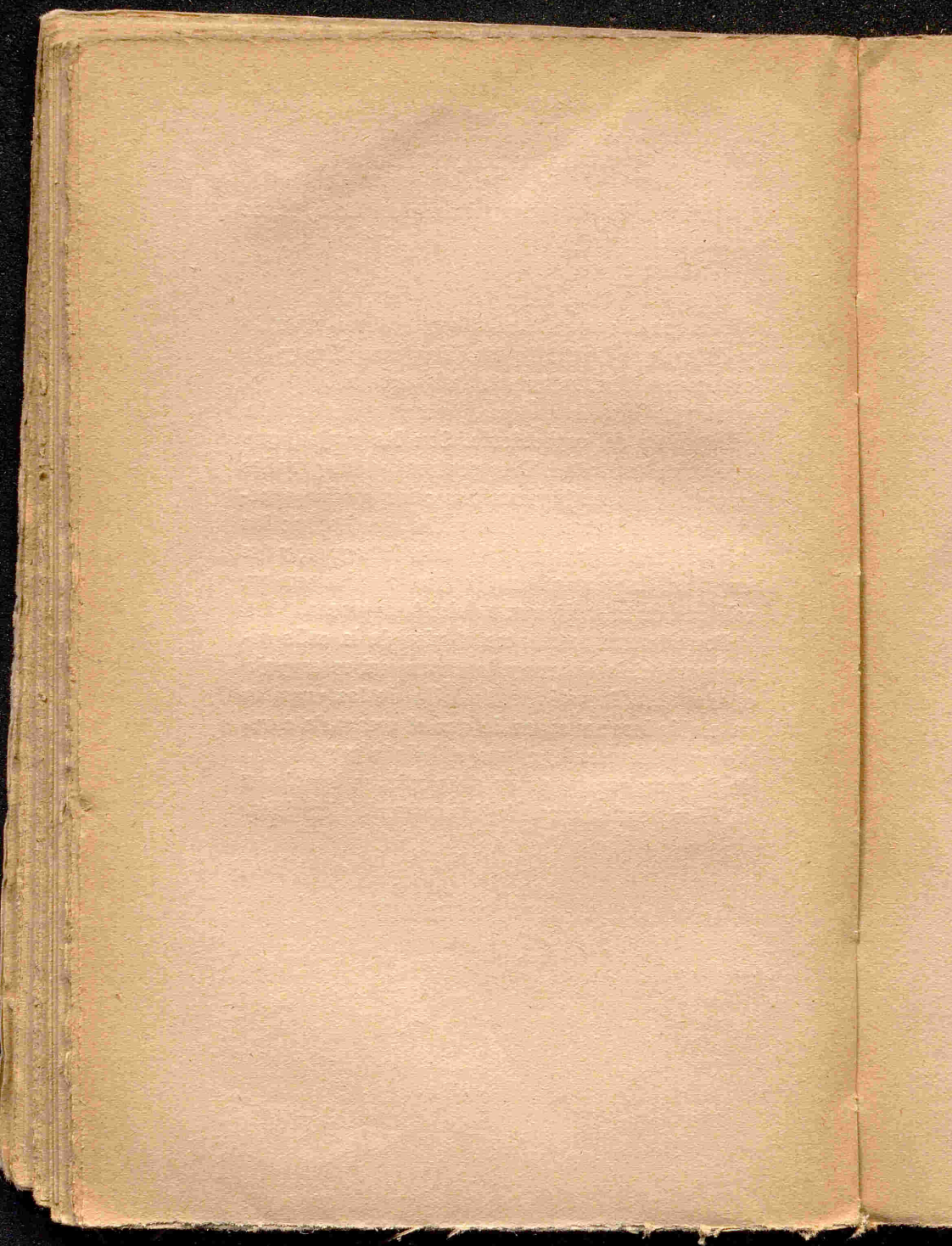
—¡Arre, *Perico*!...

Y *Perico* parte.

Mas entonces un armonioso tintineo nutrido y dulce, que habla de tendidas campiñas y de extensos valles, inunda la calle entera...

Sé muy bien lo que es, y me asomo al balcón para gozar del espectáculo. Son las ovejas, que vuelven a la ciudad. Tres pastores y dos grandes perros oscuros las conducen; los corderos pequeños van balando como niños que lloran; las madres responden con una voz más segura, y las esquilas, inquietas, cambiantes, funden en un solo rumor cristalino sus dulcísimas voces.

Por algunos momentos el piso de la calle semeja un cielo aborregado cuyas nubes empuja el viento... Después, el retintín de las esquilas va alejándose; y antes de que el escenario cambie completamente, cierro el balcón y me alejo de él, para conservar un poco más en los ojos y en el recuerdo, la poesía de ese cuadro bucólico.



LA MURGA CALLEJERA

A LA SEÑORA DOÑA MERCEDES
M. DE MARTÍNEZ MURILLO.

—Precisa mucho —se me dice—. Hay que acabarlo cuanto antes...

—¿Qué es lo que precisa? —me preguntaréis.

Nada que sea de interés; pero lo que importa es que lo acabe... Y aquí me tenéis, con el lápiz en la mano, escribe, y escribe...

Yo bien quisiera volver la cabeza para contemplar tantos árboles floridos como se ven desde mi balcón, tantas golondrinas como pasan revolando, tantas nubes viajeras que van cruzando lentamente por el cielo. Pero ya lo habéis oído: *hay que acabar*.

Renuncio, pues, a todo, y me aplico a escribir, sólo a escribir.

Bien me molesta un aberrojo que se agita en mi rededor y que no deja de zumbiar ni un solo instante. Más de una vez ha golpeado mis sienes con sus alas. Habrá que arrojarlo de aquí. Pero ¿tengo derecho a suspender un trabajo que tanto precisa? No puede ser. ¡Que haga el abejorro lo que quiera!

Y milagrosamente el bicho se instala de pronto sobre un libro, y queda en meditación. Hay que decir que ese libro es el *Kempis*. ¡Lo que puede un libro hermoso!... Pero ¿qué es lo que hago? Tengo los ojos puestos en el hermoso tomo y en el animalejo... ¡Y el trabajo, abandonado! ¡Vaya una inquietud!... Encauzo nuevamente mis dispersas ideas, y vuelve mi mano a correr sobre el papel. Ya estoy de nuevo en lo que debo estar. Tranquilizo, pues, mi conciencia y ¡a escribir!

Esto es; así va bien... No me parece muy mala esta imagen. Creo que acabo de acertar con la palabra precisa...

Pero ¿qué es lo que se oye a lo lejos? ¡Ah, sí! Es una música. ¿Serán soldados? ¿Quizá el paseo de algún circo? ¿Tal vez el anuncio de un cinematógrafo que se abre al público? ¿O acaso una de tantas murgas ambulantes que recorren las calles en estos veranos madrileños, tan llenos de luz y algarabía? Sí, eso tiene que ser: la murga callejera. Y ¿de cuántas personas se compondrá?

A veces, una murga de éstas sólo está formada por cuatro ciegos que rascan el violín, y por un hombre de vista sana, que toca el contrabajo y que, en los intermedios, guía a sus compañeros, todos cogidos del brazo, entre el dedalo de calles inquietas y bullangueras, donde la gente se mueve y grita con la misma confian-

za y libertad con que lo hiciera dentro de su casa.

Otras veces la murga se compone de un viejo flaco y alto, que toca la corneta, mientras un pequeñín de porcelana, que no levanta del suelo más de lo que levanta una flor, abre sus labios frescos para lanzar al viento la copla risueña, sentenciosa a veces, y a veces también, desgarradora. Todos aplauden a esa criatura de alfeñique; y las monedas caen en abundancia sobre el platillo que tiende aquella mano de juguete, aquella mano diminuta y pálida que se alza para pedir protección y ternura.

La murga se compone a veces de tres mandolinistas y un tocador de guitarra; o bien de una viola que pulsa un pobre cojo, y de una triste mujer que le acompaña, cantando con plañidera voz las tonadas que la moda impone. ¡Cuántos músicos ambulantes recorren las calles de Madrid!

Pero esta murga de hoy parece estar integrada por muchas personas. El estrépito aturde. Oigo un cornetín, una tambora, platillos, la voz muy bien timbrada de un tenor, un triángulo, cascabeles, una gaita...

Vistosa estará la murga. Quizá los artistas lucen trajes típicos de alguna región.

Habrá que verles cuando lleguen al pie de mis balcones. Desde luego, lo que más importa es alistar el dinero que he de darles.

Abro el cajón de mi mesa, cuento unas cuan-

tas monedas y las envuelvo en un papel; después, ato el paquetillo con un bramante, y lista la dádiva, tomo el lápiz y continúo mi trabajo.

La música es insinuadora; se oye también el murmullo de la gente que rodea y aplaude a los artistas. La calle está convertida en una feria. De buena gana arrojara yo mis cuartillas al cesto, y me lanzara hacia el balcón para gozar del espectáculo. Pero no debo hacerlo; mi trabajo precisa. Empuño otra vez el lápiz y llevo la mano al papel. Mas... hay que confesarlo: todas mis ideas, todos mis pensamientos semejan otras tantas personas que han bajado a la calle para unirse al corro. Los instrumentos ríen, lloran, se burlan, se quejan... Los ejecutantes ponen en ellos sus cinco sentidos y su completa individualidad. Se diría que el hombre del triángulo es un personaje delgado y alto, con las cejas angulosas; una especie de don Quijote. El que toca la tambora debe de ser regordete y bajo, como el escudero Sancho Panza. Ojos de enamorado tendrá el que canta con tan hermosa voz; el de la gaita será un poético aldeano de los campos de Galicia, y el de los platillos, algún mozuelo juguetón, que se burla de la vida y de la muerte...

La murga es llamativa y tiene absortos a todos (a mí la primera). No sé cuántas piezas han ejecutado ya los artistas, ni cuánto tiempo hace que les escucho; sólo sé que, después de algunos

silencios, han ido avanzando por la calle, y que ahora están ya debajo de mis ventanas.

Retiro, por fin, las cuartillas, suelto el lápiz, tomo el paqueterillo de las monedas, y me lanzo hacia el balcón...

La calle es un mar de gente, y entre ese mar los músicos desaparecen. Sólo porque sus notas vibran, se sabe que están allí. Les busco ávidamente por la derecha, por la izquierda, por enfrente, por abajo de mis balcones... Pero nada se ve. Parece cosa de encantamiento. La gente les rodea, les envuelve... ¿Dónde están? ¡Ah! Ya descubro a uno de ellos: es el que lleva la tambora, un hombre regordete y bajo, tal como yo lo imaginé... Pero ¿los demás? ¿Dónde se han metido?... —digo en alta voz y en el colmo del asombro—. ¿En dónde están los otros músicos?....

En ese momento oigo una voz a mi lado que dice:

—Pero, señora, ¿que otros músicos está usted buscando? ¿No se hace usted cargo de que no es sino uno solo el músico que toca?

Quien habla es mi doncella, una rubia madrileña, que nació en la calle de Alcalá, y que conoce al dedillo su tierra.

¿Un solo músico, ha dicho? Sí; *un solo músico*; y puesto que ella lo afirma, hay que creerlo.

Examino el caso con la atención que merece, y me doy cuenta de él.

Esa murga, esa orquesta que yo juzgué tan numerosa, no se compone sino de un solo hombre. Y la explicación es ésta:

El artista lleva consigo todo el peso de los instrumentos que su cuerpo ha podido soportar. En la espalda carga la tambora, debajo de los brazos van los platillos, en las rodillas tiene los cascabeles, de su cuello pende el triángulo, a flor de sus labios está la voz, caliente, apasionada, vibrante, persuasiva; y como si esto no fuese ya bastante, lleva en las manos un maravilloso acordeón, de donde parecen surgir violas, violines, voces quejumbrosas, pífanos, gaitas... todo el murmullo de una fiesta pastoril bajo los árboles...

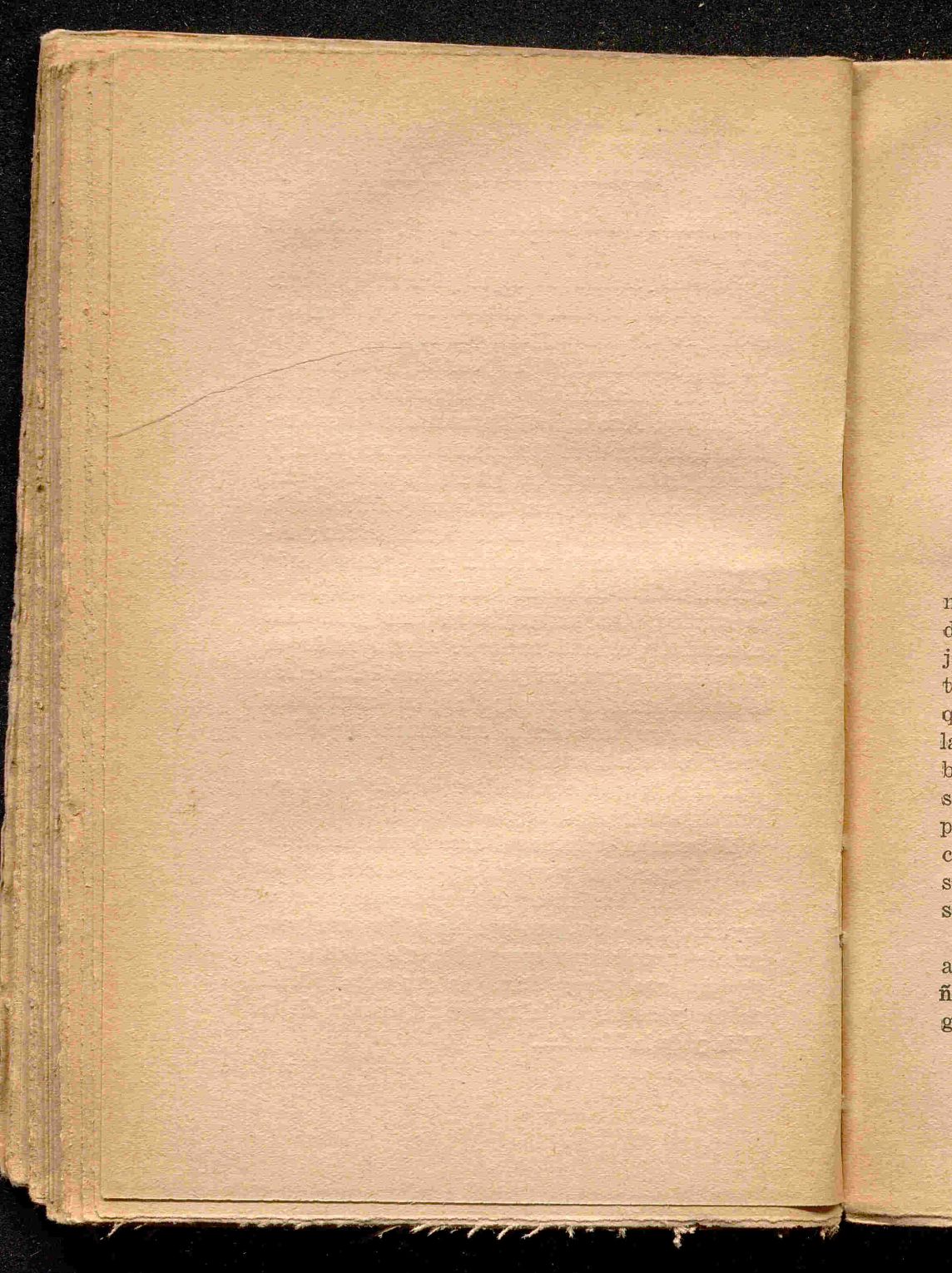
El músico maneja sus instrumentos con una habilidad nunca vista. Golpeándose las costillas con los brazos hace sonar los platillos, si agita las piernas suenan los cascabeles, si se inclina, el triángulo queda en el aire y el artista aprovecha el momento para golpearlo con una pequeña vara de metal que cuelga del acordeón; el mecanismo con que toca la tambora, parte de los codos, y estirando con las manos los mágicos fuellecillos, el acordeón provoca en sus oyentes una amplia escala de emociones, desde la profana y alegre de la jota al aire libre, hasta la mística y devota que se escapa por una puerta de iglesia...

El público, enloquecido, aplaude y estimula al músico.

Pero es ya tiempo de que yo le arroje desde el balcón el paquetillo de monedas que le guardo. Agito el pañuelo, para que se entere de que en este balcón hay una persona, y cuando él vuelve la vista hacia mí, le muestro el paquete del dinero. Pero el hombre, sonriendo significativamente, mueve la cabeza en señal negativa, y, sin suspender sus notas, gira ante mí despacio, y me muestra la gran tambora que lleva a la espalda... En ella, escrito con letras azules y rojas, hay un vistoso letrero... ¡Ah! ¡Comprendo ya! El artista no es un pordiosero que vive de la caridad, sino un empleado. Una gran casa comercial, que está haciendo mucho ruido en esta plaza, le tiene asignado un sueldo. Por eso el artista muestra con orgullo la tambora, donde está vistosamente escrito un anuncio sugestivo, que dice de este modo:

... Pero no; este artículo no puede ser, a su vez, otro anuncio; debo, pues, callar.

Y vosotros, lectores míos, conformaos con no ver el letrero azul y rojo; pero no os conforméis con no escuchar las armonías deliciosas que va esparciendo, a su paso por las calles, este personaje encantador y encantado, este hombre optimista, que parece reír, con sus notas, de sí mismo y de todos, del loco y del cuerdo, de la Vida y de la Muerte...



n
o
j
t
q
la
b
s
p
c
s
s
a
ñ
g

LA VIDA Y LA MUERTE EN LOS JARDINES DEL RETIRO

A VANDA DE GORJUX.

Como aquí, en Madrid, sólo se va a los jardines del Retiro cuando es propicio el tiempo, es decir, cuando el buen sol se posa, como los pájaros, sobre todas las arboledas, cuando la brisa tibia y perfumada es como abanico de plumas que acaricia el rostro, cuando en los chorros de las fuentes se irisa la luz y en los camellones brotan rosas, geranios y claveles provocando la sonrisa, que es al mismo tiempo regocijo, vida y paz, no concebimos que la Muerte se atreva a cruzar por aquellos senderos, burlando así la sana y dulce alegría del recinto acogedor y de sus visitantes.

Y menos aún concebimos que allá, en lo más alegre del parque, donde el júbilo de los pequeños (y de los grandes también) se desborda en gritos y en argentinas risas; allá, frente a las

jaulas de los monillos, que hacen cabriolas para despertar el aplauso de su público; frente a los leones que imponen la admiración; ante los osos, que representan la fuerza, y ante los mirlos, cuyo dulcísimo canto desarma y esclaviza a quien lo escucha, no se concibe, repetimos, que la Muerte, la taciturna, tenga alguna tarea que desempeñar en esos lindos sitios de arrobamiento.

Pero ¡ay!, de sus garras no se escapa nada, ni la Casa de Fieras. Porque la Muerte es más fiera que todas las fieras juntas. No hace, pues, mucho tiempo que la Parca, fastidiada quizá de andar a pie, se presentó en aquellos jardines para llevarse un camello.

Acaso algún caminante que la encontró después en apartadas veredas, identificó la cabalgadura, mientras se signaba amedrentado, exclamando con temblorosa voz:

—Es el camello del Retiro...

En efecto, el pobre camello, que era amigo cariñoso de todos los niños, que les esperaba ansiosamente, que oía sus palabras con atención y enternecimiento, comenzó una mañana a entristecerse, a inmovilizarse, a hundirse en extraña somnolencia...

Era que ya la Muerte había fijado sus ojos en él.

Días más tarde, la Intrusa se presentó por su presa, y el camello salió de aquellos poéticos y luminosos jardines, para ser conducido por ve-

redas obscuras, llevando en sus lomos a la Muerte...

La jaula quedó vacía; daba pena ver ese rincón abandonado. Algún tiempo después, la Vida, que lo invade todo, hizo que el Rey donara a la Casa de Fieras, no uno, sino dos hermosos camellos; y el hueco abierto por las uñas impías, volvió a llenarse.

Había, además, en esos sitios alegres un pintado cocodrilo que formaba las delicias de todos. Era un lindo regalo del Príncipe de Asturias. El animalillo contaba apenas un año de existencia; pero en ese año había sabido robar la simpatía de cuantos visitaban el parque.

—Si no tomáis la medicina —decían los papás a los niños rebeldes— no volveréis a ver el cocodrilo...

Y esa amenaza era como la varita mágica que echaba por tierra los más fuertes baluartes. El niño bebía la poción a toda prisa, y su sacrificio quedaba ampliamente compensado al acudir después a los jardines para contemplar los juegos que hacía la luz sobre la verdosa piel del cocodrilo. ¡Cuánto se le quería!

Pues bien (¡oh, qué triste suenan estas dos palabras; parecen un presagio!); cuando el gracioso cocodrilo estaba más contento de sentirse amparado por la Vida, la Muerte se presentó...

Oid la noticia: "El cocodrilo del Retiro ha

sido el tema de todas las conversaciones. Para curarle del mal que le atacó, se hicieron los mayores esfuerzos. Desde que el animal ingresó en el parque, se le destinó un estanque con agua caliente, en el que hay calefacción central y en el que se echaba todos los días agua fría para templarlo. Se le había variado con frecuencia el régimen alimenticio. Al principio se le servía medio kilo de carne picada, y últimamente se le daban pescadillas y lenguados frescos. Mas todo ha resultado inútil, porque el animal se empeñó en no comer. Al llevarle el alimento, el empleado le daba un palo en la cabeza (¿lo oís bien?) para que abriese la boca, y en ese mismo instante se le introducía la comida por medio de otro palo-tenedor. Pero a poco tiempo se veía que el cocodrilo volvía a depositar en el suelo cuanto había tragado. Se le echaron peces vivos en el estanque; pero no los tocaba. Casi todo el tiempo lo pasaba dentro del agua. El veterinario le reconocía diariamente, exclamando después de cada examen: "Va peor; mucho peor..." Hasta que una mañana, al ir el empleado en su busca, encontró que el animal estaba ya sin vida."

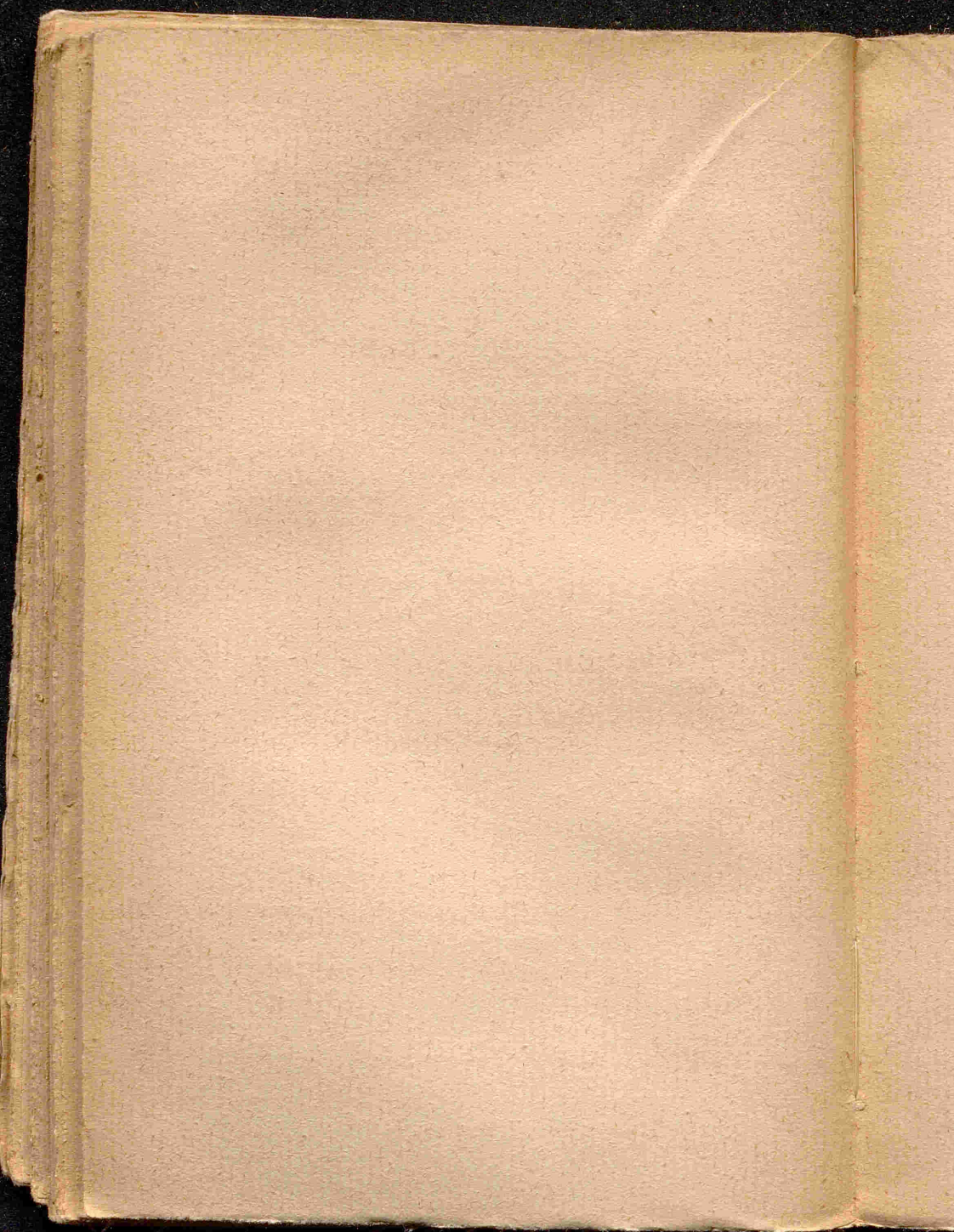
Era, quizá, que la Muerte, cuya fantasía supera a todo, se había llegado por la noche a los jardines para hacer un ensayo ecuestre, cabalgando sobre el cocodrilo...

.....

He allí otra gran jaula que... se habitará de nuevo, y de nuevo quedará vacía.

Porque la Vida y la Muerte están trenzándose sin descanso, como los hilos en el telar.

¡Lástima que de esta ley no se hayan escapado los hermosos jardines del Retiro!...



UNA REGOCIJADA LECCIÓN DE GRAMÁTICA

PARA ANA MARÍA TIJERINA.

No pocos años hace que levanté mi tienda en la hermosa Madrid. Y tan luego como terminé de ataviar con acuarelas los muros de mi retiro y de velar las ventanas con visillos bordados, cuando ya me vi en quietud y dueña de mi tiempo, el más femenino de los pensamientos me asaltó de pronto: confeccionar unos almohadones de batista, adornándolos con entredoses de encaje. Y como yo, al punto que pienso una cosa, en el acto la pongo en práctica, me acomodé el sombrero, tomé la sombrilla y me lancé a la calle en busca de los necesarios y deseados *embutidos* — como generalmente se llama en algunos países a los entredoses.

Un tranvía me llevó bien pronto a la Puerta del Sol, que es el centro de Madrid, y una vez en ese sitio, me dirigí por mi propio pie hacia

las calles de Toledo y del Arenal, donde hay profusión de tiendas de telas.

—Entraré en la primera que encuentre —pensé— para volver cuanto antes y comenzar la deseada labor.

Mi fantasía me presentaba los almohadones ya concluídos, más blancos que la nieve, más calados que la Alhambra de Granada, artísticamente incrustados por los embutidos... Estos me obsesionaban.

—Tienen que ser bien anchos —monologaba yo en silencio—; con un dibujo lleno de novedad.

Habría donde elegir al hojear los muchos muestrarios que me enseñarían.

—Tendré que volverme loca si pretendo escoger —pensaba en silencio.

Y aun antes de ver los embutidos ya sentía el mareo de la elección...

—Cerraré los ojos y tomaré el primero que toque —acabé por decir—. Lo que importa es volver con él cuanto antes.

Y, adoptada esta resolución, entré en la tienda más próxima.

Un amable dependiente vino con prontitud hacia mí.

—¿Qué desea la señora? —me dijo.

—Una cosa muy sencilla —le respondí, también con afabilidad.

—¿Qué es ella?

—Unos embutidos.

El dependiente me vió con asombro.

—¿Ha dicho la señora...?

—Unos embutidos —le repetí, pronunciando claramente la palabra.

Volvió el dependiente a dirigirme un mirada de extrañeza, y como viese que yo permanecía imperturbable, hizo de nuevo la pregunta, indicando con ello que no le cabía en el juicio mi deseo.

—Quiero unos em-bu-ti-dos —afirmé por tercera vez, dividiendo la palabra en sílabas y acentuando éstas con fuerza mayor.

Y como el asombro del dependiente continuara, le dije con impaciencia:

—Pero ¿es que usted no sabe lo que son embutidos?

—¡Vaya si lo sé!...

—¿Entonces?...

—Es que yo no comprendo por qué la señora se empeña en comprar embutidos en una tienda de telas.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Pues en dónde se venden aquí los embutidos?

—Pero ¿es que... realmente, no lo sabe la señora? ¿Es acaso extranjera?

—No soy de aquí —le dije simplemente.

—¡Ah! Me lo explico entonces... aunque no del todo... Pero, en fin. Para que la señora encuentre a satisfacción los embutidos que desea, tendrá que dirigirse a la calle del conde de Aran-

da. Allí, precisamente al lado de la esquina, en el número nueve, la señora encontrará lo que busca.

Di las gracias al dependiente, y me marché hacia la calle indicada. Mucho tardé en llegar a ella, porque el rumbo es bien distinto; pero al fin me vi allí. Busqué cuidadosamente el número que me interesaba; mas al dar con él y deletrear el rótulo de la casa... me fuí para atrás de sorpresa...

Aquel letrero decía lo siguiente:

Expendeduría de idiomas y talentos.

¿Lo habéis oído bien? Pensé que el dependiente de la tienda de telas, desagradado quizá por mi insistencia en buscar embutidos donde no se venden, me había remitido a una academia de enseñanza.

—No entiendo —exclamé casi en alta voz y con tono de disgusto—, no entiendo por qué se me envía a una escuela para buscar embutidos.

—¿A qué escuela se refiere usted? —me preguntó con sencillez una joven que pasaba.

—A esa que estamos viendo las dos; a ese plantel que pregon a los idiomas y los talentos.

—¿Qué es lo que desea usted buscar allí?

—Unos metros de embutido.

—¡Unos metros!...

—Sí —repetí.

—Nunca pensé que el embutido se pudiese comprar por metros... Pero... si usted necesita

esa gran cantidad, allí podrán vendérsela mejor que en otra parte.

—¡Embutidos en una escuela!

—¡Pero si eso no es escuela, señora!

—Pues ¿qué puede ser?

—En yendo... lo aclara usted al instante.

Crucé la calle a grandes pasos, y entré en aquel local.

Un salto de sorpresa me hizo retroceder.

Aquello no era escuela, ni instituto, ni academia; era, por el contrario —y preparaos a escuchar la palabra más vulgar y prosaica que pueda herir vuestros oídos—, era... una salchichería.

A la derecha, colgadas en larguísimas cuerdas, se veían cuatro hileras de lenguas de toro, que parecían burlarse de mi desesperación; y a la izquierda, pendientes del techo, y sonriendo beatíficamente, diez lechones me observaban con socarronería...

—Si esto no es academia —dije al dueño del establecimiento—, ¿por qué en el rótulo que hay afuera se habla de talentos y de idiomas?...

—Se explica perfectamente —me respondió con aplomo aquel hombre—. ¿No están hablando de idiomas todas esas hermosas lenguas que allí vemos colgadas en fila, y que parecen esperar su momento para dar una lección?...

Y al decir de este modo, el hombre sonreía con la misma sonrisa beatífica y socarrona de sus lechoncillos.

Sin poder aún permitir que mis labios se plegasen a la risa, añadí:

—Pase lo de los idiomas; ¿pero eso de que se venden aquí *talentos*?...

—Nada más cierto, indudablemente —me respondió con amable cinismo el salchichero—. Si la señora tiene la bondad de dirigir sus ojos hacia aquellas cuerdas, podrá ver claramente que lo que cuelga de ellas no es cualquier cosa.

Volví la vista hacia el fondo, y vi, pendientes de otros cordeles, muchos trozos informes, blanquecinos, pequeños, esponjosos, de apariencia blanda...

—No comprendo lo que puede ser esa especie de ratoncillos...

—¡Por favor pido a la señora que no desprecie mis mercancías! Preciso es ver que cada trozo de esos no es uno, sino muchos y muy variados talentos.

—¡Acabe usted, por Dios! —le dije—. Ya es tiempo de que explique lo que son esos trozos... que parecen de armadillo...

—¿De armadillo?... ¡Quiá! Si son ellos precisamente los que hacen decir a la señora tantas cosas de ingenio...

—¡Vamos! No me desespere usted, y aclare de una vez lo que son esos bofes imposibles.

—¿Bofes?... No me cabe duda: acaba usted de comer un plato de ellos. No hay sino oírla...

No pude ya retener la risa, y la dejé escapar.

Por algunos momentos nadie se ocupó sino en reír. Aquello parecía la fiesta del regocijo.

—¡Basta ya! —exclamé de pronto, preparándome a salir—. Pero diga usted, por fin, el nombre de esas carnazas incoloras que usted llama talentos.

—Sólo por tratarlas tan despectivamente —me respondió—, merecía la señora quedarse con la duda; pero no seré yo, madrileño de pura cepa, quien deje de hacer lo que le pide una dama. Sepa, pues, la señora, que esas viles carnazas que yo llamo talentos, porque del cerebro han venido y han de volver al cerebro, se designan, entre profanos, con el nombre de *sesos*.

—¡Aprendidos tiene usted sus versos! —dije al hombre—. Y me explico ya por qué no es esta casa un vulgar comercio, sino toda una *expendeduría de idiomas y talentos*. La lección me ha servido. Como que hasta yo misma estoy hablando en verso... Pero... me olvidaba —exclamé repentinamente, volviendo a la realidad de las cosas—; olvidaba que mi presencia en esta casa se debe sólo a una equivocación: yo he salido en busca de algo que no se expende aquí, porque es muy diferente, aunque no es nada ingenioso...

—¡Aquí lo vendemos todo, señora! —dijo enfáticamente el salchichero, con un ademán amplio y magnánimo—. Pida usted cuanto quiera, y todo se le dará.

—¿Sí?... Pues no es muy fácil; pero, en fin,

¿será usted capaz de vender en su casa embutidos?

—¡Pero si no tenemos otra cosa! —gritaron a un tiempo el salchichero y sus dependientes—. Diga la señora cuánto quiere, para servirla al instante.

Mi confusión era extrema; pero yo, sin saber lo que hacía, fijé la cantidad:

—Quiero diez metros.

Un coro de voces aterradas respondió a mi petición.

—¡Diez metros! ¿Pero es que la señora... pretende ahorcar a su casero o a su perrillo con la longaniza?...

—Pero ¿de qué longaniza hablan ustedes? —exclamé casi enloquecida.

—¡Cómo! Pues de la que está usted pidiendo. ¿No ha dicho la señora que desea diez metros de embutido? Aquí y en todas partes, el embutido es longaniza. Y si no se trata de hacer con ella alguna justicia especial, no se puede comprender para qué son necesarios diez metros de salchicha... Pero si la señora persiste, se le darán inmediatamente.

El público volvió a regocijarse a la idea de que iban a medirse allí diez metros de longaniza; y yo, nerviosa ya, sin poder siquiera imaginar cómo podría ser transportada esa especie de serpiente interminable, me puse de un salto en la puerta y gané la salida.

Después, ya en mi casa, por fin serena, con la cabeza despejada, y en juicio, busqué el diccionario para aclarar toda duda. Y fué allí donde vi, con horror, esta definición de mal gusto:

"Embutido: tripas rellenas de carne picada."

—¡Cuánto prosaísmo!— dije. Y suspiré por mis ansiados almohadones. Pero hube de confesar, también, que la *Expendeduría de idiomas y talentos* (una de tantas casas de rótulo ingenioso como hay en Madrid), es verdadera academia, ya que ella acababa de darme tan rotunda lección de gramática.

LA VALENTÍA DE MAZQUIARÁN

Ayer, cuando el Madrid atareado iba y venía por todas partes, cuando en las torres principales sonaban las diez de la mañana, un torete negro, de cuatro años y de treinta arrobas, que era conducido por un hombre, y que iba camino del Matadero, al llegar a cierta esquina, envidioso quizá de la libertad con que el público se movía, empinóse de pronto sobre sus patas traseras, y dando un tremendo salto, reventó la cuerda que lo sujetaba, y se dió a la fuga por calles y plazas.

Después de que el torete arremetió contra una mujer en Leganitos, contra un ordenanza en la calle de los Reyes, contra un grupo de chiquillos en la esquina de la Palma, contra un policía en la calle de San Andrés y contra muchos otros desventurados en otras tantas calles, hizo su entrada triunfal en el mercado de San Ildefonso, precisamente a la hora en que los compradores, más bien dicho, las compradoras, acuden allí, con sus cestos al brazo.

Aquello fué indescriptible. Los vendedores huían a escape, dejando abandonados sus puestos, y las compradoras hacían otro tanto, mientras el toro, dueño por completo del campo, lanzaba al aire las coliflores, los tomates, las patatas, las peras, dando patadas a los cajones donde se exponían las verduras, mascullando las coles, resoplando en los guisantes, y llevándose entre los cuernos las pálidas sartas de ajos y los rojos hilos de guindillas...

Cuando el torete se cansó de aquellos juegos malabares, cuando se convenció de que el mercado era suyo por entero, hizo lo que es tan humano, tan corriente: desdeñar sus adquisiciones. Dibujó, pues, con el cuerpo una media vuelta, bajó escapado por la calle de la Ballesta y, rodeando el edificio de Madrid-París, cruzó la calle de Valverde y entró majestuosamente en la amplísima y hermosa calle que lleva el nombre de Gran Vía.

Aquí, la cosa pareció cambiar de carácter. El toro recobró la serenidad; y el público, en vez de huir, como en las otras calles, se alineó en las aceras, presintiendo que iba a presenciar un extraordinario acontecimiento.

Los balcones y las azoteas se llenaron de gente; los cierres de las tiendas fueron bajados al punto, aunque no del todo, porque en las puertas de los establecimientos, los dependientes deseaban disfrutar del espectáculo.

El toro, inmóvil, tanteaba el terreno; parecía querer sondear con los ojos lo que iba a ocurrir allí. Un presentimiento se le ponía delante... Pero la duda no le duró más allá de tres minutos, porque de pronto, en medio de la sorpresa general, un hombre salió violentamente a la palestra, y despojándose de su gabán, avanzó con donaire hacia el bicho.

El público, asombrado, le observó atentamente..

¿Quién era aquel audaz que jugaba de ese modo con su vida?... ¡Ah, sí! Acababa de reconocerle: era Diego Mazquirán, en una palabra: era el famoso torero español *Fortuna*.

Un aplauso entusiasta y unánime resonó por todas partes en la gran avenida.

El hombre, con habilidad pasmosa, haciendo de su gabán una muleta, provocó la atención del toro, y éste, con desconfianza primero, y luego decidido a vencer en la lid, se entregó a la lucha con todas sus potencias.

Los tranvías, detenidos a distancia, y los coches y automóviles formando con el público una valla apretada, parecían impedir que el toro cambiase repentinamente de propósito, para darse a la fuga.

El torero, siempre con habilidad y pericia, fué poco a poco llevándose a la fiera hasta ponerla delante del Casino Militar. Su burladero era la gran farola que se halla en el centro del cruce

que va de la Gran Vía hacia la calle del Clavel.

Del Casino Militar enviaron inmediatamente un estoque a *Fortuna*, pero el torero no lo aceptó, por encontrarlo inadecuado.

—¡Id a mi casa —gritó en seguida Mazquiarán— y pedid mi mejor espada!

En el *auto* más próximo subieron al instante los emisarios; y un cuarto de hora después, el mejor estoque de *Fortuna* estaba ya en sus manos.

Mientras fueron por él, Mazquiarán se había ocupado en lanzear al torete, entreteniéndole con desnudo y arte, para evitar que el bicho se arrojava sobre la multitud.

Una vez la espada en su poder, *Fortuna*, con valentía, con serenidad, sin quitarse siquiera los guantes, cuadró a la bestia, y le dió la primera estocada. Pero ésta no bastó. La fuerza del bruto era mayor que todo.

El toro retrocedió violentamente, buscando terreno más firme para apoyarse y acometer. Pateó con ímpetu el pavimento, y bajando la cabeza casi hasta tocar el suelo (quizá porque su ánimo fuese el de lanzar por los aires a su enemigo), arremetió contra él.

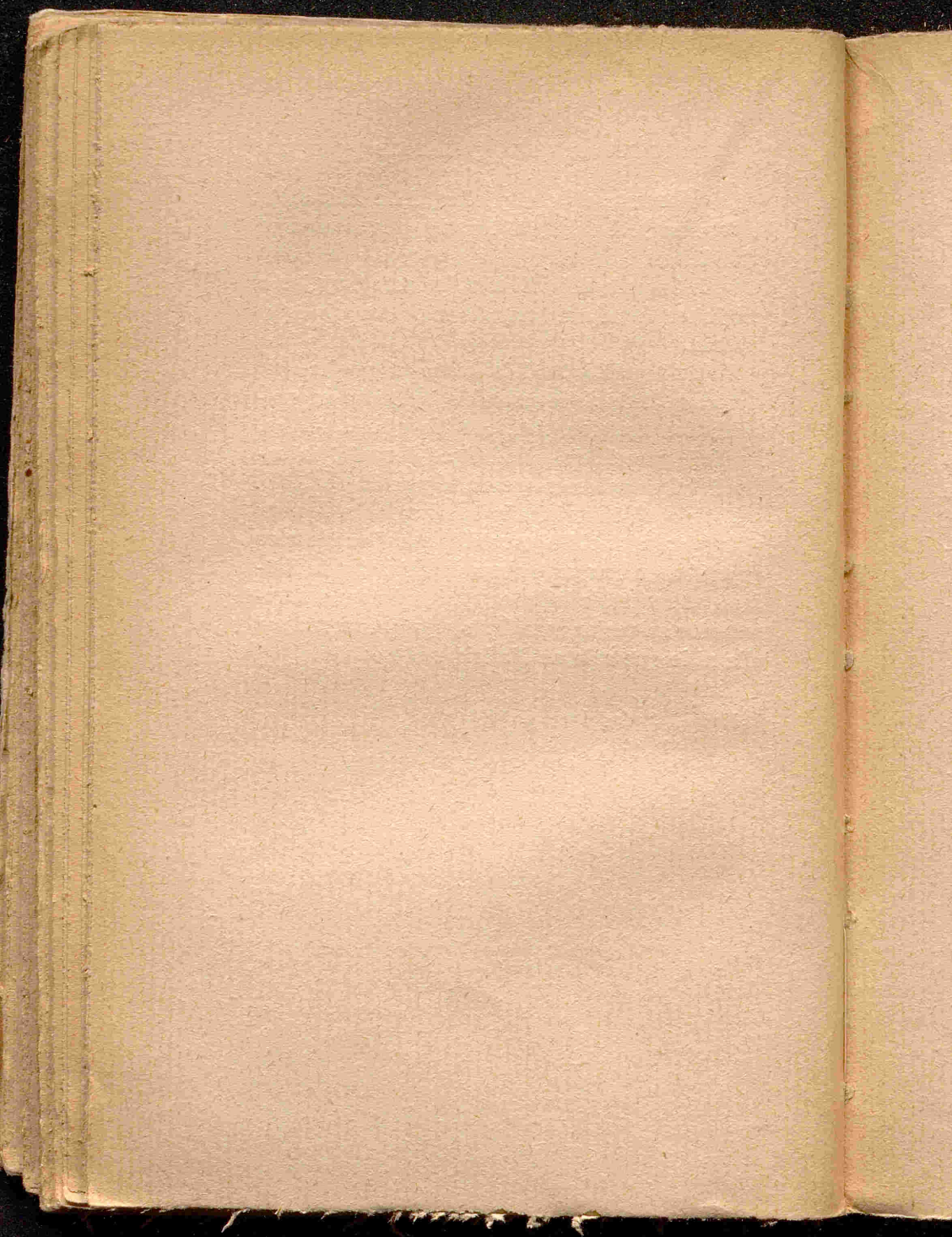
Entonces *Fortuna*, que ya lo esperaba, le recibió con la estocada certera que ambicionaban todos; y lo mismo que si un rayo le hubiese fulminado, el toro se desplomó al instante, en medio de los más estruendosos aplausos de la multitud.

Sin esperar a más, el público, delirante, cortó las orejas y el rabo del torete, para obsequiar con ellos al matador; y éste, cargado en hombros, fué sacado del *redondel*. Triunfo muy justo por haber librado de muertos y heridos a la bella Madrid.

El toro quedó tendido sobre el pavimento, como una terrible muestra de las grandes aptitudes del matador. Así, con los ojos cerrados, inmóvil, parecía dormir... Poco después, un carro del Quemadero se presentó por él.

Y he aquí cómo la más hermosa calle de esta villa y corte quedó convertida, cuando menos se esperaba, en una gran plaza de toros, donde *Fortuna*, el reputado lidiador, pudo ofrecer generosamente su mejor corrida, y esto sin cobrar por ella ni lo que vale en Madrid una castaña.

Madrid, 24 de febrero de 1928.



PRIMAVERA

A SARA MARÍA CONTRERAS BLÁSQUEZ.

Cuando el pregón callejero lanza en Madrid este grito conocido: "¡Mesita barata, se vende!", bien podemos exclamar, sin temor de equivocarnos:

—El invierno se avecina...

Y sentimos ya el calofrío, que recorre nuestro cuerpo.

Los que no viven en Madrid no pueden comprender cuál es el lazo que ata esa pequeña mesa, con las brumas y las nieves del invierno; pero los que, al oír este grito, detienen al pregonero y le compran la mesa, ya saben muy bien que, debajo de ella, cuando la ventisca azote las calles, el brasero, bien preparado, bien encendido, reconfortará a la familia entera, como un amigo acurrucado bajo la tela que, en forma de volante, cubra esa mesa en rededor.

Tampoco pueden saber los que viven lejos de

Madrid que, al vibrar este otro grito: "¡Vendo persiana barata!", la respuesta mental de la gente madrileña es ésta:

—La primavera ha llegado.

Efectivamente, los soles calientes están ya encima; es preciso, pues, comprar las persianas que habrán de moderar sus rayos.

Y se compran al punto.

Sí, han llegado ya los días calurosos. Huyeron hacia el monte las neblinas, se aclaró el cielo, recobraron su voz los pájaros, brotaron hojas de los secos troncos; la brisa, tibia y suave como una caricia, deshojó con sus leves dedos las primeras rosas, y entre los fulgores radiantes del cielo, apareció la primera bandada de golondrinas...

¿Quién lo duda? Estamos ya en primavera. Y no es preciso que lo diga el calendario. La apagada chimenea, el balcón abierto, el perfume que sube del jardín, los árboles, el gorjeo de los gorriones en el alero..., todo lo dice, todo lo murmura, todo lo canta.

Y como el viejo huraño del cuento, que huye hacia el fondo del bosque, llevando a la espalda su haz de palos secos, así el invierno ha huído. Se llevó consigo las ramas sin hojas, los nidos destrozados, los pajarillos muertos...

El viento helado le acompañaba en su peregrinación, aullando lúgubrementemente, como aúllan los lobos por la noche en las desoladas llanuras en-

vueltas en sombra. Y los dos, el viejo huraño y el viento inclemente, compañeros inseparables, fieles amigos, caminaron y caminaron sin descanso hasta internarse en cavernas desconocidas y lejanas. Los árboles que dejaban atrás sonreían con invisibles sonrisas de inteligencia; las fuentes cobraban esperanza de destorcer sus chorros congelados, y la endurecida tierra que hollaban con los pies, latía, palpitaba en un íntimo estremecimiento, soñando ya en la suave grama que, una vez lejos los dos caminantes, brotaría poco a poco, aterciopelando las quiebras y bordando los surcos...

Y todos esos anhelos no murmurados en palabras, pero hondamente sentidos, se han realizado...

La endurecida tierra del llano es una esmeralda; la fuente se deshace en perlas cristalinas, entonando en el bosque la canción de la cumplida esperanza; y el árbol, tembloroso y murmurante, es inmenso dosel que presta sombra a los enamorados, mientras en la alta copa un pájaro dichoso fija sus ojos en el cielo y trina el himno glorioso de la ventura...

Ha llegado la primavera. Y la brisa, cálida y perfumada, llama hacia el campo. Tiempo es ya de abrir la casa abandonada allá en la soledad de la arboleda.

Tomamos las pesadas llaves, y emprendemos el viaje. Parece que el automóvil pretende lle-

gar antes que nosotros; tal es su precipitación. Se le modera la marcha, y entramos tranquilamente por la vereda angosta que bordean los álamos. Estamos ya frente a la casa veraniega.

Chirría la llave en la cerradura; la puerta se defiende —tal se diría que desea vengarse de nuestro abandono—; pasamos al vestíbulo, lleno de polvo y hojas secas, donde los pasos resueñan con extrañas sonoridades; huye, asustado, un murciélago —único habitante de la casa silenciosa—; subimos la escalera, cruzamos la terraza y entramos en el recibimiento... ¡Cuánto polvo!... Todo es tristeza, humedad, olvido... Es que aún no sale de esta casa el Invierno. Hay que abrir los balcones y espantarlo como a un pájaro de mal agüero...

Y una vez que las puertas están de par en par, un caliente rayo de sol penetra ávidamente y va a quebrarse en los azulejos del piso. La brisa, llena de susurros, entra en inquietas ondas, barre y quita el polvo de las lacas, juega con los prismas del candil, pone en movimiento cortinas y tapices. El aroma de las rosas abiertas sube como invisible humo de un maravilloso incensario; el gorjeo de los pájaros hiere el silencio del discreto salón; y dos mariposas blancas, como pétalos de flor que mece el viento, entran de improviso por el abierto balcón, pintan sus vuelos de serpentina en la media luz de la estancia, y

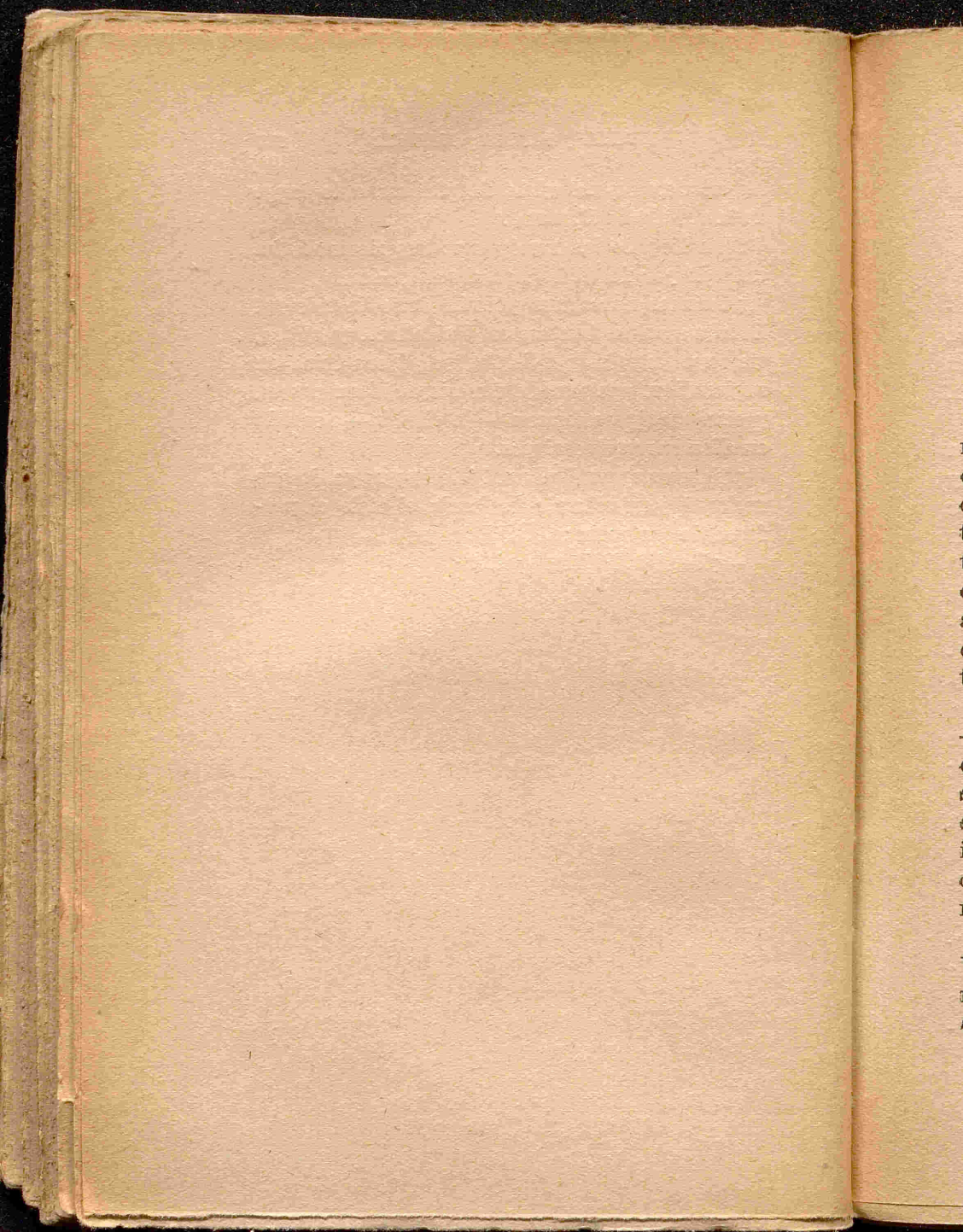
huyen después en giros fantásticos a lo largo de la vereda de álamos...

Han llegado las mariposas: la primavera ha entrado por fin en la casa abandonada...

¡Cuántos corazones podrán decir lo mismo! Estaban solos, tristes, en tinieblas... y ahora, un rayo de sol los calienta, un pájaro trina en su interior, una rosada flor abre allí su corola, y una mariposa blanca —la ilusión—, enreda en ellos sus vuelos níveos.

¡Oh, corazones dichosos! Tiempo es ya de que exclaméis, mientras sube hacia el cielo el perfume de las rosas:

—¡Bendita Primavera!...



LA POESÍA Y PILAR DE VALDERRAMA

Justo es el título que la Real Academia Hispano Americana de Ciencias y Artes, de Cádiz, ha concedido a la inspirada poetisa española Pilar de Valderrama y Alday, esposa del ilustre escritor Martínez Romarate. Muy justo es ese título tan honroso, y justos también son los elogios que la crítica dedica a la meritoria labor de la autora de *Las piedras de Horeb* y *Huerto cerrado*, libros que ya tienen sitio de preferencia en todos los anaqueles que ordenó el buen gusto.

“La muy noble y bella Pilar de Valderrama —expresó hace poco tiempo un escritor— no ha dicho lo que frecuentemente se oye decir en verso: Mi boca es un clavel; mis cabellos son de seda; mi cuerpo triunfal huele a rosas; yo soy irresistible; amo la coquetería; el pecado es dulce; tómame, no desperdicies tu suerte; ¡he aquí mis espléndidos ojos y mi juventud fragante!...”

No; efectivamente: la joven y bella Pilar de Valderrama no ha dicho, ni en verso ni en prosa, nada de esto. Huye del grito. Cada estrofa suya es una joya de verdad, que no necesita pregonar

el "¡Venid a verme!", porque ella misma —tal parece que simboliza a su autora—, mediante su propio brillo y su majestuosa elegancia, deslumbra y atrae sin proponérselo.

La obra de esta poetisa no es para fiesta pasajera, de contorsiones, risas estridentes, música informe de latones, y capeos con telas ridículas de colorines —fiesta para el vulgo tonto y ruin, que no es capaz de concebir cosa mejor.

La obra de Pilar es obra de arte puro, obra seria y perdurable, basada en el sentimiento y la belleza, inspirada por anhelos nobles y por altísimos ideales —lo único digno para emplear el verso.

Peligroso es, en verdad, el atractivo de los renglones cortos. Las nulidades se abalanzan sobre ellos para dar martirio inicuo a la humanidad. Esos cortos renglones no les inspiran respeto alguno; los toman para todo, hasta para hurgar con ellos en las impurezas... Y al tratarse de colocarlos, ¡qué desorden! No hay conjunto; cada uno de ellos es un grito aislado, inconexo, desarticulado, que nada tiene que ver con los anteriores o con los posteriores versos. Y es que el poema entero carece por completo de asunto, de propósito, y, por tanto, de unidad y de lógica. Y estos poemas, es decir, estas series de renglones cortos, que no encierran, además, nada de arte, ni de fantasía, ni de sentimiento, y en los que sólo se ve asomar el rostro prosaico y apo-

pléti
poes
sía"
falta
que
expr
dos,
y de
trozo
ser "
La
lar o
a la
der
su t
arte
rinc
un
los l
mien
en g
poet
liar

plético de la sensualidad, ¿merecen el título de *poesías*, cuando la definición de la palabra "poesía" es precisamente la reunión de todo lo que falta en estos versos? He aquí, textualmente, lo que acerca de eso dice el diccionario: "Poesía: expresión oral artística de sentimientos delicados, de fantasías, de aspiraciones desinteresadas y de elevados ideales." Ya veis, pues, que esos trozos insulsos, prosaicos, sensuales, no pueden ser "poesías".

Legítima poesía es, sin duda alguna, la de Pilar de Valderrama, que se ajusta rigurosamente a las hermosas condiciones ya indicadas. El poder de su fantasía nos hace soñar; el poder de su ternura nos obliga a llorar; el poder de su arte evocador nos transporta dulcemente a los rincones de su preferencia, envueltos siempre en un ambiente sugestivo, que nos penetra hasta los huesos... Dejaos llevar junto a su chimenea, mientras baja la noche y se envuelve la estancia en gratísima penumbra; oíd la dulce voz de la poetisa, enalteciendo la hora y el rincón familiar:

Entorno los ojos, y en la somnolencia,
¡qué profundamente los nervios se calman!
¡Qué gozo tan íntimo, tan hondo se siente,
de todo alejada!
Se olvida que hay mundo
y penas y luchas, y pasiones bajas;
que hay vida y hay muerte;
que hay honor y fama.

Sólo vagamente llega a los sentidos
que hay allí una estancia,
que de ella y del tiempo
soy dueña absoluta... Mirando abismada,
con mirar hipnótico,
de una chimenea la cambiante flama
ya de rojo y oro,
ya de azul y plata,
transcurren las horas,
las horas que a veces parecen tan largas;
no sé lo que duran; si uno, dos, tres siglos,
si un instante... nada.

Otras veces, su verso, como un dedo indicador,
nos señala algún tranquilo paisaje de Castilla:

Se extiende opaco y gris el pueblecito
sobre la gran planicie castellana;
no turba su reposo ningún grito;
sólo se oye la voz de una campana...

Pobre es la iglesia, el púlpito, el sagrario;
pobres los bancos rústicos y duros;
pobre el altar, los pasos del calvario;
pobre la cruz y los desnudos muros...

¡Cuántas, oh, cuántas cosas nos diría
este severo templo castellano,
callado y pobre, sin hipocresía,
lejos del ruido y del orgullo humano!...

Mientras hemos leído tan bellas estrofas, no
hemos pensado en nosotros; es que el poder de
estos versos, la fuerza sugestiva que dimana de
ellos, se apodera totalmente del lector, y le lleva

por donde quiere, sin que él lo advierta. La voz de Pilar nos atrae como el llamamiento del pastor a su rebaño cuando se ensombrece el valle... Y nosotros, sus lectores, la seguimos fielmente, como ovejas, sin apartarnos un punto de sus pasos. Es que esa voz nos consuela y acompaña; es que ella significa para nosotros descanso, olvido, bálsamo, delicia, éxtasis... Este es el poeta; sólo éste puede y debe ser el poeta. Y sólo ésta es y debe ser la *poesía*. El concepto del poeta fué creado así, y sólo así hay que admitirlo.

No pueden, pues, constituir "poesía" aquellos versos que, al ser leídos, van mostrando claramente sus defectos.

—¡Qué disonancias! —decimos mientras los recorremos con los ojos—. Y ¿qué es lo que se propone quien los escribió? —inquirimos con asombro, mirando que lo que parecía la idea fundamental del poema, su asunto, su motivo, tras de lanzarse impetuosamente por el camino indicado, se devuelve de pronto a la mitad de él, o salta por donde menos se espera, desapareciendo al instante como muñequillo de chasco... La idea se ha escapado. La idea no existe ya. Pero lo peor es que, para suplir esa idea eclipsada, es decir, para esconder esa impotencia, surgen a continuación renglones y renglones que van sin rumbo y sin objeto, como náufragos, como aditamentos de mal gusto, que acaban por despertar la cólera del lector, y le obligan a arrojar

por tierra el libro o la revista que trae semejante lastre.

¿Puede ser "poesía" ésta, que en vez de apoderarse del lector y arrobarle, no hace sino mostrarle a gritos sus defectos, fastidiarle con su ineptitud, ensordecarle con sus disonancias, e indignarle con su falta de lógica y su persistencia?

No; esto no es poesía.

Exijamos también, además de la melodía del verso y de su pureza de forma, "asunto" y "línea recta" en el asunto.

Pilar de Valderrama nos ofrece de ello este modelo hermoso:

¡Noble, antiguo relicario!,
en un puesto de anticuario
te compré.

Por unas cuantas monedas,
de entre polvo y viejas sedas
te saqué.

En los tiempos que naciste
tengo por cierto que fuiste
propiedad
de alguna elevada dama
que gozara justa fama
de beldad.

Y la efigie religiosa
que esa tu imagen borrosa
expresaría,
fué testigo de su llanto,
y a ti, por el que amó tanto,
rezaría.

Con reverencia te toco,
que contemplándote, evoco
la señal
de unos frescos labios rojos
que besaron sin sonrojos
tu cristal.

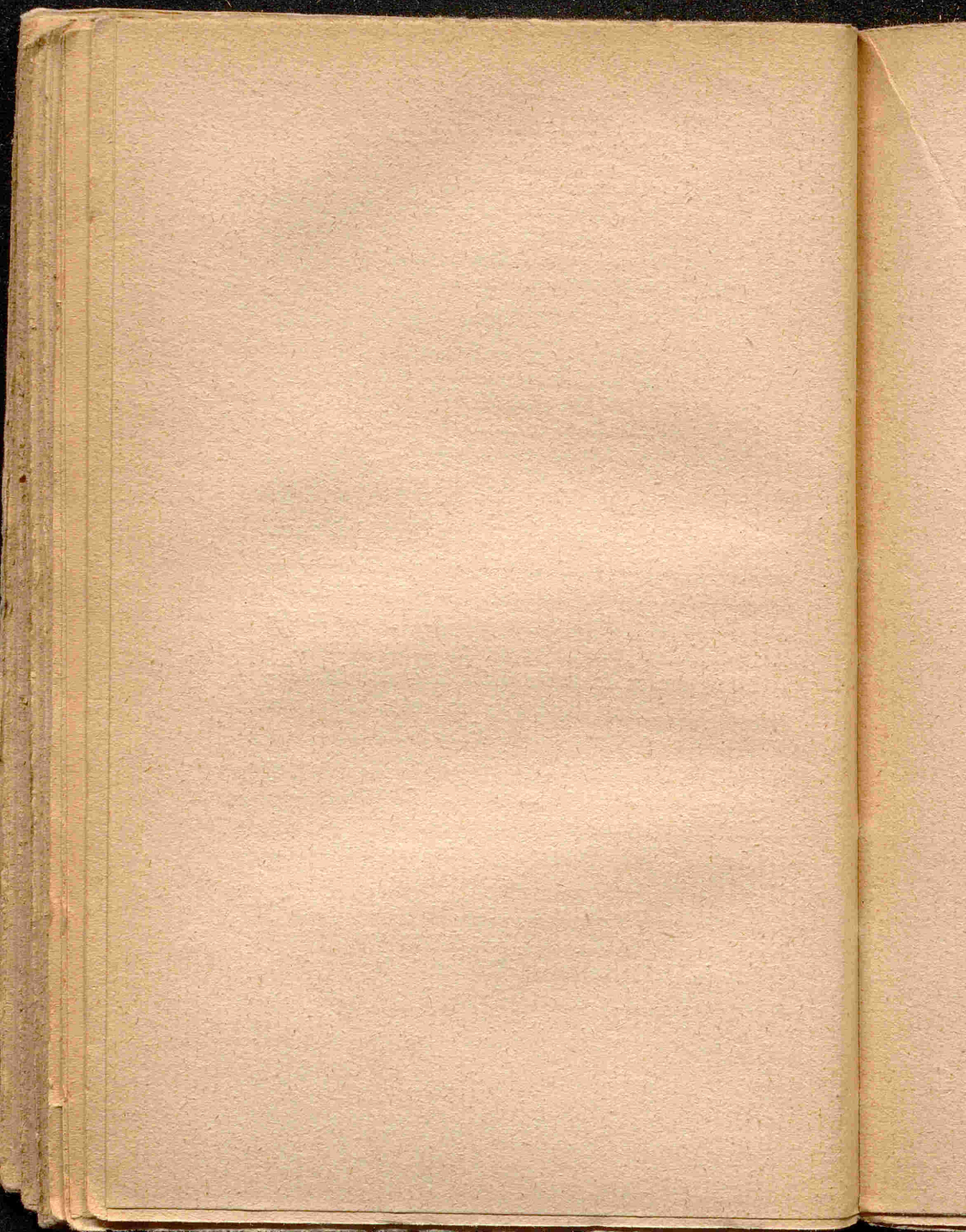
Eres más que un relicario:
eres el áureo sagrario
que guardó,
de aquella desconocida,
el aliento con que en vida
te besó.

¡Qué elegante sencillez! ¡Qué facilidad para encontrar el tema, y qué tino para ponerle el punto final!... Después de él, sólo el silencio cabe, ese divino silencio en que tan dulcemente se recoge el lector para saborear las obras de arte.

Pilar, con su fantasía, vió a la dueña del relicario, adivinó su rostro, y en estos hermosos versos hace el justo elogio de su beldad.

Pero la poetisa, ungida de noble modestia, saturada de criterio, no se ha detenido nunca, ni se detendrá, para hacer el elogio de su propia belleza... "Nada tiene que ver la vanidad con la poesía", me ha dicho Pilar.

La escritora ha comprendido la misión del poeta —que es bien alta—; y por eso, cuando Pilar de Valderrama se cita con la inspiración, sube para abrazarse con ella arriba: nunca baja.



EL VIENTO

A MARÍA SOLEDAD DE MACHO.

“¡Aú! ¡Aú!...”

Cualquiera diría que es el lobo que ronda la casa. Pero no: es el viento.

Porque el viento, en Madrid, sopla cuando menos se le espera. Casi no da tiempo a los árboles para que, al llegar el otoño, se vistan con ropajes amarillos o rojos. Apenas las frondas comienzan a dorarse, luciendo su gala otoñal, desata el viento sus amarres y se lanza sobre ellas. La lucha dura poco. Algunas moreras logran defenderse con más valentía, con éxito mejor; pero las acacias, que son las que adornan calles y plazas en la ciudad, se entregan inermes, y el viento, con ira indomable, las muerde, las destroza y las sacude, arrancándoles a veces hasta algunas de sus ramas.

Por el suelo ruedan las hojas en corrientes espesas, o se levantan en remolinos, azotando,

enrojadas, el rostro de los viandantes. Algunas, más alto que las otras, vuelan cerca del cielo, fingiendo bandadas de pájaros que huyen para salvarse de algún enemigo.

Ese enemigo es el viento, un viento huracanado, que no respeta sombreros, que se llevaría de buena gana, y que se lleva a veces las sombrillas, que lucha contra los abrigos, que arrancaría de mil amores las cabelleras, que arrebatara pañuelos, bufandas, revistas, carteras, velillos...

¡Con qué gusto y fruición cargaría, si pudiese, hasta con las personas! Pero no logrando llevárselas, se venga de ellas arrojándoles a los ojos arena menuda y hasta piedrecillas.

La gente de Madrid está ya acostumbrada a combatir con este viento. Sale ya preparada para la lucha, y en las grandes embestidas le pone la espalda.

Su furia, cuando nieva, es terrible. No hay manera entonces de engañarlo, cortándole la vuelta. Hay que resistir la pedriza por todos lados, mientras el frío se nos cuele hasta los huesos.

Si llueve, cuando el viento madrileño sopla, ya podemos despedirnos del paraguas, porque, con mano habilísima y hasta fina, el aire nos libra de esa prenda, o nos la vuelve al revés. Lo primero que hay que hacer, por tanto, cuando llueve y sopla viento, es cerrar el paraguas.

Esto, ciertamente, parece una ironía; pero no es sino un consejo que la experiencia da.

Cuando el viento sopla bajo el sol, hay quien piense en los papalotes, en el deporte y hasta en el paseo por las calles en busca de reacción para el cuerpo aterido. No atemoriza entonces abrir la puerta y salir.

Pero hoy..., escuchad: es de noche, y el viento está golpeando las ventanas... Se diría que el enojo le empuja... No hay que asomarse a provocar sus iras. Mas ¡qué hermosa es su cólera! ¡Cómo pone calofríos en mi cuerpo y misterio en la casa!...

“¡Au! ¡Aú!...”

¡Cuánto dice en esas breves sílabas!...

Me cubro los pies con la manta, cierro el libro, me arrellano en el diván y escucho silenciosamente. Hay que atender a esas voces que parecen cargadas de pronósticos, voces que llegan de lejanos parajes para contar lo que en ellos vieron.

Yo quisiera en esta noche misteriosa volver a la niñez. Estaría cogida a la falda de mi madre, preso mi pequeño corazón por un sutil y exquisito miedo que haría castañetear mis dientes. Y la voz de ella, lenta y sosegada, estaría diciendo lo mismo que entonces:

—Erase que se era una casa grande y extraña, que proyectaba su silueta en la orilla del

canal. Anchas ventanas sin vidrieras, como ojos en perpetuo acecho, dirigían su mirada interrogadora hacia el punto del horizonte por donde se pone el sol. Ruinosas eran las paredes, escaladas a trechos por un jaramago triste que nunca daba flores; y en los agujeros que el tiempo ahondaba sobre los muros, parejas de lechuzas formaban nido y vivían en calma. El destartado zaguán nunca abría sus hojas para dar paso a alguien. ¿Quién podía pensar en trasponer aquellos umbrales misteriosos? Nadie.

Los que transitaban por la orilla opuesta del canal decían, sigilosamente, señalando hacia el otro lado:

—Ved; esa es la casa del viento...

Y si alguien preguntaba: "¿Cómo! ¿Por qué es esa la casa del viento?", se le respondía:

—Porque sólo el viento habita en ella.

Y era verdad, puesto que ninguna mano cerraba las maderas de las ventanas, donde faltaban, desde tiempo inmemorial, los vidrios; puesto que, al llegar la noche, mientras en las casonas vecinas palpitaban las luces de lámparas y velones, la casa del viento se hundía en la más profunda sombra, y el agua del canal que a sus pies dormía no reflejaba más luz que la de las estrellas, cuando éstas temblaban en el cielo. Nadie abría o cerraba el desvencijado zaguán; nadie asomaba el rostro por los huecos de las ventanas; el viento, sólo el viento, era el habi-

tante de esa casa misteriosa. Y la tenía tomada por entero, porque aullaba en los corredores, silbaba a los pies del muro, entre las altas hierbas que bordeaban el canal, golpeaba en las puertas, rugía en los patios, lloraba en los pasillos... ¿Quién podía ir a disputarle su lugar? Nadie. Aquella casa era del viento; ninguno debía intentar arrebatársela.

Pero he ahí que en cierta noche lluviosa, un viejo, de barba blanca y alforja al hombro, cruzó el puentecillo de madera que sobre el canal daba acceso a aquella casa. El zaguán gimió en tono de protesta, el viejo entró, las dos hojas de la puerta volvieron a cerrarse y... nada más se supo. Pero como los días pasaran, como los cuervos hubiesen comenzado a entrar por las rotas ventanas, y como el viejo no saliese, Valentín, el hostelero, que tenía su mesón frente a la casa, y que había visto llegar al viejo en aquella noche de lluvia, sospechando que algo extraño hubiese acontecido a ese hombre, se propuso ir a buscarle; pero he ahí también que, al poner Valentín los pies sobre el carcomido puente de madera que hacia la puerta conducía, se oyó un crujido aterrador, hundiéronse las tablas y el mozo cayó al canal, para no salir de él sino cuando ya la muerte le ponía estertores en la garganta.

—¡Imprudencia grande fué! —decían más tarde los vecinos que llegaron para sacarle—.

Porque ya lo habíamos dicho —agregaron—: nadie podía ni debía entrar allí; esa casa tiene dueño, y éste podía matar al audaz que se introdujese en ella. Bien lo sabemos todos; en esa casa no se puede entrar; es la casa del viento...

...Hoy, en esta larga noche, mientras el aire aúlla, quisiera yo tener seis años, arrebujaarme entre la falda de mi madre y, temblando de miedo, oírla decir con la voz de entonces:

—Erase que se era una casa grande y extraña...

CASO ANÓMALO

A VIRGINIA BLÁSQUEZ.

Por informaciones venidas de Alicante nos enteramos de un caso que parece fantasía nacida en el cerebro de algún desocupado. Pero es tan cierto el sucedido, que éste ha pasado al dominio público en pocos días; por tanto, los testigos oculares del hecho se multiplican a diario para comprobarlo y repetirlo.

He aquí la historia, cuyo teatro ha sido el caserío de La Romana; una historia completamente anómala, pintoresca y sin precedentes, como vais a ver.

Los tres pequeños hijos de la familia que arrienda algunas fincas del marqués de La Romana, salieron a pasear hace algunas tardes, según su costumbre, y después de recorrer los campos, de cazar saltamontes, de perseguir conejos y de subirse a los árboles para atrapar gorrioncillos, discurrieron ascender por una em-

pinada colina que se les puso delante. Tras de trepar por ella un buen rato, cansados ya de la ascensión, resolvieron detenerse entre unos riscos. Y no bien hubieron tomado asiento allí, cuando descubrieron a la derecha, muy bien colocado entre algunas piedras que se agrupaban de un modo regular, el más gracioso nido de ratoncillos que ojos humanos han podido sorprender.

Encantados del hallazgo los chiquillos, después de contemplar en un éxtasis a los animales (que aún no abrían los ojos y que en aquel momento se hallaban solos, seguramente porque la madre habría salido del nido en busca de alimento), resolvieron tomar dos ratoncillos de aquéllos para llevárselos consigo a su casa.

Y tal como lo pensaron lo hicieron. Sacaron algunos papeles que guardaban en sus bolsillos, envolvieron suavemente en ellos a los roedores, y así, con toda precaución para no hacerles daño, emprendieron la vuelta al hogar.

—No hay que enseñarlos a nuestros padres —se dijeron por el camino, temerosos de una reprimenda—. Los tendremos escondidos, y ya veremos con qué los alimentamos.

—¡Lástima que no podamos llevarlos al nido de la gata, para que ella los alimentase, como a su gatito! —exclamó el más pequeño de los chicuelos.

—¿Que no podemos? ¿Y por qué no? —dijo el

mayor de los hermanos, disponiéndose a la empresa con gran resolución—. Se hará como lo digo. Yo detendré fuertemente a la gata, y vosotros le pondréis encima a los ratoncillos... Ya veréis.

Los tres chicos rieron alegremente del plan, bajaron de la colina a todo correr, cruzaron a escape los campos y llegaron ansiosos a la quinta.

Los padres de los pequeños, ocupados en sus labores, no se percataron de los planes y de la carga que traían los niños; y éstos, sin consultar a nadie, resueltos a poner en planta su idea, se dirigieron al rincón de la gran cocina, donde la gata, sobre un ancho capazo de esparto, daba el alimento al único gatito que había tenido hacía unos días.

El mayor de los chicuelos se arrojó en el acto sobre el animal para detenerle fuertemente por las patas, en tanto que los otros dos hermanos, con todo cuidado y precaución, colocaban sobre la gata a los ratoncillos, que, ávidos de calor y de alimento, comenzaron a mamar, ansiosos, sin adivinar el peligro que corrían.

Pero he aquí lo asombroso del caso: la gata, sorprendida, indecisa, con la extrañeza pintada en los ojos, observó por un momento a los ratoncillos, y luego, como quien toma una firme resolución en vista de los acontecimientos, estiró la cabeza, tranquilizó la mirada y comenzó a lamer

con ternura y deleite el lomo de aquellos animalillos que su casta había visto siempre como a enemigos mortales.

Los chicuelos, abismados ante ese resultado imprevisto, comenzaron a deponer sus aprestos de guerra, dando paso a la confianza; y poco a poco fueron soltando a la nodriza, que, libre ya de movimientos, se colocaba mejor para permitir a los ratoncillos mayores facilidades en su tarea de alimentarse y en su acomodación en el nido.

Momentos después, los niños habían soltado por completo a la gata, ocupada ya solamente en lamer y acariciar a su gatuquillo blanco y a los ratoncillos negros.

En vista de aquel resultado, los chicuelos, jubilosos, corrieron a referir el caso a sus padres. Estos quedaron asombrados del espectáculo, y la noticia cundió violentamente por todo el caserío de La Romana.

La gente comenzó a desfilas ante el capazo. Pero entonces la gata, molesta quizá de aquella curiosidad impertinente, resolvió transportar su nido a sitios menos visitados.

Y hubo ocasión para un segundo asombro: la madre cogió en sus fauces al gatillo que criaba, salió con él de la cocina, subió la pequeña escalera que lleva al piso alto, y después de acomodar a su hijito en el rincón de un pasillo angosto y obscuro, bajó por los ratones, que su-

bió amorosamente de uno en uno, colocándolos con suavidad al lado del gatito.

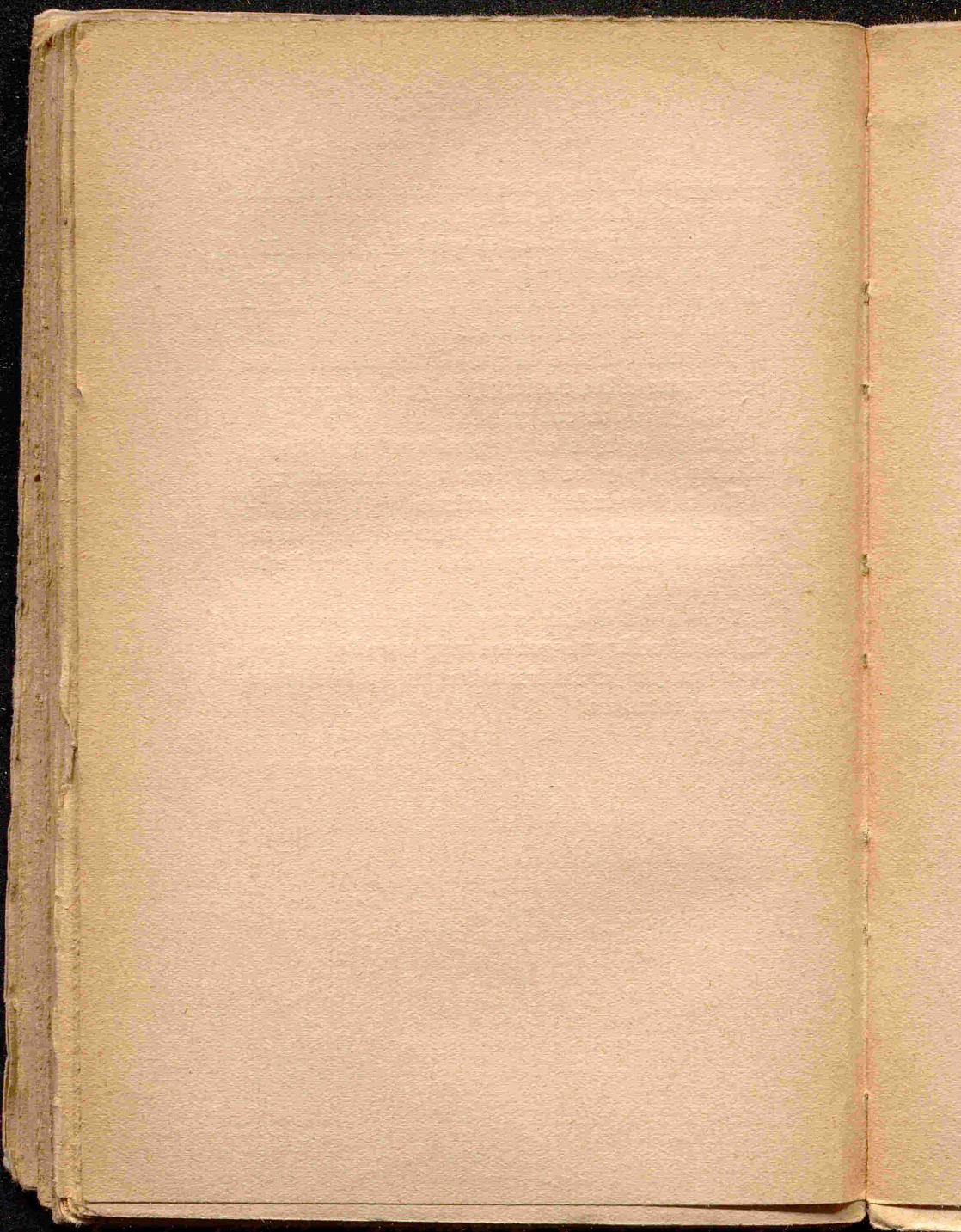
Y ahora la gente es la que sube en cordón por esa escalera para contemplar, con admiración y embeleso, el caso anómalo de esa convivencia de gatos y ratones.

Y cuando alguno de los visitantes se inclina para tocar a los roedores, la gata se enfurece y lo impide con sus zarpas.

Los animalejos están gordos y contentos, y ella los mima y los lame con verdadero amor.

Todo el vecindario se abisma en la contemplación de este caso nunca presenciado antes de ahora; todos se asombran del hecho, y nadie lo comprende.

Pero a mí no me causa sorpresa el suceso. La explicación me parece muy sencilla, y hela aquí: es que las madres saben ser madres hasta de sus enemigos.



LA HIDALGUÍA Y EL MENDIGO MADRILEÑO

A LA SEÑORA DOÑA JULIA OTONDO
DE MARINÉ.

En la mañana hermosa, brillante de sol, parece una ironía esa pálida mano que se tiende lastimosamente entre lamentos, pidiendo gracia y auxilio.

—¡Una limosna, por amor de Dios!...

Esa queja dolorida, esa voz, sale débilmente de la garganta, y ayudada por los ojos del mendigo, que se vuelven hacia lo alto, parece subir también, ascender hacia el cielo luminoso, en demanda de ayuda.

Es un viejo decrepito que, apoyado trabajosamente en dos muletas toscas, porque le falta una pierna, implora la caridad, instalado en la orilla de la acera, frente al templo de las Calatravas.

Yo, que acabo de asistir a la misa y que asomo ya por la gran puerta de la iglesia, me digo al ver a ese desventurado:

—No le daré, por cierto, una *perra chica* (ínfima moneda de cobre que hay en España y que yo tengo la costumbre de repartir todos los domingos entre los pobres que se instalan a la entrada del templo). A ese desventurado será preciso darle una peseta.

Y mientras la busco en el bolso y me la coloco en la mano izquierda para tenerla prevenida al estar frente a frente del anciano, siento que los ojos se me nublan por las lágrimas.

—¡Desgraciado mil veces! —repito para mí, en tanto que avanzo entre los otros mendigos, dando a cada uno la humilde moneda que les tengo dedicada.

Tanta es mi impresión, que no atiendo siquiera a las voces agradecidas de aquellos otros portadores que tienen ya en su platillo mi modesta dádiva. El pensamiento y los ojos se me han ido enteros hacia aquel infeliz, mutilado, sin salud (porque su palidez así lo indica), sin ventura, cargado de años, que espera en la orilla de la calle, con la mano tendida, una limosna, un consuelo, siquiera una palabra de compasión.

Apresuro el paso, y al llegarme a él, después que le digo casi en secreto: “¡Dios le dé paciencia y fuerzas para sufrir!”, pongo en su mano la peseta y me retiro a toda prisa para no aco-bardarle con mi emoción.

La gente sale ya en apretados grupos. Unos

toman por la izquierda, otros por la derecha; algunos se detienen a conversar, otros se dirigen hacia la acera opuesta, en busca de la sombra. Yo, sin ver a nadie, lastimada por aquel dolor que acabo de presenciar, me arrimo a la pared, modero mi marcha y me dispongo a buscar el pañuelo, porque ya las lágrimas comienzan a traicionarme; pero como en esos momentos oigo tras de mí una voz que repite con insistencia: "Señora, señora...", me detengo y vuelvo el rostro a toda prisa.

Es el infeliz de las muletas.

—¿Qué ocurre? —le pregunto—. ¿Puedo servir a usted en algo más?...

—¡Oh, no es eso, no! —me dice con su dolorido acento—. Es que la señora ha querido seguramente darme una *perra chica* y, por equivocación, me ha dado una peseta..., que aquí está. Me es imposible guardar lo que no me corresponde... Aquí está, señora, aquí está.

El mendigo, lleno de respeto, con la gorra en la mano, me alarga la peseta que hace un momento le entregué, bien segura de mi dádiva.

—Aquí está, señora —repite como quien recita un estribillo—. Aquí está...

El asombro me tiene muda. ¿Es posible hidalguía semejante en un viejo mendigo al que no le queda ya del cuerpo sino un resto averiado?

Me parece estar delante de una figura simbólica que va a petrificarse para volverse estatua...

Me fijo entonces en la nobleza de su expresión; en su barba, cana y abundosa, que hace recordar al viejo Ulises; en su mirada profunda, que parece estudiar los horizontes; en sus cejas valientes, en la línea de su boca, amargada por el dolor, pero incapaz de torcerse con la mentira...

Siento en mí la admiración del que se ve de pronto delante de una bandera o frente a frente de un héroe.

Con suprema emoción, tomada la voz por ese conjunto de sentimientos, le explico la verdad:

—No ha sido equivocación la mía, no, indudablemente... He querido, en efecto, dar a usted la moneda que está en su mano. Le ruego, pues, que la guarde...

Y el mendigo, llorando ya, se inclina, pone sus labios reverentemente sobre aquella moneda desgastada, y después, clavando en el cielo sus ojos empañados, me bendice ampliamente, mientras el sol alumbra y realza su figura, como para evitar que el olvido —ave siempre en viaje— la borre alguna vez de mi memoria.

SEPTIEMBRE TRÁGICO

A MI PRIMA MARÍA PALMA DE CUBRÍA.

Decir "mayo" es presentar ante el auditorio, rosas, brisas, rayos de sol, perfume, cielos azules, cantos de pájaros, música, vida, amor.

Pero decir "septiembre"... Eso es lo mismo que hablar de ventanas cerradas, de horizontes grises, de norte, de olvido, de amargura, de muerte... Preciso es convencerse de ello.

Hoy, más que nunca, este nombre fatal de "septiembre" ha dejado caer su negra sombra sobre España. Jamás en tan pocos días se habían desarrollado en ella tantas y tan terribles catástrofes como las que han ido ocurriendo durante el transcurso del mes fatal, sucedidos amargos que han sembrado el pánico en los pacíficos moradores de la tierra española.

Para preámbulo de tragedias, en el Parque Zoológico del Retiro, cuando el guarda iba a dar

de comer al oso blanco, éste, que por un olvido del vigilante, no había sido pasado previamente a la caseta de seguridad, sino que había quedado en la misma jaula donde se muestra al público, se abalanzó de un salto sobre el hombre que le llevaba el alimento, y trató de estrangularle con sus potentes brazos. A los gritos aterrorizados de la víctima, el jefe del Parque y su hijo, armados de escopetas, acudieron con toda rapidez, logrando llegar a tiempo para disparar sobre el oso, que, herido mortalmente, cayó hacia atrás con los brazos abiertos, dejando en inmediata libertad al guarda, el cual fué transportado a toda prisa a la Casa de Socorro más próxima. El infeliz llevaba las ropas ensangrentadas. Su cabeza presentaba desgarraduras terribles; le colgaba, como en flecos, el cuero cabelludo. Un zarpazo del oso le había despedazado el labio inferior; le faltaba media oreja; en el cerebro presentaba una profunda herida; tenía destrozados los hombros (manifestación bien clara de la tremenda lucha que había trabado con la fiera)... Parece que sólo en las pesadillas pueden ocurrir estas cosas.

El público madrileño se calosfrió ante un suceso semejante. Y luego, cuando apenas iba saliendo de esta impresión, le llegaron nuevas y fatales noticias: las del descarrilamiento en la estación del Norte.

Avanzaba hacia Madrid un tren de mercan-

cías, compuesto de sesenta y seis vagones, y a la entrada del primer puente, debido quizás a una rotura de las cadenas de arrastre, dividióse el tren por la mitad, lo que no fué advertido, porque esa mitad desprendida, a causa de la fuerza de inercia, siguió fielmente a los vagones encabezados por la máquina. Mas he ahí que, de pronto, como el tren acortase la marcha porque iba ya a entrar en Madrid, los vagones sueltos que venían detrás, levantando la cabeza como sierpes que se preparan a morder, montaron sobre los coches delanteros, y después de hacer en lo alto algunas contorsiones epilépticas, cayeron con gran estrépito a la cuneta de la parte izquierda del puente, donde se hicieron pedazos.

Inmediatamente se acudió en auxilio del tren para atender a las víctimas; pero por un completo milagro, encontraron ilesos a todos, aunque tanto los maquinistas como los conductores estaban atacados de una fuerte excitación nerviosa.

El suceso se comentó por todas partes. Los diarios publicaron fotografías de los trenes deshechos; la gente volvió a temblar de espanto.

Y cuando aún no recobraba la serenidad, una nueva catástrofe, la más grande que ha ocurrido en Madrid, llegó a estremecerla dolorosamente.

A las siete de la noche, hora en que se representaba en el antiguo teatro de Novedades la

obra de Carreño y Sevilla titulada *La mejor del puerto*, una potente voz lanzó entre bastidores este grito: "¡Fuego! ¡Fuego!..."

Y no eran ciertamente los gritos de algún jocoso que tratara de divertirse con el pánico del público, sino la nota segura de advertencia que no falta nunca en los momentos graves de peligro.

Efectivamente: la decoración que en ese instante se presentaba en la escena comenzaba a incendiarse.

El jefe de la maquinaria, que estaba entre bastidores, dió a los empleados la orden de echar abajo la decoración incendiada para evitar que el fuego se propagase al peine, que, como ya se sabe, es de madera. Los empleados obedecieron en el acto, comenzando precipitadamente la maniobra del desprendimiento de las telas para arrojarlas al suelo; pero inútil era ya todo, porque los forillos, los telones, los pies de la decoración, cuanto había en el escenario, ardía entre grandes llamas que subían como sedientas lenguas de monstruos, para lamer y devorar el techo del viejo teatro.

El público, al que no pudieron serenar las notas de la orquesta empeñadas en ofrecerle calma, se levantó con pavor de sus asientos y se dispuso al escape.

Los más valientes y cuerdos trataron de encauzar la evacuación del teatro; pero como a

los pocos minutos comenzaron a caer sobre todos trozos de cartón incendiado, el pánico aumentó instantáneamente, y entonces el aspecto de la amplísima sala fué aterrador. La lucha por la vida templó brazos y piernas; cada espectador quiso ser el primero en ganar la salida; vinieron, pues, los empujones brutales, los combates de hombre a hombre y, como consecuencia natural, las caídas, el amontonamiento de cuerpos, el escalamiento de éstos por la multitud enloquecida, la confusión, el delirio y, para colmo de la catástrofe, la suspensión de la luz, es decir, la sombra total... ¿Comprendéis bien lo que esto puede ser?

Por las escaleras interiores, entre la más densa tiniebla, el público rodaba como arena que se deja caer de los carros de transporte. Pronto fué imposible el descenso, porque el amontonamiento de cuerpos en los escalones, formaba cerros.

Los gritos ensordecían. Los que estaban aún en pie seguían luchando sin saber siquiera hacia qué dirección debían encaminarse en pensamiento, ya que los pies no podían llevarles a parte alguna. Otros, los dichosos, los que al ir en busca de su billete se juzgaron desafortunados porque sólo encontraron asientos al fin del teatro, fueron los que pudieron escapar más pronto, bendiciendo el tardío momento en que acudieron a la compra de sus entradas.

Afuera, la multitud era una masa compacta

que levantaba los brazos hacia el cielo pidiendo socorro para los que aún no salían.

Muchos de los que lograban escapar, llevaban las ropas incendiadas y los rostros y las manos sangrantes, siendo tal su desconcierto, que no atendían al auxilio que se les quería prestar, sino que seguían corriendo a lo largo de las calles, como locos escapados de un manicomio.

Poco después, el teatro entero quedaba convertido en una hoguera que se elevaba hacia las nubes, como si pretendiera incendiarlas también. El espectáculo era imponente. Y en medio de esta visión fantástica que cegaba los ojos, un ruido formidable, un estrépito jamás escuchado antes de entonces, hirió de pronto los oídos: era que la techumbre del teatro se desplomaba...

Madrid se estremeció de horror. Más de sesenta muertos, y más de doscientos heridos, fueron sacados de los escombros. El incendio quedó apagado al alba. El pueblo entero lloró después al seguir devotamente el entierro de las víctimas. Madrid se ahogaba en lágrimas mientras iba cruzando a pie las avenidas y calles que le llevaban al cementerio. En él sollozó después con verdadera angustia, asistiendo a las más patéticas escenas: padres que habían perdido de un golpe a sus hijos; hijos que habían perdido de un golpe a sus padres; mujeres que se empuñaban en abrir los cajones para ver por últi-

ma vez los cuerpos mutilados de sus deudos; exclamaciones de horror; personas con ataques, rostros cadavéricos, miradas lastimosas... Un cuadro verdaderamente lamentable, que parecía no hallar la conclusión.

Por fin se acordó la vuelta, que fué en extremo dolorosa. El público prestó sus brazos para que se apoyaran en ellos los huérfanos, los desventurados. El espectáculo era conmovedor.

Los sacerdotes, que con la cruz en alto habían ido y habían vuelto al frente de la comitiva, cantando de tiempo en tiempo dolientes respuestas, entonaron un último lamento, que no canto, al llegar a una esquina. Y el duelo se despidió sin palabras.

Y si fué lastimoso el regreso a la casa para aquellos que aún tenían familia, ¿cómo sería ese retorno para los que habían quedado sin ella, porque acababan de abandonarla en el campo-santo?...

La ciudad, dolida, cerró sus teatros; y la risa y la sonrisa huyeron a esconderse bien hondo, temerosas de un ataque hostil.

¡Pobre Madrid! ¡Pobre España!... Porque aún no ponía fin a su lista de quebrantos, ya que tres días más tarde otra catástrofe mojó con sangre su abnegado suelo. La noticia llegó por telégrafo a Madrid; venía de Melilla; estaba dirigida al jefe del Gobierno, y decía lo siguiente: "Me apresuro a comunicar a vuestra exce-

lencia que hoy, a las doce y media de la noche, ha volado el fuerte de Cabrerizas Bajas, donde estaban almacenados cerca de veinte mil kilos de pólvora negra. A causa de la explosión ha quedado completamente pulverizado el fuerte, y en extremo averiado el barrio de Cabrerizas Bajas, siendo numerosas las casas destruidas, así como los muertos y heridos."

Este fué el telegrama, y los detalles de la catástrofe vinieron a las pocas horas: los alrededores del fuerte, en una extensión de cien metros, aparecían completamente cubiertos de escombros. Muchas de las barracas allí levantadas, donde vivían familias humildes, quedaron sepultadas por los efectos de la explosión. El aspecto del barrio era imponente. Por todas partes se escuchaban gritos de angustia y peticiones de auxilio. Gentes sin número buscaban entre los escombros a sus deudos desaparecidos; había mujeres que lanzaban pavorosos aullidos de dolor.

Fuerzas militares llegaron inmediatamente para proteger los trabajos de salvamento. La labor era penosísima y peligrosa, pues casi todas las casas estaban en ruina. Para mayor desdicha, el alumbrado público se apagó de pronto, dificultando horribilmente los trabajos. Se utilizaron los servicios de todo el que los ofreció para transportar a los heridos y a los muertos

a las clínicas. Había cadáveres sin cabeza; los había sin brazos, sin piernas...

Un sacerdote, acompañado de varios monaguillos que llevaban velas en las manos, se presentó en el lugar de la catástrofe para administrar los Sacramentos a todos los heridos que se hallaban en trance de muerte, así como a los que habían ya perdido la vida.

Pero es casi imposible repetir la descripción de escenas semejantes.

Más de cuarenta muertos fueron encontrados, y los heridos llegaron a doscientos. ¡Oh, suerte impía de todos!...

Volvió a formarse la dolorosa comitiva para el entierro de las víctimas, y el pueblo español volvió de nuevo a seguir dolientemente por las calles la procesión de carros atestados de muertos...

Septiembre le veía marchar, inexorable, como un dios tallado en mármol que no quiere oír los ayes ni ver las lágrimas.

Pero ese dios de piedra, vivo sólo para las venganzas, no satisfecho aún con lo ocurrido, hizo que al día siguiente, cuando un camión que regresaba de Reinosá llevando ocho personas, iba sobre el puente de la Media Hoz, en el kilómetro 38 de la carretera de Santander a Valladolid, otro coche le alcanzase, tropezando con él bruscamente y haciéndole caer sobre el río desde una gran altura.

Los ocupantes del vehículo fueron inmediatamente extraídos de las aguas; pero uno de ellos estaba ya muerto, y todos los demás, heridos.

¿Quedaba septiembre satisfecho, por fin?

No. Al otro día, cuando algunas mujeres cruzaban el Zújar (río de La Coronada), una fuerte avenida las sorprendió de pronto en mitad de la corriente, las arrastró furioso, las golpeó sin compasión y acabó por ahogarlas en el abrazo de sus olas pérfidas. Por esta vez no hubo entierro de víctimas, porque, desgraciadamente, los cadáveres habían desaparecido...

¿Basta ya? Aún no; que esto pasaba el 28, y todavía faltaban dos días para que septiembre terminase.

El 29, pues, cuando parecía que ya el ogro de las catástrofes se había saciado, llegó la nueva fatal: el túnel de Villarreal del Campo, en el que estaban haciéndose reparaciones, acababa de hundirse, aplastando a nueve obreros. Tres estaban vivos todavía, aunque sepultados a seis metros bajo tierra. Sus gritos se oían claramente: "¡Socorro! ¡Socorro...!"

Aquello enloquecía. Porque no era cosa de presentarse allí con muchos hombres para cavar presurosamente esos seis metros de tierra y llegar en el acto al fondo; no: había que ir despacio, con toda precaución, ya que, siendo malísima la calidad del terreno, era preciso evitar los posibles derrumbamientos.

Más de doscientos hombres se emplearon para los trabajos de descombro. En el sitio donde se escuchaban los llamamientos de auxilio, fueron colocadas por los ingenieros, además de la máquina inyectora de aire, otras máquinas aspiradoras, con objeto de limpiar de gases el ambiente que los tres sepultados estaban aspirando. Fué preciso apuntalar las paredes y techos, para prevenir el gravísimo peligro de nuevos hundimientos que siguieran segando vidas.

De los pueblos próximos habían acudido médicos; y mientras se instalaba convenientemente a los heridos y se les asistía, los trabajos de descombro y excavación continuaban, punteados de tiempo en tiempo por los gritos angustiosos de los tres enterrados.

Se trabajó por espacio de cuarenta y dos horas seguidas. Varias horas antes dejaron de oírse los gritos. Y cuando al fin se llegó hasta el fondo, los obreros, emocionados, temblorosos, extrajeron dos cadáveres y un hombre vivo. Este, pálido, extenuado, se irguió al instante, y al verse ya fuera de su sepultura, recobró el valor y el uso de la palabra.

—¡Que hable, que hable! —gritaban todos.

Y Daniel Piquer (éste es su nombre) contó sus emociones trágicas.

Cuando sobrevino el hundimiento, el mozo se encontraba junto a un pequeño vagón vacío, que se volcó al derrumbarse sobre éste un enorme

bloque de piedra. Daniel quedó en el hueco del vagón, sin sufrir daño alguno, permaneciendo allí por más de cuarenta horas. Junto a él quedó también una lámpara de acetileno, que se conservó encendida hasta el fin. En los primeros momentos, el sepultado creyó que su muerte vendría por asfixia; pero poco después la esperanza le alentó al oír los gritos de los que trabajaban ya en el salvamento. Cuando pudo ponerse al habla con ellos, pidió que, por compasión, le suministrasen aire con una bomba, cosa que se logró bien pronto. ¿Y sus compañeros de tumba? ¡Ah! Sólo pudo decir que les sentía muy cerca de él, que les oía la voz, pero que después... el silencio más completo le había separado de ellos.

Una pausa dolorosa puso punto final a tan impresionante relato; y en seguida, como quien vuelve en sí de un macabro sueño, Daniel se levantó lleno de emoción, y abrazando efusivamente a los obreros, les dió las gracias por haberle salvado la vida.

Pero no hay que detenerse más aquí, porque la última catástrofe de septiembre nos espera.

Bien de madrugada llegó la información: "Hoy, a las tres de la mañana, chocaron dos trenes expresos de Algeciras, resultando diez muertos y treinta heridos".

¿Nos detendremos a pintar con detalles minuciosos esta nueva catástrofe del mes fatal? Ya

no hay fuerzas para ello. Digamos solamente que los dos trenes avanzaban a gran velocidad en línea recta, y que aunque los maquinistas, al ver que un enemigo potente se les enfrentaba, dieron contravapor para frenar, el choque fué inevitable. Las máquinas quedaron como soldadas la una con la otra, y los coches furgones fueron de tal modo aplastados, que su largo quedó reducido a un metro. Entre los restos de estos coches se veían asomar cadáveres, revueltos con maletas y equipajes. Uno de los coches de viajeros se precipitó por un talud de veinte metros, en la margen derecha del Guadalquivir...

Y ya para terminar este cuadro, oigamos lo que refirió el conductor del tren 95.

Viajaba con un compañero suyo en la plataforma del coche de primera clase (que se convirtió en astillas). Como tenía a su cargo la revisión del citado coche, acababa de recorrer el convoy. Todos los viajeros iban dormidos, y el silencio era absoluto. Después de pasar una completa revista, se detuvo en la plataforma, con su compañero, pues éste llevaba el propósito de bajarse en el apeadero de Las Madrigueras, si el tren paraba en ese sitio. A la vista ya de la estación, su amigo le rogó que volviese a la cola del convoy para que de allí le arrojara una pelliza que había olvidado en el furgón. Lo hizo así; mas cuando iba a la mitad del coche, sintió

que el tren era frenado violentamente. En el acto comprendió que un grave peligro les amenazaba, y con el instinto y la práctica de los viajes, se arrojó sobre el asiento, donde estaban colocados unos almohadones. Al quedar allí tendido, oyó un estrépito espantoso, y en seguida, perdió el conocimiento. Ignora cuánto tiempo estuvo así; mas al volver de su letargo, se encontró aún recostado en las almohadas; pero éstas se hallaban ya sobre un montón de astillas, hierros, puertas, vidrios..., una masa informe, hecha con los restos del vagón destrozado. Su inconsciencia era tal, que no podía moverse; y así permaneció hasta que llegaron a levantarlo, creyéndole muerto. Fué tan profunda su impresión, que por varias horas no halló palabras para expresarse.

Mas pongamos ya término a estos relatos.

Concluyó, por fin, septiembre. Al verle partir, nos hemos signado, temblorosos.

Y octubre, como para curar nuestro espíritu, en vez de llegar con sus recios vientos y su cielo sombrío, se ha presentado caricioso, lleno de sol, con brisas tibias, con mariposas, con pájaros... En el ambiente me parece ver una mano que bendice... ¡Perdonados sean los muertos! Y vosotros, los que estáis con vida aún, dad las gracias.

Madrid, octubre de 1928.

HABÍA EN MADRID UNA CALLE...

En efecto: había en Madrid una calle...

—Pero —me diréis— precisa acabar esa frase comenzada. ¿Es que ya no hay en Madrid esa calle que parece evocar tantas cosas?...

—No —responderé—. Al menos, ya no hay esa calle *para mí*. ¡Y era tan atrayente! ¡Sabía llamarme con tanta dulzura!...

Y es que en esa calle había una casa... y en esa casa había una dama tan noble de espíritu y de abolengo, tan dulce de corazón y de rostro, tan alta de cuerpo y de miras...

Cuando yo pasaba por aquella esquina, sentía como si una mano me tomase del hombro, me introdujese con firmeza en esa calle y no me soltase sino hasta dejarme en la puerta de cierta casa hermosa y sugestiva. Ver entonces las escaleras y atender a su llamado, era una sola cosa para mí. Subía precipitadamente, y momentos después, al entrar en aquel salón donde ardía de continuo una poética lámpara encendida ante la hermosa Virgen de Murillo que decoraba con gran majestad el muro del fondo...

Pero acabemos : ¿qué calle era ésa, y quién era esa dama tan noble de espíritu y de abolengo?

La calle (que ha muerto para mí) llevaba el nombre de Ayala; y la dama, a quien ha llorado lo mejor de Madrid, era la condesa de Doña-Marina. Su alma reposa ya en el seno del Señor, y su cuerpo ha quedado sepultado en Miraflores de la Sierra, sitio que la muerta amaba de un modo tierno y especial. Allí, en los primeros días de julio de este año, fué depositada en tierra la caja que guardaba sus restos.

Yo, que me honré con el afecto de tan noble señora, y a quien quise y quiero con devoción, traigo su nombre a estos renglones para que él también quede guardado en la caja de plata donde tengo recogidos mis amados recuerdos de Madrid.

Plumas valiosas han hecho el panegírico de la dama, de su bondad, de su distinción, de su talento. Este le venía directamente de su abuelo, el ilustre poeta de los *Romances*, D. Angel de Saavedra, duque de Rivas.

El gran académico D. Antonio Rubió y Lluch dice de ella:

"Fué la gentil condesa una dama excepcional. Su gallardo cuerpo era digno de la bella alma que albergaba, como rico brillante engastado en joyel de oro. Egregia por su ilustre cuna, egregia por su distinción, llena de naturalidad y de gracia; el Greco, a conocerla, de

seguro la habría tomado por modelo de uno de sus retratos inmortales.

"Mas el encanto mayor de la condesa tuvo su asiento en sus grandes y soñadores ojos, llenos de callado misterio; en su mirada, bañada de ternura y bondad inefables. Ora lucía en ellos un rayo de luz triunfadora; ya eran fuente inagotable de inmensa piedad. Los ojos, se ha dicho mil veces, son el espejo del alma, y a los de la condesa asomaba la suya en la plenitud de su belleza espiritual, bondadosa, vehemente, desinteresada, agradecida. Nadie como ella sabía comprender los dolores de los demás, haciéndoselos propios; nadie, atraer los corazones atormentados a las más íntimas confidencias. En dulces pláticas sentíase uno ganado por aquel generoso corazón, y vertía en él todo el acíbar de sus penas con suave alivio de ellas. ¡Cuántos secretos ajenos, guardados fielmente como en inviolable confesonario, se ha llevado a la tumba!

"No conoció jamás la fría ponzoña del egoísmo humano. Ofrendó su existencia entera al culto de la severa deidad del sacrificio. Y este culto estaba formado, así de actos heroicos externos, como de abnegados silencios y de calladas renunciaciones. ¡Ah! Todas esas secretas maravillas del alma que solamente los ojos de Dios ven y que están formadas por las gotas del oculto llanto del sufrimiento, son como las

portentosas e invisibles grutas de estalactitas que encubre la tierra en sus negras profundidades, ignoradas del hombre. Todo ello se explica por el alma, tan creyente, que atesoraba su pecho; por su profunda fe cristiana, que sintió siempre sin desmayos.

"Su mayor ejecutoria de nobleza la hacía consistir en ser nieta del duque de Rivas, y más que por la alta jerarquía nobiliaria de este título, por haber sido su amado abuelo uno de los príncipes del Parnaso. ¡Con qué ardor, con qué vehemencia, con qué voz, trémula de emoción, recitaba los romances históricos de su ilustre antepasado, uno de los soles del romanticismo español!"

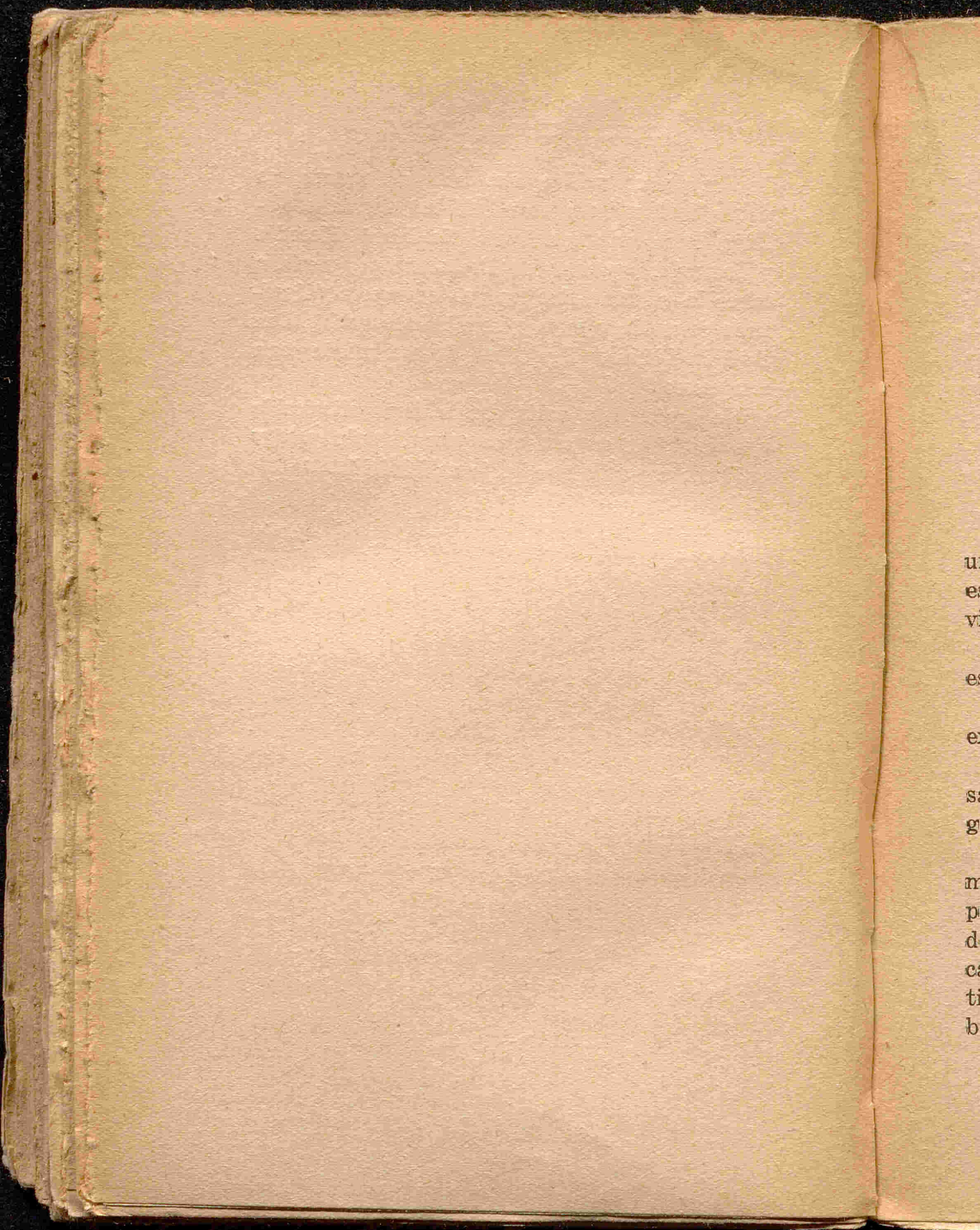
El reputado escritor D. José de la Riva-Agüero, marqués de Montealegre de Aulestia, dice de mi inolvidable amiga:

"Su ecuánime y firme bondad fué, ante todo, herencia de su idolatrado padre, el marqués de Heredia, y de los lejanos orígenes de esta familia. Los Heredias de Granada, que tuvieron tanto lustre y grandeza en el siglo XIX con el conde de Ofalia, remontaban auténticamente a los célebres Fernández de Heredia de Aragón, progenitores de los condes de Fuentes, y enlazaban así con el gran maestro de San Juan, el guerrero erudito D. Frey Juan Fernández de Heredia, que en el siglo XVI conquistó dilatadas comarcas de Grecia, y en su opulenta biblioteca

de Aviñón compiló e hizo traducir numerosos libros de las literaturas helénica, latina e italiana. Por donde la señora doña Josefa Heredia y Saavedra, condesa de Doña-Marina, venía a tener la misma oriundez que su esposo (dignísimo compañero suyo y escritor de valía), don José de Liñán y Eguizábal, de tan rancia cepa aragonesa."

He aquí, pues, quién era la dama admirable que habitaba en esa casa (abandonada ya), y cuál era esa calle que había en Madrid...

Noviembre de 1929.



u
e
v
e
e
s
g
m
p
d
c
ti
b

ESPAÑA Y LA NOVELA ESPAÑOLA

A MI SOBRINO JUAN REBOLLEDO CLÉMENT.

—Sí —dije—, es una novela muy hermosa; un verdadero estudio de pasiones. El autor, que es español, y que, por lo mismo, conoce maravillosamente el espíritu de sus compatriotas...

—¡Cómo! —se me interrumpió—. Pero ¿es español el autor de esa novela?

—Sí que lo es —respondí—. ¿Por qué tanta extrañeza?

—Pues... sencillamente: como ese libro, a pesar de ser tan hermoso, no tiene *ambiente* ninguno español...

No me admiró semejante respuesta. Es que muchos necios se empeñan en creer —está ya perfectamente observado— que, en tratándose de España, y por tanto de novela española, no cabe pintar el salón, el caballero, la dama, la distinción del porte, la corrección en el decir, el buen tono, la elegancia (sin especializaciones)

del decorado, ya sea del *hall*, del salón, del comedor; el indumento que para damas y caballeros está adoptado por todas las naciones civilizadas; las costumbres de todos los bien nacidos; la postura de los seres normales; la música fina, la música clásica, la risa oportuna, la inclinación del respeto, la serenidad, la media voz, la melancolía...

No; esos necios no aceptan para España, y, por tanto, para la novela española, nada de esto.

Ante sus ojos miopes, sólo el torero y la manola tienen carta de españoles.

¿El salón? Pero ¡quién habla de él, si hasta parece que no existe! Píntese el corro, con los bailarines danzando la jota entre “¡olés!” desenfrenados, entre gritos estentóreos, palmoteos, taconeos y carcajadas. Píntese el *cabaret*. Píntese el *café*.

¿Chopin, Beethoven, Mendelssohn?

¡Quiá! Cante *jondo*, y sólo cante *jondo*.

¿Indumento para damas y caballeros?

Mantón de Manila y peineta de medio metro para ellas; y para ellos, sombrero cordobés, chaquetilla corta, pantalón muy bien ceñido, y hasta faja de colores...

¿Su postura?

Siempre en jarras.

¿Hablar el español con la gramática en la mano?

¡Imposible! Eso no se acepta en la novela es-

pañola. Es preciso decir ¡Vayá! (por ¡vaya!), ¡andá! (por ¡anda!), *mi arma* (por mi alma), *miusté que* (por mire usted que), *picao* (por picado), *güeno* (por bueno), eso no es *ná* (por eso no es nada), es un *golfo* (por es una mala persona), no *tié* razón (por no tiene razón), *atontá* (por atontada), no te pongas *chulo* (por no te pongas intratable), *é* un besugo (por es un besugo), ir *a* por agua (en vez de ir por agua), *¡pa qué?* (en vez de ¿para qué?, ¡menuda casa!, (por ¡vaya una casa grande y hermosa), ¡*miá* que te pego! (por ¡mira, que te pego!), ¡viva tu *mare!* (por ¡viva tu madre), *tiés* cara de *alocá* (por tienes cara de alocada), etc., etc., etc.

El que adopte este lenguaje, desconocido para el diccionario de la lengua castellana, ese es el hábil, el *único* escritor que sabe tratar y presentar la novela española.

¿Hablar de tristezas en ella? ¡Qué disparate! Eso es tanto como demostrar una ausencia total de cerebro. Conservo yo una carta que a la letra dice: "Me guardaré de ir a España, porque España es el país de la risa." ¡Decirme esto a mí, que he podido encontrar un grito de dolor hasta en las peteneras!... ¡Oír esto yo, que conozco la queja sin medida de las danzas de Granados, el dolor sin nombre que se escapa de la música de Albéniz, esos dos ilustres compositores españoles que han copiado en sus notas, más fielmente que lo hiciera una cámara fotográfica,

la voz de su amado pueblo, el acento sincero con que, al caer la tarde o la noche por caminos y carreteras, el cansado viandante desahoga en cantos doloridos su fatiga, ya trotando lastimosamente detrás del borriquillo cojo, ya montado en la mula, ya arrastrado en un carro maltrecho por un caballo flaco que sólo aspira a tenderse en tierra! ¿Por qué en España nada más *la risa*? ¿Quién ha puesto en este país trincheras para que el sufrimiento no las salve? ¿Por qué esa inmunidad contra el dolor?

Aquí, como en todas partes, la muerte, la enfermedad, la pobreza, enlutan hogares y corazones, abaten cabezas, quitan esperanzas, empapan en lágrimas las pupilas, arrancan del pecho el quejido, marchitan el color del rostro, siembran la melancolía en el alma y ponen en la voz temblores de angustia... ¿Por qué, entonces, aquí *sólo la risa*? Verdaderamente, no caben estas conclusiones en ninguna inteligencia, por mediana que sea.

Pero no nos detengamos más en este punto, y sigamos pintando la España de los ignorantes.

Novela que no se desarrolle entre alegres panderos y ruidosas castañuelas, no puede tener ningún ambiente español. ¡Y pensar que en los trece años que he vivido en Madrid sólo dos veces he oído tocar las castañuelas: una, en el teatro, y otra, en la calle, manejada por los dedos huesosos de un mendigo que imploraba la caridad,

llamando al público por medio de ese lamentable y permitido engaño!...

Pero no; esto no se le hace creer al necio. Las castañuelas, según él, están alfombrando calles y casas en la alegre España. No pueden, por tanto, faltar en la novela.

¿Y el pandero?...

—¡Ah! —se responde con fruición—. Ese lo tocan en España hasta los curas.

Yo creí que el pandero sólo sonaba en los rincones de los barrios bajos de Madrid; yo pensé que solamente lo llevaban consigo los gitanos, cuando pasan como una exhalación por alguna plaza, llevando del ronزال un oso domesticado que baila, o un monillo que hace piruetas sobre dos cajones.

Mas no; con estas verdades no comulga ese necio (que se cree tan listo). Esto, según su criterio, hay que servírselo al idiota, pero lo que es a él... ¡No, vive Dios!...

Aquí —puede él muy bien asegurarlo con firmeza— los bailarines de jotas van hasta detrás de los muertos que llevan a enterrar.

¿Aquí, respeto?

¿Qué locura! ¡Si es el país de los piropos!

¿Barreras aquí? ¿Taxativas?

Pero ¡si éste es el país del "No me da la real gana!"

¿Orden?

¡Desorden! Nada más.

Se ve que este fanfarrón no acierta nunca con la verdad. Sólo con ver en España una procesión, se sabe de un golpe cómo es en ella el orden, el respeto, las barreras. Orden hay para el público en las antecámaras de Palacio; orden hay ante el mostrador, para comprar el pan. ¿Respeto? Lo tienen aquí, desde la mujer honrada, hasta el puesto de frutas o de flores que ha quedado a la orilla de la puerta o fuera de ella, porque el local es estrecho. Ninguna mano se alarga para tomarlas. Nadie mira un entierro sin descubrirse. Nadie pasa ante una iglesia sin signarse o tocarse el sombrero. Ninguna cabeza está cubierta cuando pasa el batallón. Y todos se arrodillan en tierra cuando cruza la calle el santo Viático. Si a esto no se le llama respeto... no sé qué calificativo merecerá.

Pero continuemos.

No habléis del té, mientras una manos delicadas interpretan en el piano alguna elegante rapsodia de Liszt. Hablad solamente de las "seguidillas" y del vaso de sidra —únicos amigos aceptables.

¿Vale como heroína de la novela una joven bien nacida, buena y bella, que sea capaz del sacrificio?

¡De ninguna manera! Eso no tiene ambiente español. Hay que llevar a las páginas a la modistilla, pero no a la modistilla honesta y esforzada que mantiene con su trabajo a la madre

viuda y enferma y a los débiles hermanillos, sino a la otra, a la *tobillera* sin pudor, que cruza las calles de la ciudad con su caja colgada al brazo, la falda arriba de la rodilla, los labios color de lacre, el cerebro vacío, bien ungida de vulgaridad, oliendo a colonia barata, y dispuesta a hurgar en los bolsillos de sus amigos para obligarles a dejar en sus manos cuanto llevan... ¡He aquí a la heroína, a la única heroína!

¿Y él? ¿Y el héroe?

Algún marqués "muy listo", que se ríe de su abolengo y de todos los abolengos del mundo, que ha mandado raspar de su coche el escudo, que en sus tarjetas ha substituído la corona con un lince de ojillos maliciosos, que se levanta a las dos de la tarde, que se acuesta con el alba, que vuelve tambaleante a su palacio, que habla en *caló*, que ha encontrado el mejor amigo en su ayuda de cámara —un rufián—, que juega sumas fabulosas, que gasta el dinero de la peor manera, que en su diván favorito ha puesto un mantón floreado, que en las paredes de su alcobá ha colgado, como en las cacharrerías, panderos, peinetas, sonajas, abanicos, zampoñas, banderillas de colores, capas encarnadas, cuernos de toros, un estoque, estampas de ferias, retratos de manolas, retratos de chulos...; en fin, una mezcolanza abrumadora, capaz de enloquecer al lector que haya tenido la mala suerte de poner los pies en ese recinto...

Sólo allí debe llevar a sus oyentes el novelista español o aquel que, aunque no tenga esa nacionalidad, se proponga escribir novela española. ¿Queda entendido? ¡Cuidado con olvidar la imposición! ¡Cuidado con hacer gala del idioma castellano —tan bello, tan amplio, de giros tan elegantes!—. Eso no se permite.

¿Estudios de almas? ¡Al vertedero con ellos! Ambiente, ambiente y ambiente; es decir, telas de colorines, pañuelos con cenefas, cintas en el cabello, brazos en jarras, postura de bailarines, y ¡olés! Esto, y sólo esto.

Dada tal muestra de lo que *únicamente* debe ser la novela española, ¡que arroje al fuego sus libros D. Ramón María Tenreiro, el hábil narrador español, que trata el idioma con guante blanco y que sabe ahondar, como un adivino, en el corazón humano! ¡Que destruya sus novelas D. José María Pemán, el exquisito pintor del alma, el traductor del sentimiento, que sabe saturar el ambiente de sus libros con poesía, y que puede fácilmente —supremo triunfo y el más difícil de todos— arrancar sinceras lágrimas a sus lectores! ¡Que esconda sus novelas Concha Espina, ya que ella casi siempre da la espalda al ajuar, para poner sus ojos en el paisaje!

Y como estos escritores, muchos otros que no cito para no hacer una lista interminable, ¡que oculten sus obras, ya que en ellas no aparece la España del gitano y del *caló*!

No es mi intención, al censurar a los necios que exigen un solo condimento para la novela española, restar mérito a otros escritores que han pintado y pintan a maravilla, con arte y con sentimiento, la clase humilde del país, con su expresión incorrecta y su decoración especial. Palacio Valdés, por ejemplo, con sus majos, y Pérez Galdós, con sus lavanderas. De mano maestra están dibujados, por Valera, los campesinos andaluces; y el gran Pereda inyecta vida firme y eterna a su gente pueblerina. Blasco Ibáñez pinta magistralmente a los valencianos, y Curro Vargas se complace en mostrar al madrileño humilde, figura típica que vive su vida especial, ya iluminada con sonrisas filosóficas, ya rociada por las lágrimas.

Pero exigir que al relatar acontecimientos ocurridos en España se envuelvan forzosamente en vaho de toros y toreros, es estar muy lejos de la realidad. Y eso que los buenos toreros beben té, se visten correctamente, y desde los tiempos del *Guerra*, llevan consigo cuadrillas disciplinadas, a las que imponen conducta severa para no flaquear en los momentos del peligro.

Todas las cosas deben hacerse a su hora, basadas puramente en la verdad. Háblese de toros cuando se describa una *corrida*; háblese de gitanos cuando éstos sean los héroes. Pero pretender que en el salón haya "ambiente" de toreros y gitanos, sólo cabe, lo repito, en el necio.

El salón español, y la dama y el caballero que allí se reúnen para saborear el té y escuchar música sabia y hermosa, no tienen ambiente especial ninguno. Ese salón, con su concurrencia, es el mismo de Francia, el mismo de Bélgica, el mismo de Méjico. Porque la gente sensata, la gente culta, la gente bien nacida, con diferencia del idioma, es la misma en todas partes. Así como lo es también la gente de costumbres depravadas.

Puede, pues, el novelista ir de frente hacia el estudio de los espíritus, sin que falte a la verdad de las pasiones por el hecho único de no pintarrajear la decoración con los coloretes que le exige un lector de cerebro anemiado y de gustos de coleccionista.

No falta quien pretenda imponer al novelista mejicano que habla de la época actual y que pinta pasiones que son de todas partes y de todas las almas, decoración forzosa de teponaxtles, huipiles, chimales, ídolos, metates... Tal parece que Méjico es sólo esto. Cualquiera diría que los ídolos ruedan allá por las calles... Es fantástico.

Y esto mismo se quiere hacer con España.

Pero ¡gracias a Dios! las plumas sensatas fijan con energía sus divisiones, poniendo cada cosa en el sitio justo que le corresponde. ¡Loadas sean esas plumas, que saben, mediante separaciones racionales, serenas, juiciosas, de-

volver a su amada patria la dignidad que un vulgo necio pretende arrebatárle!

No hay derecho alguno a exigir que la novela española sólo pinte lo que pasa en los barrios bajos.

Si fuera de ley acatar imposiciones de temas y de ambientes para hacer novela, más lógico sería que se obligase al escritor a cuidar en sus obras de la perfección del idioma, a presentar tipos y sucesidos que estén de acuerdo con la civilización y la moral, a extirpar de esos "ambientes" todo lo que es vulgar, de mal gusto, enemigo del arte.

Pero ya que la libertad permite ampliamente al novelista tomar el rumbo que mejor le acomode, ¿no es un verdadero absurdo que se le quiera imponer el *caló*, la vulgaridad y hasta lo soez y anormal, so pretexto de que sólo con esos ingredientes se condimenta la novela española?

Apenas cabe en el cerebro tal absurdo.

Yo, para ver al novelista, lo examino desde una torre bien alta, que tiene en rededor amplísimos horizontes.

Y por lo que hace a mí, al escribir novela, repetiré lo que ya dije cierta vez a un periodista que tuvo la bondad de dirigirme esta pregunta:

—¿Qué es lo que más le complace a usted describir o estudiar en sus libros: modas, costumbres, pueblos?

He aquí mi respuesta :

—En tratándose de hacer novela —dije— lo único que me interesa es el estudio de las almas, porque las almas son la humanidad entera. Las modas pasan como las aguas de los ríos; las costumbres evolucionan, y los pueblos se circunscriben; pero el dolor y la alegría son los mismos en el universo entero, como lo son todas las demás pasiones que forman el alma humana. Lo pasajero no me interesa gran cosa al escribir novelas; por eso no hago en ella listas muy largas de los brillantes chirimbolos de la decoración; lo que pasa, lo que muere, me interesa poco. Me atrae el alma porque es inmortal. Costumbres, razas y pueblos desaparecen; pero la faz de la tierra está cubierta de almas, y las pasiones de éstas fueron, son y serán las mismas, ya que el amor data de Eva y que el odio nació en Caín.

Madrid, noviembre de 1929.

LA CASA VACÍA

Cierto que no había sido largo nuestro viaje por Francia; pero al ir cruzando las últimas avenidas que, ya en Madrid, nos volvían al hogar, temíamos que fuese un engaño. ¡Tanto habíamos ansiado volver!... Mas no; las calles mismas parecían hablar con voz muy clara, como para alentar nuestros pasos. "He aquí ya la casa del molino de viento", decían. Y más adelante: "Aquí está la fuente..." Y luego: "Ved ya los *Viveros de la Rosa*." Y más tarde: "Mirad, habéis llegado a la Ciudad Jardín..."

Andábamos cada vez más de prisa. Y mientras íbamos avanzando, traíamos a la imaginación el recuerdo de nuestro huerto, allá en la *Villa de las Acacias*, y el de los jardines vecinos, cuyos moradores eran amigos fieles.

Todos ellos pasaban en procesión ante nuestra mente: la poética Marujita, lo mismo que una azucena (por el rostro y por el traje), en pie sobre algún camellón; sus padres, el geógrafo illustre Dantín Cereceda, y la exquisita traductora

de Murger, leyendo bajo los chopos; en la casa frontera, Pilar Ubillos, igual a las hadas de los cuentos, y su madre (otra Pilar de sonrisa acogedora) conversando en su terraza; a la izquierda, la interesante viuda del pintor Muriel, subiéndolo en el automóvil con la pareja feliz de los esposos Jiménez, para dar un paseo por el centro de Madrid; después, Juanita de Blanes, alta, elegante, mirando a los lejos con sus ojos soñadores; y luego, Fidelino, Fidelino de Figueiredo, el reputado escritor lusitano, y Dulce, su devota compañera, escritora también, que había tomado de la mano algunos de mis libros para hacerlos hablar en portugués...

Todos estos amigos queridos acudían a nuestra mente, obligándonos a ansiar el momento de avistarnos con ellos. El primer jardín que tocaríamos al llegar, sería el de Fidelino y Dulce, en la *Villa Victoria*. ¡Qué sorpresa iban a tener al vernos!... Como el plan de nuestro viaje había señalado a éste tantos meses...

Recordábamos bien la protesta de la familia entera al serle comunicado el proyecto.

—¡No, por amor de Dios! —había exclamado la dulcísima Dulce.

Y este "no" fué repetido en escala descendente, pasando por Celiña, la hija mayor, para seguir después por Jorge y Elena, hasta rematar en Nuno, gracioso muñequillo de cinco años.

Mas a pesar de las protestas, el plan del viaje

no había podido alterarse entonces. Tuvimos todos que inclinar la cabeza, y al salir ya de la *Villa Victoria*, la rosa más grande nos fué ofrecida por aquel muñequillo sonriente, que al tomar la palabra para repetir punto por punto lo que su madre le decía al oído, parecía remedar la charla melodiosa de un jilguero.

Y todos estos recuerdos nos venían a la memoria mientras avanzábamos para ir nuevamente al encuentro de tan caros amigos.

Era preciso reunirse con todos para aprestarse a pasar en su compañía las veladas del invierno, que ya se avecinaba. Un viento de hielo ponía en nuestro rostro su beso frío. Los árboles, estremecidos, soltaban sus hojas en un gesto de abandono, y la neblina comenzaba a preparar sus velos para envolver con ellos casas y jardines... Se hacía preciso buscar cuanto antes la compañía de todos.

Pensábamos así en voz alta, cuando vimos venir hacia nosotros a Mauricio, el jardinero. Era un viejo enjuto de carnes, como don Quijote, de cabellos crespos, manos huesosas y rostro pensativo. El arreglaba siempre nuestro jardín y cuidaba también del de los Figueiredo.

Al vernos se quitó la gorra y fué hacia nosotros.

—¡Gracias a Dios que se les vuelve a ver! —nos dijo—. He pasado frecuentemente por su casa, y ya los rosales y las acacias piden a gri-

tos la podadera. Como que han comenzado a perder las hojas...

—¿Y el jardín de los Figueiredo? —le preguntamos—. ¿Y ellos? —añadimos con interés.

—Precisamente vengo de allá —nos dijo—. Hasta hoy terminé de arreglar el huerto. Los geranios y las hortensias han pasado ya a la estufa; se extrajeron los bulbos de las dalias, y se ha sembrado santolina y romero alrededor de los camellones. El trabajo ha sido fatigoso; pero el jardín está ya listo para esperar los hielos.

La visión completa de la *Villa Victoria* volvió a pasar ante nuestros ojos, con toda la animación que prestan a una casa las muchas voces que la llenan. La vida se asomaba allí profusamente. Ya eran Elena y Celiña, que aparecían en un balcón; ya era un terceto o un cuarteto de voces que salían por las ventanas; ya era un coro delicioso de risas que huían revolando hacia la calle; o ya era el fonógrafo, que peroraba o cantaba... Y al llegar la noche, la familia entera se instalaba en el jardín, llenándolo todo con su algarabía, mientras la luz de los focos realizaba las frondas y saltaba a torrentes por ventanas y balcones.

La voz de Mauricio nos volvió a la realidad:

—Si los señores lo desean, ya mañana estaré en su casa para arreglar el huerto.

—Sí, sí —le dijimos—. Hasta mañana, pues.

El hombre desapareció, y nosotros seguimos adelante.

Aunque eran solamente las cinco, ya la tarde comenzaba a desfallecer.

—¡Apresurémonos! —dijimos.

Y momentos después, la *Villa Victoria* se presentó a nuestra vista.

—Tal parece que se nos esperaba aquí —dije señalando la verja—, porque hasta la puerta está de par en par.

Entramos sin llamar con la campanilla, cruzamos el jardín (despojado ya, en efecto, de hortensias y geranios), subimos los cinco escalones que dan acceso al *hall*, y nos presentamos violentamente en éste, pronunciando, uno tras otro, los nombres de nuestros amigos... Pero sus voces no respondían.

Nos miramos atónitos. ¿En dónde podían estar?

Ansiosamente, sin fijarnos en nada, repetimos aquellos nombres, creyendo que el coro de las respuestas iba a sonar por todas partes. Pero un silencio completo ahogó nuestros ímpetus.

Entonces pudimos ver lo que antes no habíamos visto: que en el *hall* faltaban los muebles.

Casi sin pensarlo, automáticamente, nos asomamos por la puerta del salón; pero el salón, como el *hall*, se hallaba escueto. Los muros, desnudos, parecían estirarse hacia arriba, como si hubiesen querido huir de aquel silencio, de aque-

lla soledad que se les echaba encima. Las paredes me parecieron más altas, y el recinto más amplio. Todo aquello pedía que se le llenase con cosas y con personas... La lista de éstas acudió nuevamente a nuestros labios:

—¡Celiña, Nuno, Jorge, Dulce, Elena!...

Pero todo era en vano; los habitantes de esa casa parecían haber huído.

—Subamos para inquirir lo que ocurre.

Y subimos. Nuestros pasos por la escalera sonaron a hueco. Al llegar arriba, ya sin pedir la venia, nos asomamos por las puertas que daban hacia el pasillo. Las mesas, las sillas, los cortinajes, todo faltaba. Las alcobas estaban desnudas...

Seguros nuevamente de que nadie respondería, repetimos los nombres queridos. Pero sólo el silencio acogió nuestras voces. Entonces, con gran dolor, pudimos llegar a esta verdad completa: la *Villa Victoria* era ya solamente una casa vacía...

Nos vimos con asombro... Pero ¿qué significaban esas puertas abiertas de par en par y el arreglo minucioso del jardín? ¿Qué había en todo ello? No; quizá nuestros amigos estuviesen reclusos abajo, en el fondo de la casa, que era más caliente, por ver hacia el sur. ¡Como ya se avecinaba el invierno!... Sí; allí tenían que estar.

Bajamos a toda prisa para ir en su busca;

pero al llegar al *hall*, un hombre, con aspecto de albañil, nos salió al encuentro.

Desconcertados, sólo atinamos a preguntarle:

—¿Y los señores?

—¿Qué señores? —nos dijo él, más desconcertado aún.

En ese momento, Mauricio, el jardinero, hacía su entrada, llevando en las manos un pico y una podadora.

—Pero ¿qué pasa? —le dijimos—. ¿En dónde está la familia?

El hombre movió tristemente la cabeza, mientras respondía con apagada voz:

—¿La familia?... Ha partido ya para su tierra.

—¡Cómo! —exclamamos—. Pero ¿por qué nada de esto ha dicho usted al encontrarnos?

—Pues... por haber creído que ya los señores estarían enterados...

Llegó nuestra vez de guardar silencio, mientras veíamos con pena las paredes, donde ya no había cuadro alguno, los azulejos del piso, a la entrada, donde faltaba ya el tapete de colores...

—Pero entonces —añadimos aún, queriendo asirnos hasta del viento para defendernos de la realidad— ese arreglo del jardín, esa siembra de romeros y caléndulas, ¿qué objeto tiene?

—Es para los nuevos inquilinos —dijo tímidamente Mauricio.

Comprendimos que todo aquello era razonable. Fué preciso aceptarlo y partir. Pero no lo hici-

mos sin poner una larga mirada en la casa vacía. Dentro de ella, el albañil, como alma en pena, vestido de blanco, lo mismo que un fantasma, iba y venía lentamente, examinando los muros...

El día moría ya; las sombras se descolgaban pesadamente.

Casi medrosos, volvimos la espalda a la *Villa Victoria*, llegando bien pronto a nuestra casa. Una vez en ella, subí a mi habitación, encendí las luces y tomé la pluma para escribir lo que sigue:

"Mis queridos amigos..."

Pero... ya lo adivináis, ¿no es cierto? Esa carta no pudo ser concluída. Las lágrimas no me dejaron terminarla.

Madrid, diciembre de 1929.

LAS HURDES Y LA SONRISA DE UN REY

Este era un rey... Pero ¿es que vamos a contar un cuento? No; se trata de un rey verdadero, de un rey de carne y hueso, que lleva el corazón en su sitio, que sonríe, que llora... ¿Quién es ese rey? Alfonso XIII, el más demócrata de los reyes.

A su oído llegaron estas voces dolorosas: "Señor, el paludismo está mermando a los habitantes de las Hurdes. Sufren mucho esos desventurados. Sería preciso enviar una Comisión que estudiara el caso, que llevara auxilios..."

Y el Rey, con la magnanimidad que le caracteriza, dijo sencillamente:

—Iré yo mismo. Mis ojos estudiarán lo que haya que estudiar, y mis propias manos llevarán los remedios.

Y el Rey, en menos de lo que lo dijo, dispuso su marcha hacia las Hurdes.

¿Dónde están y cómo son las Hurdes?

La descripción de estos sitios es la que pareciera de cuento, si esto no fuese, desgraciadamente, una dolorosa realidad. Las Hurdes son pequeñas y oscuras aldeas que pertenecen a las provincias de Cáceres y al obispado de Coria; y son oscuras porque, estando situadas en el fondo de estrechísimas cañadas, el sol no les llega sino unos breves momentos del día. Las casas semejan guaridas de topo; algunas están practicadas en hoyas profundas; otras son de pizarra, sin más acceso a la luz y al aire que la puerta de entrada. Todas son cavernas lóbregas y malsanas, cubiles donde sus moradores viven a media ración de salud y de alimentos. La tierra es áspera, escarpada, improductiva. No hay caminos. Todos son riscos, barrancos, abismos.

Pero a pesar de las comunicaciones, a pesar de las dificultades, por encima de todo, una mañana subió el Rey a su automóvil y partió rumbo hacia las Hurdes. Acompañaban al Monarca su ayudante, su secretario y algunos médicos; iba también, en representación del Gobierno, el ministro de la Gobernación; y la Prensa enviaba igualmente sus representantes. Formaban parte del séquito un ingeniero y un oficial de la Guardia civil, y llevaban, con todo el personal necesario, una cocina portátil, varias tiendas de campaña y un servicio radiotelegráfico.

Por caminos que semejaban sendas de lobos,

por barrancas peligrosas, y bordeando precipicios, el Rey iba de continuo a la cabeza de la comitiva.

—Es preciso llevar consuelo y remedios a mis hijos de las Hurdes —repetía Su Majestad.

Y alentado por ese piadoso deseo, abandonaba el automóvil para subir en el caballo, porque las veredas se angostaban más y más, hasta convertirse en pavorosos desfiladeros. Y luego bajaba del caballo para seguir cuidadosamente por el borde peligroso de los barrancos. Había que confiar la vida a los propios pies, porque las bestias resbalaban sin conseguir afirmar los cascos en las pizarras de las escarpadísimas veredas, y el peligro se hacía inminente.

Pero el Rey, animoso siempre, valiente siempre, avanzaba más y más, estimulado por la idea de que iba a consolar a los desdichados hurdanos.

Y llegó por fin a la primera alquería.

Los moradores de ella, queriendo recibir a su Rey dignamente, y no teniendo flores que arrojarle al paso, le esperaban con ramas de cerezos llenas de fruto maduro. ¡Toda la fortuna de aquellas miserables gentes, que se entregaba a su Rey como una ofrenda sagrada!

—Y no pudimos verle desde luego —contaban después los hurdanos—, porque las lágrimas no nos dejaban.

Ni el Rey pudo tampoco ver de pronto a esos

hijos suyos, porque también, como ellos, estaba muy conmovido...

Y he aquí que este Rey —cuya sonrisa parece estar estereotipada en sus labios— queda mudo, pensativo, sombrío.

La pobreza y el dolor lo envuelven todo. El paisaje es trágico.

Ante el Monarca, apretados junto a la humilde iglesia, están los moradores de la alquería: ancianos agobiados y temblorosos, niños enclenques, mujeres raquíticas, cubiertas de mortal palidez, mozos escuálidos... Un centenar de cuerpos desmedrados, con la faz demacrada y la mirada febricitante. El paludismo, fantasma invisible que llevan a cuestras, les está chupando la vida en silencio, y no les abandona ni en esos momentos especiales en que van a recibir a su Rey; pero ellos, conmovidos ante aquel padre cariñoso que llega a visitarles, olvidan un instante su tragedia, y sonríen... Sonríen con la sonrisa de los esqueletos, como sonreirían los muertos si pudieran levantarse del sepulcro.

El Rey, solemne, austero, grave, mientras el corazón le palpita como nunca le palpité en el peligro, contempla el cuadro, en silencio, como si estuviera velando un cadáver.

Y después habla.

¿Qué dice?

Lo que dice la benéfica lluvia cuando cae en un campo seco; lo que dice el sol cuando entra

en la caverna. Aquel centenar de gentes le escuchan anhelantes, con los secos labios entreabiertos, con los ojos húmedos, con las manos tendidas, en la patética actitud del que espera...

Promesas, esperanzas, consuelo; todo cayó de la boca del Monarca. Sus palabras, al rodar sobre la dura pizarra del suelo, parecían sonar como pepitas de oro...

Los hurdanos no estaban abandonados: se practicarían caminos para aportarles comestibles y para dar trabajo a los que no lo tuvieran; se harían obras hidráulicas y forestales; se instalarían botiquines bien provistos, y se llevarían buenos médicos; se sanearía lo que fuese saneable; se transportaría a los habitantes de las altas Hurdes a lugares más benignos, donde pudiesen labrar la tierra con menos esfuerzo, y donde obtuviesen mayores frutos; se pondrían sanatorios; se daría instrucción a los niños, para que al mismo tiempo que nutrieran su cuerpo, nutriesen también su alma. Se vería por todo y por todos; no se olvidaría nada ni a nadie; cada hurdano era un súbdito querido, un ciudadano a quien amparaban las leyes, un hijo con tanto derecho a la vida y a la felicidad, como los otros hijos que esperaban al Monarca en Palacio...

Gritos de júbilo jamás oídos en aquellas soledades, rompieron la monotonía. Todos se acercaban al Rey para besarle las manos, para abrazarle, para tenerle a un palmo de los ojos.

Y fué entonces cuando la sonrisa del Rey volvió a sus labios, como antes...

Pero era tiempo ya de repartir las provisionales dádivas, porque las horas corrían y había que visitar muchas otras aldehuelas.

Una gran bolsa de cuero le fué presentada a Su Majestad por los ayudantes; y la mano del Rey, tal como ocurre en los cuentos, entraba y salía de aquel saco, según iban desfilando ante él los humildes moradores de tan tristes parajes.

Después, los médicos examinaron a los enfermos, y en seguida comenzó el reparto de medicinas. Su Majestad hizo entrega de la quina para los palúdicos. Y concluídos los arreglos y encomiendas, el Rey entró en la iglesia, bajo palio, para asistir a un *Tedéum*. Allí, al lado del Evangelio, ocupó un sitio, y cuando los cantos sagrados concluyeron, el cura le dijo sencillamente:

"Señor, vuestro viaje a estos sitios dolientes dejará una eterna gratitud en los corazones. Cuando las páginas de la historia lo registren, se convendrá en que vino hasta aquí un Rey valiente, prudente y bueno que, despojándose de los atributos de la majestad, descendió para dar consuelo a estos mis pobres y desgraciados feligreses. La única muestra de agradecimiento que puedo ofreceros, es esta bendición que os doy en nombre de Dios, aunque os sea dada por el más humilde de sus ministros. Yo os bendigo, Señor,

así como a vuestra Real familia, al Ejército, que defiende el honor nacional, y a España entera."

El Rey, profundamente conmovido, recibió la bendición del prelado, oró por algún tiempo en la humilde iglesia, y salió después con su comitiva para continuar el viaje.

Y así, casi sin descansar, envuelto en aclamaciones y bendiciones, visitó aldea por aldea y alquería por alquería.

Hombres, mujeres y niños se acercaron a él en todas partes para palpar su mano bienhechora; y para todos tuvo un consuelo y una dádiva.

Al guía que le condujo por aquel laberinto de ríscos, le dejó su retrato.

Cuando el cura de Ladrillar hizo saber a Su Majestad que ha escrito un libro sobre las Batuecas, el Monarca respondió:

—Tan pronto como lo tenga en mis manos, lo publicaré por mi cuenta.

Respuesta deliciosa, que abrió un horizonte rosado al modesto autor.

Al fin los habitantes de las Hurdes vieron de cerca la sencillez y generosidad de su Señor. Y tuvieron también la fortuna de ver su abierta sonrisa, tan franca, tan leal, tan alentadora.

Por ella, que iba acompañada de tanta promesa y consuelo, cuando alguien se atreva a asegurar más tarde que en aquellos terribles desfi-

laderos el sol no ha bajado nunca después del mediodía, un coro de voces hurdanas dirá:

—Sí, por una vez, el fenómeno acaeció.

—¿Cuándo? —preguntará el incrédulo.

Y la leyenda responderá:

—Cuando el Rey pasó por aquí.

LA CANCIÓN DEL JUGLAR

A MARÍA HERNÁNDEZ VELA.

¿Por qué tanto lujo? ¿Por qué tal derroche de flores con que hoy se adorna el teatro? Dijérase un festejo real. ¿Qué se espera?...

Es que Raquel Meller canta esta tarde. Por eso hasta los muros del amplio recinto parecen prepararse a agasajar a la artista.

Pero es en vano que las guirnaldas de flores vayan y vengan salpicando alegremente de colores vivos las barandillas de los palcos; es en vano que la luz de los focos cintile con esplendor inusitada, y que el público, bullicioso y contento, ría de antemano pensando que va a tener el goce de escuchar los *couplets* de la cantante española. Vano es todo, porque ella, Raquel Meller, la divina artista, no se alegrará con nada... Ya lo veréis.

¡Ríe tú, público vulgar! Y vosotros, los escogidos, dirigid silenciosamente vuestros ojos hacia el escenario, y esperad.

¿Oís?... Detrás del telón, que comienza a levantarse poco a poco, una voz quebrada en lágrimas dice, más que canta, algo que remeda un relato doloroso.

Es ella, Raquel, que al subir el telón, aparece a la izquierda de la escena, con la vista fija en los bastidores de enfrente, con los brazos caídos y la actitud angustiada.

El público no existe para ella —al menos mientras ella trabaja para él—. Sus ojos, doloridos, hondos, abrigados por las lágrimas, parecen estar mirando algo que no vemos nosotros, pero que adivinamos en el espejo profundo de sus profundas pupilas. Es así como, por la magia de sus ojos y de su voz, la hermosa y sugestiva mujer nos hace ver cuanto quiere.

Y ahora nos muestra la escena del juglar, que ella contempla desde el foro con ansiedad inmensa.

—¡Vedles! —canta entre sollozos la divina voz de la artista—. ¡Vedles!... Se han detenido en el pueblo, han clavado sus tiendas improvisadas, han armado violentamente la pista, y, agitando una vibrante campana, convocan a la función. Es una compañía de saltimbancos. No son muchos, ciertamente; mas parecen animosos. Van, vienen, arreglan aquí, desatan allá... Reina la actividad entre ellos; y la campana se multiplica, ya repicando a la derecha, ya repicando a la izquierda. Se espera que el público acuda

por todos lados. Pero, ¡ay!, la gente que llega es escasa... Veo entre la concurrencia algunos tristes rostros de mujeres que, acaso para ocultar la pena que las tiene pálidas, han puesto colorete en sus mejillas... Van llegando algunos chicuelos que ríen; mas los mozos que vienen son pocos... La función se retarda, porque es necesario que el público lo llene todo... Pero la espera es vana —canta la voz dolorida—, porque la gente no llega... Preciso es comenzar. Una mujer, que también lleva pintado el rostro, hace equilibrios sobre un alambre. Su traje está bordado con lentejuela y con sedas de colores; pero la tarde se ha nublado, y el traje no brilla... Pronto llegará la noche...

Aquí, Raquel, impresionada por ese presagio que sin saber por qué le ha asaltado de improviso, se oculta el rostro con las manos y queda silenciosa, en trágica actitud, mientras la orquesta llena el doloroso paréntesis con algunos acordes de angustiosa resonancia...

—¡Pero ved! —canta nuevamente Raquel, levantando la cabeza y mirando con gran ansiedad hacia la izquierda del escenario—. Ahora es un juglar el que trabaja. Mientras mueve los palillos o hace piruetas, canta. ¿Qué dice? Oídle:

Yo soy un viejo juglar
que va sembrando alegría...

—En efecto, el juglar es viejo —continúa Ra-

quel—. Los afeites que lleva, no bastan para borrar los surcos que en su rostro dejaron los años. Pero aunque su risa es amarga, lo que dice es alegre, y el público ríe con entusiasmo. ¿Oís?... Ahora aplauden... Ahora piden que se repita...

Y la voz de Raquel vuelve a sollozar:

Yo soy un pobre juglar
que va sembrando alegría,
y tanta llegué a sembrar,
que me quedé sin la mía...

La artista, como único y doloroso comentario, levanta los ojos hacia el cielo, y suspira.

La música, entretanto, borda levemente unos cuantos arpeggios que se entrelazan en un *diminuendo* lentísimo, para llegar después a un silencio absoluto.

Y el público selecto aprovecha ese silencio para darse cuenta de que sufre también, como el juglar, y de que, acaso como él, se va quedando también sin paz ni alegría...

Mas de pronto, unos golpes de tambora nos vuelven a la realidad.

Raquel dirige nuevamente los ojos hacia los bastidores, y la melodiosa voz sigue contándonos lo que pasa en la pista de los saltimbancos.

—El juglar —dice— lo llena todo con sus ágiles saltos y con su algarabía. Toca un guitarrico, se cambia tres trajes a la vista del público, juega a las cartas, adivina la suerte de un mozo y de

una niña. "Tendrán que casarse los dos", exclama... El público ríe. La pareja se ruboriza... Pero, ¡ay! —dice Raquel, tristemente—, el juglar parece fatigado ya...

La orquesta entonces, para estar de acuerdo, hace desfallecer los temas poco a poco. Y un momento después, la voz de la artista se alza de nuevo para decir brevemente:

—La función ha terminado.

¿Tan pronto? —murmuramos en silencio.

No; no es así. La insinuadora voz reanuda sus hilos de seda, y nos dice aún:

—Ahora, el juglar saluda reverentemente al público y le pide que indemnice sus trabajos arrojando a la arena algunas de las monedas que le sobren... Observemos...

Raquel interrumpe el canto; calla la música también, y un silencio expectante parece temblar en el teatro.

Todos quisieran estar en el escenario para ver lo que, a la izquierda de él, ven con suprema ansiedad los grandes y profundos ojos de la artista.

Ella no canta ya; mas habla:

—Las monedas comienzan a caer —nos dice—; pero... todas son de cobre... Contémoslas: cuatro, ocho... nueve... diez... veinte... ¿Ya no hay más?...

Sus ojos se agrandan. Sus manos se tienden hacia adelante en demanda de algo. La música

lanza un acorde aislado, que parece un sollozo. De mis ojos rueda una lágrima...

—¡Ah! ¡Por fin!... —grita Raquel con la voz enronquecida—. ¡Por fin ha caído en la arena una moneda blanca!...

La orquesta deja escapar algunas notas de aliento, aunque pocas, y Raquel, reanudando el canto, repite como un estribillo:

—¡Una moneda blanca!... ¡Pero una! ¡Una solamente!... ¡Os hacéis bien cargo? ¡Una sola!...

El público, en su interior, repite, coreando el final del estribillo: *¡Una sola!...*

Raquel se lleva el pañuelo a los ojos, y hay muchos otros pañuelos en el público que enjugan también otros ojos...

Mas la cantante nos manda olvidar nuestra pena, para seguir la del juglar.

—El viejo payaso ha recogido la moneda —dice la voz dolorida—, la ha besado, y, con una sonrisa que se esfuerza por ser sincera, ha dado las gracias a los circunstantes. Después, el juglar hace una expresiva reverencia, se pone una mano sobre el corazón, y se despide. Los aplausos —continúa Raquel— estallan estrepitosamente; pero duran poco... El espectáculo ha concluido ya. La gente, que tiene prisa por marcharse, abandona la pista, y los saltimbancos quedan solos. La noche ha caído...

Raquel, con los ojos en alto, parece buscar en el cielo una última luz que dé valor a todos;

pero seguramente no la encuentra, porque de nuevo su cabeza se inclina con desconsuelo profundo. Algunos golpes destemplados de los platillos ponen el calofrío en el ambiente; y la artista, cantando a media voz, deja caer las últimas notas de su doliente relato.

—¡Mirad! —nos dice—. Los saltimbancos, entre la sombra, recogen precipitadamente las cuerdas, desbaratan las tiendas improvisadas, transportan los chirimbolos hacia el maltrecho carro que espera bajo los árboles, y se disponen para la partida. Cantan ya los grillos en el campo... Confusamente, los artistas parecen reunirse en un grupo estrecho. Pónese en marcha el caballo que arrastra el carricoche, y se lanzan todos hacia el camino... ¿Les veis?... Poco a poco van perdiéndose a lo lejos... La sombra parece tragarlos; pero el viento de la noche los prolonga hacia acá, trayendo un canto... ¿Qué dice?...

Yo soy un pobre juglar
que va sembrando alegría...

La divina Raquel, con los brazos flojos, con la cabeza levantada y con los ojos cerrados, parece aislarse de todo para oír aquella canción que el viento trae como el eco de un dolor que se marcha hacia otra parte:

Yo soy un pobre juglar...

—Nosotros también —decimos muchos entre el público, sintiendo el contagio de esa congoja.

En tanto, la voz expira en la garganta de la artista, y la mujer, deshecha en sollozos, se cubre el rostro con las manos, mientras que los clarinetes lanzan gritos de dolor, y la cortina baja bruscamente para finalizar el drama.

INDICE

Páginas.

BRUJAS

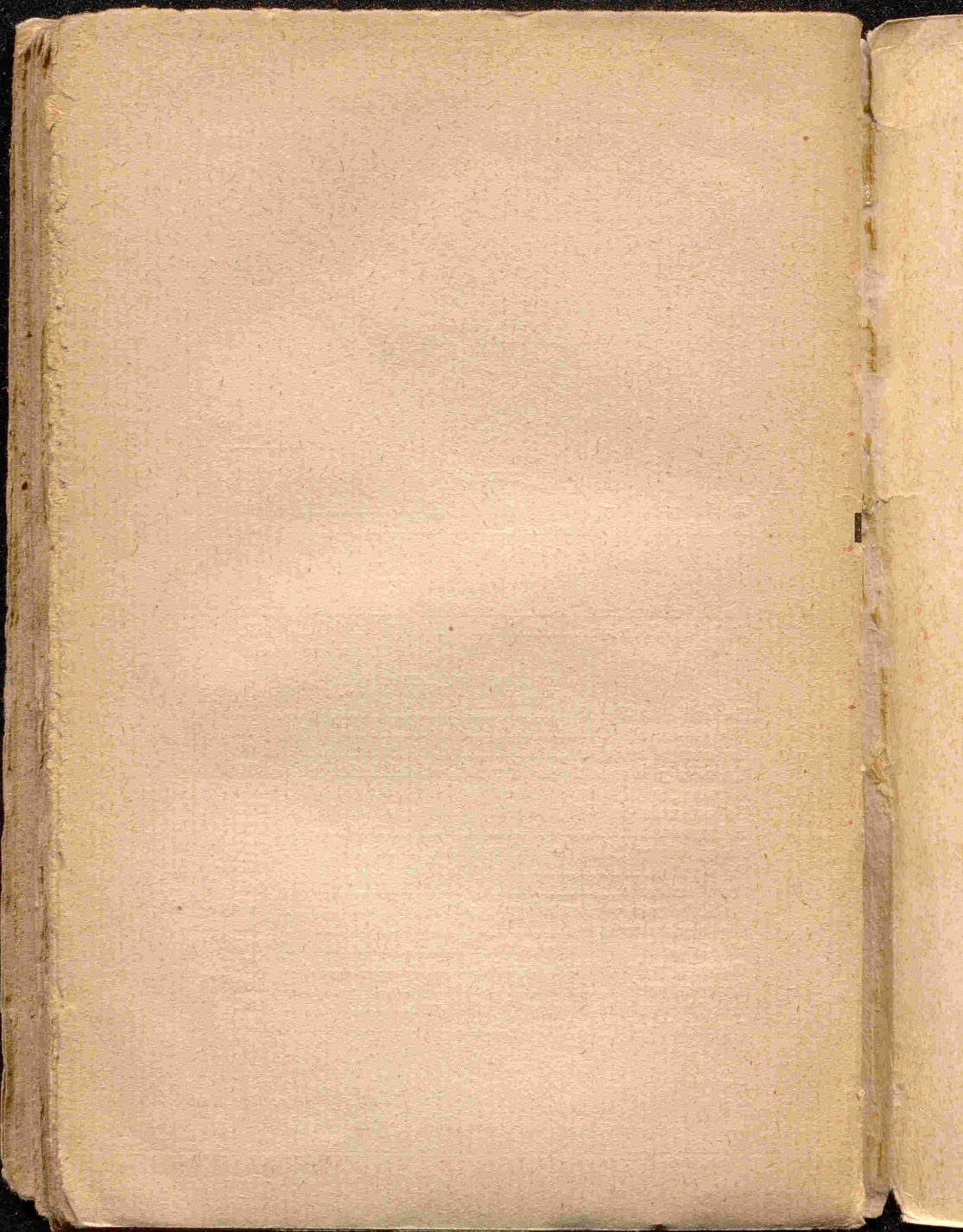
Brujas y su drama de amor.....	9
Rodenbach y el Amor.....	35

UNA MIRADA A PORTUGAL

La bella Portugal.....	47
Calle de Coimbra.....	53

LA SUGESTIVA MADRID

La calle madrileña.....	59
Voces de afuera.....	75
La murga callejera.....	91
La vida y la muerte en los jardines del Retiro.....	99
Una regocijada lección de gramática.....	105
La valentía de Mazquiarán.....	115
Primavera.....	121
La poesía y Pilar de Valderrama.....	127
El viento.....	135
Caso anómalo.....	141
La hidalguía y el mendigo madrileño.....	147
Septiembre trágico.....	151
Había en Madrid una calle.....	165
España y la novela española.....	171
La casa vacía.....	183
Las Hurdes y la sonrisa de un Rey.....	191
La canción del juglar.....	199



Espasa-Calpe, S. A.

COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA

Volúmenes publicados

- MACHADO (ANTONIO).—Poesías completas.
MANN (ENRIQUE).—Las diosas. Tomo I: Diana.
MANN (TOMAS).—La muerte en Venecia y Tristán.
MARKOW.—Cómo intenté salvar a la Zarina.
MAEZTU (RAMIRO DE).—El Quijote, Don Juan y La Celestina.
JACINTO MIQUELARENA.—El gusto de Holanda.
NOEL (CARLOS M.).—La boda de Don Juan.
NOEL (EUGENIO).—España nervio a nervio.
OGNEW (N.).—El diario de Costia Riabtsev.
—Costia Riabtsev en la Universidad.
PEDRO (VALENTIN DE).—España renaciente.
PROUST (MARCELO).—Por el camino de Swan. Dos tomos.
—A la sombra de las muchachas en flor. Dos tomos.
QUIROGA (HORACIO).—La gallina degollada.
REYES (ALFONSO).—Cuestiones gongorinas.
RIERA (RAFAEL).—Pomarada asturiana (escenas y narraciones).
SIGHELE (ESCIPIÓN).—Eva moderna.
—La mujer y el amor.
SCHNITZLER (ARTURO).—Anatol y "A la cacaña verde".
THARAUD (J. Y J.).—Un reino de Dios.
TORRES BODET.—Poesías.
UNAMUNO (MIGUEL DE).—Tres novelas ejemplares y un prólogo.
URABAYEN (FELIX).—Toledo, la despojada.
—El barrio maldito.
—Toledo: Piedad.
—Por los senderos del mundo creyente.
—La última cigüeña.
—Centauros del Pirineo.
—Serenata lírica a la vieja ciudad.
VALERY-LARBAUD.—Fermina Márquez.
VIVANTI (ANA).—Los devoradores. Dos tomos.
ZANGWILL (ISRAEL).—Los hijos del Ghetto. Dos tomos.

LOS POETAS

- MIGUEL DE UNAMUNO.—El Cristo de Velázquez.
Poema.
FRANCIS JAMMES.—Del toque de alba al toque de oración. Traducido del francés por Enrique Díez-Canedo.
TELXEIRA DE PASCOAES.—Tierra prohibida. Traducido del portugués por Valentín de Pedro.



Precio: 4 pesetas

Published in Spain

M

B

RUJAS
BOA

RUJAS
BOA
MADRID



R
34519

1874

K